

DEL AMOR AL ODIO SOLO HAY UN POLVO

# Amor, te odio



de

Elsa Jenner

Lectulandia

Paola es sensual, alocada y con mucho carácter; trabaja como tripulante de cabina, o lo que es lo mismo, azafata de vuelo. Vive en el emblemático barrio de Malasaña, en Madrid, con sus mejores amigas: Valentina y Deseada. Su vida es (casi) perfecta, porque, aunque no lo sabe, está atrapada en una mentira.

Él se cruza en su camino por casualidad, pero no una, sino dos veces. Sin darse cuenta, ambos acaban sumidos en una relación de alto voltaje que será su perdición.

¿Qué haces cuando tus opciones son un mentiroso o un mujeriego?

Elsa Jenner

# **Amor, te odio**

**A bordo - 3**

**ePub r1.0**

**XcUiDi** 15-10-2020

Elsa Jenner, 2020

Editor digital: XcUiDi  
ePub base r2.1

# 1

Camino a oscuras por mitad de Madrid, sé que voy por la ciudad porque escucho la algarabía y el rugido de los coches, aunque cada vez más lejos. También sé que estamos cerca de plaza de España, porque cuando nos hemos bajado del Uber he escuchado a alguien decir que estaba esperando la cola para subir a la nueva terraza del hotel Riu Plaza España, a la que por cierto aún tengo pendiente ir. A ver si pronto pasa este *boom* y deja de haber colas de más de media hora para acceder.

¿Me pregunto a dónde me llevará Sergio? Quizá vayamos al Palacio Real, a sus jardines, aunque tampoco me parece una sorpresa tan original. Espero que lo que sea que me vaya a enseñar merezca la pena, porque cómo me haya llevado con los ojos vendados desde que salimos de casa para una tontería, se le van a quitar las ganas de sorpresas.

Sergio no es el hombre más detallista del mundo, pero cuando se lo propone, sabe compensar sus constantes ausencias. Justo hoy hace un año que nos conocimos, aunque nuestro aniversario oficial es en noviembre, pues fue en ese mes cuando formalizamos nuestra relación. Siento que por fin he encontrado al amor de mi vida, quizá no tan perfecto como lo imaginaba, pero supongo que no todas las historias de amor son perfectas. ¿Quieres te cuente cómo lo conocí? Bueno, no sé para qué pregunto si te lo voy a contar igualmente.

Fue en las fiestas de la Paloma, una celebración veraniega en el barrio de La Latina. Yo iba con mis mejores amigas Valentina y Deseada. A nosotras nos encanta esta fiesta, bueno, sobre todo a Valentina y a mí, Deseada es algo más... exquisita y suele frecuentar otro tipo de fiestas. La cosa es que yo disfruto muchísimo esta celebración, no sé si por el hecho de que se celebra en agosto, por el ambiente y el buen rollo o porque cada año me pasa algo diferente. Aquella noche, mis amigas y yo estábamos haciendo botellón frente al escenario donde se reúnen multitud de cantantes para amenizar la velada. Junto a nosotras había un grupo de jóvenes, uno de ellos, el de ojos verdes y pelo castaño claro (el más guapo para que me entiendas), no paraba de

mirarme. En una de esas, yo que soy una descarada le pedí un hielo para mi copa, porque a nosotras se nos había acabado.

—Claro. —Él se agachó a coger el hielo de la bolsa que tenía en el suelo.

Yo me agaché también. Nos comimos con la mirada.

—¿Puedes darme otro par de hielos para mis amigas? —le pregunté atrevida.

Por supuesto, él no se opuso. Sin más, le di las gracias y seguí hablando con mis amigas ignorándolo. En realidad, no lo ignoraba del todo, solo hacía como la que lo ignoraba. Llegó el momento de ir al baño porque no aguantaba más, así que le dije a Valentina y Deseada que se quedaran allí guardando el sitio y pendiente de nuestro botellón.

Cuando llegué a la puesta de los baños portátiles que ponen en estas fiestas, había una cola de muerte. Pensé en ir a hacer pis detrás de un árbol, pues estas fiestas se celebran junto al Viaducto y a los jardines Las Vistillas, pero en ese momento apareció Sergio.

—¿Esperando la cola? —preguntó.

No, estoy aquí porque me apetece oler a cloaca y mojarme los tobillos.

—Sí. Pero no aguanto.

—Ven.

No me lo pensé dos veces y le seguí, cualquier cosa con tal de no estar parada allí esperando la cola de los baños públicos.

Me llevó a una parte de la ladera que estaba a oscuras. Había gente follando, no es que yo los viera, pero escuchaba sus gemidos.

—¿Me has traído aquí para algo en concreto? —pregunté desconcertada sin poder ver su rostro.

—Sí, para que hagas tus necesidades sin tener que esperar.

—¿Y cuáles son mis necesidades según tú?

Se quedó mudo y tardó unos segundo en responder. Hubiese dado cualquier cosa con tal de ver su cara.

—Eh... ¿mear? —dijo nervioso.

—Sí, esa es una.

—¿Y la otra? —preguntó pícaro.

—Ahora te la digo. —Me agaché, me subí el vestido, me bajé las bragas y, cuando por fin vacié mi vejiga, me quedé más a gusto que un arbusto.

Me incorporé, me subí las bragas y me coloqué bien el vestido. Tras ello, le besé directamente sin decir nada.

—Esta era la otra —dije después de separarme de él.

Comencé a caminar de regreso al lugar en el que se encontraban mis amigas.

—¡Espera! —dijo él caminando a paso ligero tras de mí—. ¿Cómo te llamas? —preguntó cuando me alcanzó.

—Paola —dije sin mirarle.

—Yo Sergio, encantado.

---

Por supuesto, aquella noche acabamos follando en la ladera. Al principio era solo sexo, pero a largo plazo, el sexo, nunca es solo sexo.

---

Sigo caminando con los ojos vendados hasta que nos detenemos en algún lugar. Escucho a Sergio abrir su mochila y sacar cosas de ella, pero no puedo imaginarme el qué. Escucho el sonido de un mechero prenderse, no sé si es Sergio o alguien que pasa por allí que se enciende un cigarro.

Comienzo a estar cansada de este juego e incluso me produce cierta desconfianza.

—¿Aún no puedo quitarme esta venda de los ojos?

—Ya casi estoy —dice agitado.

Me muero por saber qué ha tramado, igual me ha traído hasta Las Vistillas, el lugar en el que nos conocimos.

—Espera, te ayudo. —Me quita la cinta negra que me cubre los ojos y cuando los abro me encuentro con el imponente Templo de Debod, que refulge bajo los débiles rayos de sol.

En el suelo, sobre el césped, un mantel rojo, dos copas, una botella de vino, dos rosas rojas, una vela y varios tápers de comida para llevar.

Los verdosos ojos de Sergio me contemplan expectantes.

—Creo que nunca nadie me había preparado un pícnic romántico —confieso con los ojos húmedos.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunta Sergio temeroso y conocedor de mi carácter.

—Supongo que es bueno, porque me encanta que esta sea la primera vez. —Le regalo un beso.

Nos sentamos sobre el mantel. La noche está a punto de caer y la temperatura es increíble. Sergio abre la botella de vino y sirve un poco en ambas copas.

—Por este año increíble a tu lado. —Inclina su copa.

—Por este año y por muchos más. —Choco mi copa con la suya y le doy un sorbo.

No tengo ganas de volar mañana por la noche. Quiero estar con Sergio, salir con él, con mis amigas, emborracharnos, llegar a casa al amanecer...

Normalmente me pido el fin de semana de las fiestas de La Paloma libre, pero este año, a pesar de haberlo pedido, no me lo han dado y me han programado un vuelo a Bogotá. Así es la vida de una tripulante de cabina, una aventura que al principio puede ser increíblemente maravillosa, pero que cuando llevas seis años, como en mi caso, es una auténtica putada, porque no te puedes organizar la vida como una persona normal. Todo gira en torno a la maldita programación, que además va variando conforme lo hacen los acontecimientos.

Con el tiempo me acostumbrado a ser más flexible y simplemente aceptar lo que me programen sin quejarme.

—¿Sabes? Creo que voy a echar de menos ir a la fiesta de La Paloma este año, espero que no tengas otra aventura como la del año pasado —digo en tono broma-verdad.

—Eso es imposible, no encontraré a otra como tú.

—Eso seguro —digo dejando escapar una sonrisa.

Me encanta cuando me mira con esa carita de enamorado.

—¡Espera! —le digo antes de que comience a comer—. Tengo que hacer una foto.

Es lo que tiene ser *influencer* y tener más de cuarenta y ocho mil seguidores en Instagram. Momentos como este hay que compartirlos. Intento tomar la foto desde un ángulo en el que se vea nuestro romántico pícnic y el Templo de Debod de fondo.

Quince minutos después, consigo sacar la foto perfecta.

—¿Ya puedo? —pregunta Sergio hambriento.

—Sí. —Sonrío.

Sergio me cuenta como van las cosas en su trabajo. Él es Director Comercial en una multinacional. Su principal función es alcanzar las cifras de ventas previstas en el plan de negocio de su empresa.

—Tengo en mente una estrategia muy buena, pero aún no la tengo bien definida y necesito presentarla esta semana —dice algo angustiado.

—Bueno, ahora que no voy a estar estos días, tendrás tiempo para definirla, así cuando regresé estás libre para definirme solo a mí.

Reímos.



Devoramos la comida y cuando nos bebemos la botella de vino recogemos el chiringuito y nos vamos a mi casa.

No vivo sola, aunque tampoco me quejo, porque gracias a que comparto puedo vivir en un ático de 320 metros cuadrados y en pleno centro de Malasaña. Además, vivir con Valentina y Deseada es bastante fácil.

Llegamos a mi piso, creo que no hay nadie en casa. Dejamos las cosas en mi habitación y antes de que me quite los zapatos, Sergio comienza a desnudarme frenético.

Me besa, me tumba en la cama y me abre las piernas. Mete su lengua en mi vagina y juguetea con mi clítoris. Gimo de placer.

Se incorpora, me pone las piernas sobre sus hombros y me penetra sin piedad. Me embiste con pasión. Jadeo enloquecida.

Al poco tiempo anuncia su clímax; como de costumbre, se corre demasiado rápido. A veces le obligo a aguantar, otras, simplemente finjo que yo también me corro junto a él para que no se sienta mal, pero hoy no me apetece fingir. Es más, quiero que le quede claro que no ha sabido satisfacerme y que me ha dejado a medias, así la próxima vez se pondrá las pilas.

No me gusta fingir orgasmos porque es como decirle que lo que está haciendo me gusta y entonces él, la próxima vez, lo repetirá. Además, yo no soy de esas a las que la mera penetración le satisface y ya se lo he dicho en numerosas ocasiones.

Nos quedamos un rato sobre la cama. No hablamos simplemente nos acariciamos. Luego él se viste y se va. Justo cuando sale de casa, llega mi compañera Desi o Deseada, según la hora. Sí, ya sé que esto suena un poco raro, pero es que ella es así de peculiar. Por el día trabaja en una gestoría, aunque es solo un trabajo tapadera, ahí conoce a empresarios, directores de bancos y otros altos cargos, en este trabajo se hace conocer como Desi, pero por la noche, atiende a los clientes más exclusivos de una forma más... íntima y se hace llamar Deseada, que es su verdadero nombre, el que aparece en el DNI y que, sin duda, le hace justicia. A mí me gusta llamarla Desi, pero cuando salimos por la noche, ella me obliga a llamarla Deseada.

Vivimos juntas desde que me mude a Madrid hace poco más de seis años. Ah, que no te lo había dicho, pues soy de Sevilla, me vine a vivir aquí cuando me seleccionaron en la aerolínea. Toda mi familia vive allí, con ellos hablo menos de lo que quisiera, con los cambios horarios a los que estoy sometida en mi trabajo es complicado. Con quien más hablo es con mi hermana Belén, como ella también utiliza WhatsApp lo tenemos más fácil.

Cuando llegué a Madrid pensé en irme a vivir con una compañera de trabajo a un piso en Barajas, pero luego lo pensé y me di cuenta de que no quería que toda mi vida girase en torno a la aviación y si vivía en Barajas y compartía piso con otras azafatas era justo lo que iba a suceder. Por suerte, en mi búsqueda me topé con Desi y su espectacular ático. Recuerdo que el día que me contó a qué se dedicaba pensé que ese trabajo no le debía de dejar demasiado dinero, porque de ser así no tendría necesidad de compartir piso, pero con el tiempo me he dado cuenta de que con el dineral que gana podría vivir sola y en el apartamento más lujoso de la ciudad, pero ella, a diferencia de mí, que me encantaría vivir sola, necesita vivir con alguien, le gusta la compañía.

—¿Qué tal la noche? —le pregunto a mi amiga cuando entra en el piso.

—Digamos que podría haber ido mejor —dice algo desanimada.

—¿Qué ha pasado?

—Una de las niñas ha dejado tirado a un cliente y he tenido que ir yo. — Abre el congelador, saca un par de hielos y los echa en un vaso. Abre el mueble donde guardamos el alcohol y se sirve un poco de ginebra rosa.

En su trabajo nocturno ella no está sola tiene tres chicas, que aunque no trabajan para ella literalmente, sí que atienden sus peticiones. Es decir, que mi amiga le manda a los clientes a una u otra según las exigencias de estos y ella se queda con una comisión.

Por si te lo estás preguntando sí, mi amiga es puta. Aunque como dice ella, una puta muy exquisita, porque solo atiende a algunos clientes, digamos que ella es de las pocas que se dedica a esto que puede elegir con quien se acuesta.

—¿No hay tónica? —pregunta buscando en el frigorífico.

—Fría no. En el mueble. —La busco y se la doy.

—¿No quieres uno?

—No, mañana vuelo.

—¿A dónde vuelas?

—A Bogotá.

—Qué pereza, no me llama nada esa ciudad.

—Ni a mí.

—Oye ¿y Valentina? ¿No está? —Curioseas.

—No.

—¡Qué raro! ¿Dónde estará?

—No sé, no ha dicho nada por el grupo del piso. —Me encojo de hombros.

—Es seguro que ha conocido a alguien —suelta en ese tono tan propio de ella.

—No creo, nos lo habría contado.

—Bueno, te lo habría contado a ti, a mí no. Mejor cuéntame, ¿qué tal tu aniversario con Sergio?

—Bien.

—Uy, ese bien suena a que podría haber estado mejor.

—Es que podría haber estado mejor. A ver, la sorpresa me ha gustado mucho.

—¿Qué sorpresa?

—Me ha preparado un pícnic romántico frente al Templo de Debod.

—¿Al Templo de Debod? ¿Y por qué nunca te lleva a su casa?

—Ya te lo he dicho, Desi, porque vive con sus padres.

—¿Y por qué no te los presenta?

—Pues no lo sé, pero tampoco es que me muera por conocerlos, ni yo he pensado presentarle a los míos.

—¿Ha estado bien el momento pícnic, al menos?

—Sí...

—¿Pero?

Mi amiga que me conoce demasiado bien sabe que a ese sí le falta un «pero».

—Pero cómo suele suceder últimamente, el polvo ha sido una mierda.

—Lo bueno si es breve, dos veces bueno —dice ella, que está al corriente de mi vida sexual con Sergio, con ironía y descojonándose de la risa.

—Ja, ja, ja. ¡Qué chistosa!

—¿Otra vez se ha corrido a los cinco minutos? —pregunta ahora en tono serio.

—A los diez.

—Bueno, parece que va alargándose la cosa.

Me río, porque con ella es imposible no hacerlo.

—Es que ya se lo he dicho varias veces, él dice que le pongo demasiado y que por eso se corre tan rápido.

—Ya claro, y los que tardan dos horas en correrse es porque tienen mucho aguante. A otra con el cuento.

Amabas reímos.

—Hoy ni siquiera me he molestado en fingir un orgasmo, para que le quede claro que no he disfrutado.

—Has hecho bien. Así debería ser siempre, ¿por qué tenemos que fingir?, ¿para subirles el ego? Si un tío no sabe cómo hacerme disfrutar, qué al menos le quede constancia de lo mal que lo hace.

—Totalmente de acuerdo. Pero se me ha ocurrido algo para la próxima vez que lo hagamos.

—¿Qué se te ha pasado por esa cabecita loca?

—Tengo un plan.

## 2

El vuelo de ida es muy tranquilo y todo transcurre con normalidad. Cuando llegamos a Bogotá son las ocho de la mañana, pero entre que desembarcamos, hacemos el *security search* y llegamos al hotel se nos va casi una hora y media. Por suerte, al llegar, aún está abierto el desayuno.

Esperamos en la recepción para hacer el check-in. Por norma, primero recogen la llave el comandante, el segundo oficial y el sobrecargo, luego, por orden de antigüedad, los tripulantes. Veo que dos chicas nuevas se me adelantan y se ponen en el mostrador para firmar la hoja y recoger la llave de sus habitaciones. Estoy a punto de saltar cuando lo hace otra compañera.

—La llave de la habitación se recoge por orden de antigüedad, cariño —le dice Vanesa con retintín.

—¿Eso dónde está estipulado? —le responde una de las chicas nuevas, de cuyo nombre no me acuerdo.

—Son costumbres de la empresa que siempre se han respetado —salto yo.

—Pues esas costumbres son un tanto arcaicas y no vienen estipuladas en el manual —responde con arrogancia.

Opto por quedarme callada para no generar conflicto. Estoy cansada de esta gente nueva que está entrando en la empresa. Durante seis años todos hemos sido como una gran familia. Hemos seguido las costumbres felices, pero ahora, con la llegada de cuatro nuevos aviones, está entrando mucha gente nueva, y demasiado joven, que no tienen ni idea de qué va esto.

Lo único que me consuela es saber que en cuanto lleven unos meses trabajando aquí se darán cuenta de que este no es el trabajo que ellas tenían idealizado. A mí me pasó, a todas en realidad nos pasa. Llegamos a la aviación pensando que esto es un trabajo glamouroso y que viviremos una vida de lujo, pero luego, cuando te ves recogiendo la basura de los pasajeros y a estos tratándote como una camarera, te das cuenta de que tu trabajo está muy mal valorado y que no es para nada lo que te habías imaginado. Es una profesión muy peligrosa, con muchos riesgos y, sin embargo, no cobramos ningún plus de peligrosidad; tampoco cobramos un plus por nocturnidad, a

pesar de que nuestros vuelos son la mayoría en turnos de noche. Estamos expuestas al *jet lag*, a cambios de horarios, a virus, a la deshidratación de la piel, pues los aviones son extremadamente deshidratantes... Por no hablar de que vivimos en una incertidumbre constante, sin saber qué va a pasar, al menos las que trabajamos en compañías chárter.

Por supuesto, no todo es negativo, mi trabajo tiene muchas ventajas, entre ellas, poder irme toda la mañana al salón de belleza y sentirme como una reina por menos de cincuenta euros, justo lo que hago después de desayunar y pegarme una ducha.

Quedo con Vanesa y nos vamos juntas a un salón que hay cerca del hotel en el que nos alojamos. En Bogotá todo es más barato al cambio con el euro.

Nada más llegar al lugar, nos reciben como reinas, porque saben que todas las compañeras de la compañía vienen por recomendación unas de otras y es como tener una cliente fija.

Nos recogen la chaqueta y nos ofrecen champán. Primero nos hacemos la manicura y pedicura. Tras ello, aprovechamos para darnos un masaje completo. Salimos de allí como nuevas.

Aprovechamos y vamos a un centro comercial cercano. Mientras Vanesa mira unas prendas en una tienda de ropa yo entro en una *sex-shop* en el que hay de todo y busco algo que me pueda ayudar con mi plan para Sergio. Le cuento abiertamente al joven que trabaja allí mi problema y me recomienda un huevo masturbador de la marca Tenga Egg, de este modo puedo hacer que Sergio disfrute y se corra una primera vez y dure más en la segunda. También me recomienda un consolador femenino, para ese intervalo de tiempo de recuperación entre la eyaculación masculina y la siguiente erección. No me lo pienso y compro ambas cosas.

Busco a Vanesa y vamos a una tienda de café Juan Valdés, quiero comprar algún obsequio para el piso, siempre llevo algo de todos los países que visito. Compro café y tres preciosas tazas de la marca.

---

Por la tarde aprovechamos para dormir un rato, pues a las nueve hemos quedado para ir a Andrés Carne de Res, un restaurante bar único en el mundo.

---

A las ocho de la tarde suena el despertador, estoy muerta. Me dan ganas de escribirle a los compañeros y decirles que no voy a ir, pero sé que Vanesa cuenta conmigo, ella nunca ha estado y tiene muchas ganas de ir, pero solo irá

si voy yo, no quiere ir sola con los pilotos y las dos chicas nuevas, la entiendo.

Hago un esfuerzo y me levanto de la cama. Me lavo la cara con agua fría y busco un vestido para ponerme. Me maquillo y me hago unas ligeras ondas en mi oscura y larga melena. Me aplico el *eyeline* y me pongo un poco de sombra marrón que intensifica el color miel de mis ojos.

Un transporte privado que hemos contratado nos lleva a los seis hasta el lugar. Yo ya he estado antes, es un restaurante con un ambiente de fiesta en el que las risas están aseguradas. Eso sí los precios son excesivos. La otra vez que vine no tuve que pagar nada, porque antes hablé con un de los encargados a través de mi cuenta de Instagram y al ver los muchos seguidores que tenía me invitaron a cenar a cambio de un *post* y unas cuantas *stories* hablando del lugar. Pero en esta ocasión me va a tocar pagar.

Cuando llegamos nos reciben con chupitos de tequila.

La decoración es de lo más variada, hay mil detalles por descubrir. Tomamos asiento en una mesa grande y pedimos dos botellas de vino, mientras pensamos los platos.

Javi, el piloto, no para de entablar conversación conmigo, parece muy interesado. Vanesa parece que también se percata. Me lo dice cuando vamos juntas al baño.

—Al segundo le molas —asegura.

—Creo que sí.

—¿Crees? Es obvio. No para de mirarte y de reírte las gracias.

—Tengo novio.

—Bueno, nadie se va a enterar —ríe.

Cuando regresamos a la mesa ya han traído los platos, son enormes. No sé si podré comerme semejante pieza de carne.

—¿Qué te parece? —me pregunta el comandante—. El entrecot —aclaro al ver que no respondo.

—Digamos que no está mal.

—A mí no me ha gustado el chorizo —dice una de las chicas nueva que nos acompaña.

—Ya os avisé que este sitio no brilla por la comida, es un conjunto.

—Sí, yo creo que se paga el lugar, el ambiente... —dice Vanesa.

—Exacto —añado.

De pronto suena una bachata que me encanta.

—¿Bailamos? —pregunta Vanesa.

—Venga, así bajamos un poco la comida. —Me levanto tras ella.

—Yo también me apunto —dice Javi.

No me sorprende su iniciativa, pues lleva toda la noche buscando el momento perfecto para estar a solas conmigo.

Bailo con Vanesa hasta que esta le sonríe a un cubano que est a como un queso y el tío prácticamente la secuestra con una sonrisa. Se ponen a bailar juntos y yo me quedo sola con Javi.

— Sabes bailar bachata? —le pregunto entre risas.

—Algunos pasos básicos. Chico izquierda chica derecha,  no?

—Algo así —río.

Comienza a sonar otra canción más sensual.  l pone sus manos sobre mi cintura, yo pongo las mías en su cuello y nos dejamos llevar. Nuestros cuerpos se mecen al compás de las notas musicales.

Meneo mis caderas y me adue o de la pista.

Experimento una sensación de libertad con cada movimiento, es como si no dominara nada y al mismo tiempo lo controlara todo...

Su cuerpo está demasiado cerca del mío y noto su erección. No s  por qué muchos hombres se excitan al bailar bachata, a veces siento que es como hacer el amor, pero bailando.

Miro a Javi y me percato de que es un hombre de lo más normal, sin embargo tiene algo especial.

Sus manos se deslizan por mi cuerpo, me agarra con pasión. Cada vez estamos más cerca el uno del otro y siento una corriente por mi cuerpo, debe de ser el alcohol.

Quedo envuelta en una vorágine de energías y sensaciones y me dejo llevar.

La situación resulta cada vez más morbosa y cuando me quiero dar cuenta, Javi me besa en los labios, quiero detenerle, pero no puedo.

Calor..., tengo un calor horroroso y, de pronto, noto como si todo mi cuerpo ardiera.

Me siento culpable al pensar en Sergio, pero al mismo tiempo esto es como un chute de vida y adrenalina. Me repito a mí misma una y otra vez que por un poco de divers n no va a pasar nada.

La canción termina y aprovecho ese silencio para tomar el control de mí y separarme de él. Tan pronto nuestros cuerpos se distancian me arrepiento de haber cometido semejante estupidez.

Ahora s  comienzo a sentirme mal, pero intento no pensarlo demasiado. Es la primera vez desde que estoy con Sergio que hago algo parecido. Regresamos a la mesa y los compañeros se percatan de lo que acaba de



suceder, porque Javi tiene resto de mi barra labial en la comisura de sus labios.

---

Un par de horas más tarde y después de pagar casi cien euros por persona, regresamos todos al hotel. Javi y yo vamos sentados en la parte trasera del coche, me agarra la pierna y me hace cosquillas, pero yo trato de evitar que esto llegue a más.

Nos divertimos cantando canciones españolas que Vanesa pone en la radio del coche a través del bluetooth de su *Smartphone*. Todos reímos.

Cuando llegamos al hotel Javi me invita a dormir con él, pero entre risas declino su invitación.

---

A la mañana siguiente me siento fatal y no sé cómo voy a mirar a Javi, tampoco sé cómo va a reaccionar él y eso me preocupa.

Por suerte cuando nos vemos en el *briefing* todo transcurre con normalidad y ninguno vuelve a hablar del asunto.

El vuelo de regreso a Madrid no resulta tan tranquilo. Después de terminar con el servicio, a las tres horas de vuelo aproximadamente, escucho unos gritos en la puerta R3. Corro hasta el lugar y me encuentro a un grupo de personas en círculo gritando. Por un momento pienso que algo le ha pasado a la puerta, pero tan pronto me acerco, me percató que se trata de una chica que se ha desmayado.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —grita un señor.

Cojo el telefonillo y pregunto si hay un médico a bordo.

—Ve a por el botiquín —le indico a una compañera.

La chica que ha perdido el conocimiento está echando espuma por la boca.

Trato de no perder la calma.

—Soy médico —dice el guaperas que está parado frente a mí.

Me quedo embobada en sus verdosos ojos.

La chica comienza a recobrar el conocimiento, pero no dice nada.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Se llama Gabriela —dice un señor que permanece junto a la joven.

—¿Gabriela qué edad tienes? —pregunto de nuevo.

—Tiene treinta y dos años —vuelve a responder el señor.

—A ver, déjela que responda ella. El objetivo de estas preguntas es ver si está consciente —le digo al señor.

El médico guapo me mira y me guiña un ojo.

—Gabriela, ¿a dónde viajas?

—A Madrid —responde por fin la joven.

—¿Viajas sola? —pregunta el médico a sabiendas de que el señor que responde a las preguntas es familiar.

—Con mi hermano —responde la joven—. Necesito ir al baño.

—Claro. Con cuidado —la ayudo a levantarse.

En ese momento suena el interfono de la puerta en la que me encuentro. Es la sobrecarga.

—Dice el comandante que puede ser una mula hay que estar atentos. ¿Sabes si la chica ha comido? —pregunta mi superior.

—No ha querido comer —digo en voz baja.

—Pues ahí tienes la respuesta.

—Y ahora está en el baño.

—Lo está echando todo —asegura la sobrecarga.

Comienzo a ponerme nerviosa, no porque llevemos una mula en el avión, no es la primera vez que esto pasa, sino porque viví una experiencia muy dramática en esta misma ruta hace como dos años. A mitad del vuelo un joven se desmayó, pedimos ayuda médica a bordo, pero nada se pudo hacer por él. Falleció intoxicado por cocaína antes de aterrizar. Claro que, aunque todos sabíamos que estaba muerto, en realidad es como si no lo estuviese, pues por normativa no se considera a una persona muerta hasta que no lo certifique un médico en tierra, así que hasta ese momento es como si el fallecimiento no hubiese tenido lugar.

Al parecer, al joven se le reventó en el vientre una de las bolsas de cocaína pura que llevaba dentro. Eso lo supe después, porque el comandante lo puso por el grupo de WhatsApp; transportaba treinta bolsas de coca en el interior de su cuerpo.

Fue horrible, no quiero ni acordarme, me pasé días sin poder dormir, recordando el suceso.

Golpeo la puerta del baño con fuerza.

—¿Se encuentra bien? Tiene que abrir la puerta por seguridad —le indico a la chica que acaba de recuperar la conciencia.

—Estoy bien. Salgo enseguida.

Espero paciente en la puerta.

### 3

—¿Puedo regresar ya a mi asiento? —me pregunta el doctor.

—Sí, sí. Muchísimas gracias por todo.

—Soy Fer, encantado —dice con una sonrisa.

Sus rasgos son endurecidos: pelo negro despeinado hacia atrás, cejas pobladas del mismo color, ojos vivos, nariz ancha y puntiaguda, labios delgados y mandíbula pronunciada. Es tan jodidamente guapo que no hay palabras para describir a un hombre así.

Sus ojos chispean como los reflejos del sol sobre el mar en una tarde de verano. Me pierdo durante unos segundos en su impenetrable mirada.

—¿Cuál su asiento? —pregunto cuando consigo salir de mi embeleso.

—17 A.

—Vale, ahora le busco, me tiene que rellenar un papel.

—Le relleno lo que usted me pida —responde con una sonrisa.

Será grosero el doctorcito. Se lo voy a permitir porque es joven y está bueno.

Justo en ese momento la chica sale del baño y toma asiento. Me quedo más tranquila cuando veo que decide comer. Lo que significa que si transportaba droga ya se ha deshecho de ella, aunque quizá haya sido solo un desmayo. Nunca lo sabremos.

Con el corazón aún encogido voy a la parte delantera del avión para hablar con la sobrecarga y le resumo el suceso. Ella me entrega los papeles que el médico tiene que firmar y voy directa a su asiento.

—¿Me permite su DNI, por favor? —le pregunto muy seria.

—Sí, por supuesto. —Saca la cartera del bolsillo y me lo entrega.

Apoyo la carpeta con los papeles sobre el reposacabezas de un asiento y copio el número del documento.

—Puede tomar asiento aquí si lo desea —dice el médico haciendo el amago de levantarse.

—No se preocupe.

Aunque no lo necesito para el informe, miro su fecha de nacimiento, tiene treinta y un años.

Me quedo atónita cuando veo su nombre completo.

—¿Ferreol? —Leo en voz alta.

—¿Algún problema?

—No, nunca había escuchado un nombre tan...

—¿Original?

En realidad iba a decir tan feo. Pensé que Fer sería de Fernando.

—Sí. —Le devuelvo el DNI.

—Todo yo soy de oro —dice engreído.

—Ah, ahora lo entiendo, de ahí el nombre: Ferreol Rocher. —Me río yo sola como una tonta.

—Veo que usted, en cambio, es poco original. Esa broma ya me la han gastado demasiadas veces. Mejor pruebe otra vez.

—¿Ferreocarril? —Vuelvo a reír a carcajadas.

Él muestra una ligera sonrisa que interpreto como: «Ríe, ríe, que cuando te coja a solas te voy a dar lo tuyo». Me desarma solo con ese sutil gesto y, entonces, me percató de que me estoy excediendo en confianza. Que sea joven no significa que pueda tomarme estos atrevimientos con un pasajero y más cuando se ha prestado a ayudar a la tripulación en una emergencia médica.

—¿Me dice su teléfono? —continúo.

No es que haya perdido la cabeza y esté ligando con este tío, que también, es solo que cuando suceden este tipo de acontecimientos hay que redactar un informe con todo lo ocurrido y quién ha sido el médico que ha prestado su ayuda. También se pide un teléfono de contacto por si la compañía precisa alguna aclaración.

—¿No le parece que es usted un poco atrevida? —Me mira pícaro.

No sé a vosotras, pero a mí los tipos como este me ponen a cien con solo una sonrisa como la que acaba de regalarme. Da igual si un cuerpazo como el de este hombre está depilado o tiene una pelambrera en el pecho, porque destila sensualidad por cada poro de su piel. Sus potentes brazos me dicen que es de los que no esperan a llegar a casa para darte lo tuyo contra la pared. Es curioso porque nunca había visto a un médico con pinta de portero de discoteca.

—Lo necesito para el informe —aclaro.

—Muchas cosas necesita usted para el informe.

—Eso lo estipula la compañía.

Me dice su teléfono y lo apunto. Tras ello, le dejo el informe para que lo lea y lo firme.

Me roza con sus manos al coger la carpeta y siento un escalofrío.

Firma sin ni siquiera leerlo.

—¿No lo lee? —pregunto extrañada.

—Me fío de usted.

—No debería —aseguro.

—¿Tan peligrosa es?

Esto ya sí que se excede de lo profesional y mucho.

—Mejor no quiera comprobarlo, Ferreol —su nombre lo digo con retintín.

—¿Dónde quiere demostrármelo? —pregunta seguro de sí mismo y es esa seguridad chulesca la que hace que se me caigan las bragas.

Trago saliva.

—Gracias por todo —digo cuando me percató de que he cruzado el límite entre lo profesional y lo personal, y le veo las orejas al lobo, nunca mejor dicho.

Le doy la espalda para marcharme, pero antes de que de un paso, me pregunta:

—¿No piensa decirme al menos su nombre?

Me giro hacia él. Dios... ¡Está tremendo!

—Paola. —Le miro a los ojos y, antes de girarme, sonrío.

Él me devuelve la sonrisa con carisma.

El resto del vuelo transcurre con normalidad y demasiado rápido a mi parecer. Aunque en aviación, todo pasa demasiado rápido, no solo el tiempo. Es algo que he comentado en numerosas ocasiones con compañeras, estos seis años se me han pasado volando (nótese el chiste).

Cuando aterrizamos en Madrid la gente aplaude como si esto se tratase de un concierto. Me fastidia tanto oír los aplausos después de un aterrizaje... Me parece absurdo y ridículo. Solo sirve para dejar en evidencia el tipo de pasajero que llevamos a bordo, esto no sucede con los alemanes, por ejemplo. Suele ser más propio de pasajeros de habla hispana y de clase media baja.

Llego a casa agotada. Ni Valentina ni Deseada están, así que me pego una ducha, me seco el pelo con el secador y me acuesto.

---

Las risas de Valentina y Desi me despiertan. Me levanto de la cama y salgo al salón como un zombi. El *jet lag* me deja muerta.

—Por fin despierta la bella durmiente —dice Desi desde el sofá.

—No me he despertado, me habéis despertado —gruño mientras voy directa a la nevera a servirme un vaso de leche para desayunar.

—¿Qué haces? —pregunta Valentina.

—Desayunar.

Ambas ríen al unísono.

—Pero tú estás tonta, que son las ocho de la tarde, que desayunar ni que ocho cuartos. Deja esa leche ahí que nos vamos de copas —grita Desi.

—¿Las ocho? —Miro mi móvil y lo confirmo, también me percató de que tengo varias llamadas perdidas de Sergio.

—Te voy a servir un *gin-tonic* para que vayas entrando en calor. — Valentina se levanta y se acerca hasta donde yo me encuentro.

—Anda, lávate esa cara de muerta, que te voy a maquillar un poco —dice Desi que ya está maquillada y con su rubia cabellera peinada. Luce un ajustado vestido de fiesta, en color negro, con cuello de pico y transparencias.

Le hago caso y me voy a lavar la cara, a ver si así me espabilo. Me miro al espejo y me percató de lo marcadas que tengo las ojeras hoy, para colmo me ha salido un grano en la barbilla, intento no pellizcármelo.

Cuando salgo del baño me encuentro una copa preparada sobre la mesa y todos los maquillajes de marca de mi amiga al lado.

—Esperad que os he traído un regalo —digo mientras voy a la habitación y cojo la bolsa de cartón con las tazas y el café.

—Paola tienes que dejar de traer cosas para el piso, esto parece un mercadillo —grita Desi desde el salón.

—Ay, Desi, encima que nos trae regalos —se queja Valentina.

—Pero es que la decoración de la casa pretendía ser minimalista, mira esa estantería, ese jarrón no pega nada con esa calavera horrible pintada de colorines.

—Tomad —digo entregándoles las tazas e ignorando a mi amiga.

—¡Me encanta! —Confiesa Valentina con una sonrisa.

—¿Otra taza más? Pero si ya no caben en el mueble, Paola.

—De verdad, Desi. ¡Qué desagradable eres! —digo molesta.

—Que es muy bonita. —Se levanta y me da un beso—. Venga, siéntate que voy a maquillarte.

Me dejo maquillar por ella mientras Valentina nos cuenta su último rollo con un policía que ha conocido hace poco más de una semana.

—Bueno, es que es muy fuerte, Paola, se lo estaba contando a Desi, pero lo vuelvo a contar para que te enteres de toda la historia.

—¿Otra vez lo vas a repetir? ¿Me quieres matar? —se queja Desi.

—Sí, lo tengo que repetir, para que entienda toda la historia y pueda darme su opinión.

—La opinión ya te la doy yo: Ese tío pasa de ti y tú estás loca.

—Ya está la juzgadora, no sé para qué te cuento nada.

—Si quieres la próxima vez me limito a decirte...

—Bueno, ya. ¡Parad! —interrumpo a Desi—. Cuéntame la historia, Valentina.

—A ver, resulta que Manu me ha mentido y esta es la segunda mentira que le cojo. Me dijo que la abuela de un amigo suyo había fallecido y que estaría todo el día liado, porque tenía que ir al pueblo de su amigo para acompañarle a la misa. Pues no sé por qué, pero yo sabía que me estaba mintiendo otra vez, así que le pregunté el nombre del pueblo y llamé al párroco de allí.

—¿Qué? ¿Llamaste al cura? —pregunto abriendo los ojos sin dar crédito.

—No te muevas, que me vas a estropear el trabajo —me regaña Desi que sigue maquillándose.

—Sí, llamé al cura, conseguí el teléfono porque primero llamé a la funeraria y les expliqué que era amiga de la familia y quería ir a la ceremonia en la iglesia. Al cura le expliqué lo mismo, le dije que, dadas las circunstancias, no había podido contactar con la familia y que no sabía en qué iglesia sería la misa, a lo que el cura me explicó que no había ninguna misa prevista para ese día, pues de ser así, él estaría al corriente y la daría él mismo. Me dijo que debía haberme confundido de pueblo.

—Estás loca, ¿lo sabes, verdad? —digo intentando no moverme mientras Desi me aplica la sombra de ojos.

—¿Tú también vas a juzgarme?

—A ver, Valentina, es que lo que has hecho muy normal no es. ¿Qué piensas hacer ahora? Porque no puedes contarle que has hecho eso o quedaras como una loca obsesiva.

—Lo mejor es que lo dejes sin darle explicaciones —asegura Desi. ¿Para qué quieres a un tío mentiroso en tu vida? Será por hombres...

—Sí, yo opino igual. Déjalo, antes de que te deje él.

—Ya, tenéis razón. —Valentina le da un trago a su copa.

—¿De dónde son esos vaqueros, Valentina? ¡Me encantan! —pregunto al ver lo bien que le quedan y lo mucho que realzan su figura.

—Me los compré en Salsa, son push up. Supercómodos.

—Me los voy a comprar —asegura Desi.

—Y yo.

—Copionas —se queja mientras se levanta y nos muestra su esbelta figura.

Luce un *body* blanco, sus perfectos *jeans* y unos tacones rojos. Su morena cabellera con mechas rubias en las puntas la lleva ondulada.

—Las fiestas de La Paloma este año no han sido lo mismo sin ti —asegura Valentina.

—No me lo recuerdes. ¡Qué coraje! —refunfuño.

—Tampoco te has perdido gran cosa, este año nada más que había feos, no sé dónde estarían los guapos —dice Desi.

—Con las feas —aseguro.

Valentina y yo reímos. Desi nos mira seria. Es que un chico del que Desi se coló, la dejó por una fea y el año pasado en las fiestas de La Paloma los vimos aparecer juntos. Aún no entendemos como el chico, con lo guapo que es, se pudo ir con una tía tan fea, pero bueno para gustos los colores, seguro que la chica tenía otras muchas cualidades.

—Por cierto hoy me han dado los resultados de la citología. Está todo bien —comenta Valentina.

—Pues yo necesito que me recomendéis una buena ginecóloga, la mía se fue a una clínica en Barcelona y como comprenderéis no voy a ir hasta allí a hacerme la revisión anual.

—¿Cuándo te toca? —pregunta Desi.

—Me tocaba hace unos cuantos meses.

—Uf, pues la mía tiene lista de espera de hasta dos meses.

—Yo tengo ginecólogo, le puedo decir que te haga un hueco, es amigo —dice Desi.

—¿Ginecólogo? —preguntamos Valentina y yo al unísono.

—Sí, ¿qué pasa?

—No sé, ¿no te sientes más cómoda con una mujer?

—¡Qué antiguas! No, Además está cómo un queso.

—A mí no me gusta que un hombre me inspeccione mis zonas íntimas ya bastante pudor me da que lo haga una mujer —confiesa Valentina.

—Pues yo disfruto cada vez que voy, de hecho, a veces, me invento que tengo algo solo para que este tío me toque.

—¿Qué dices? Estás fatal —digo sin dar crédito.

—Si vas, ya me contarás si estoy tan mal.

—Ya te diré, porque la verdad es que no me gusta dejar pasar tanto tiempo sin hacerme revisión.



Antes de salir de casa aprovecho para llamar a Sergio. Le explico que me he quedado dormida y que por eso no le he llamado antes, él lo entiende y quedamos para vernos en la discoteca.

Decidimos ir a Medias Puri, la discoteca de moda en Madrid, no sé si por su decorado de tienda de lencería o por el tipo de clientela que va. Llegamos y la cola ocupa casi toda la plaza de Tirso de Molina, por suerte nosotras no tenemos que esperar, es lo que tiene ser una influencer y darle tanta publicidad a este sitio.

Nos vamos directas a la entrada y saludamos a los porteros que nos invitan a pasar con una sonrisa.

El lugar cuenta con tres salas con ambientes bien diferenciados para que una pueda ir cambiando según le apetezca.

Nosotras siempre nos quedamos en la sala principal, al menos hasta que veamos el espectáculo, luego solemos cambiar.

—¿Pedimos? —sugiere Valentina.

—Espera, quiero ir a saludar a Puri —dice Desi.

Puri es la imagen del local, una mujer muy peculiar que suele ir siempre con un recogido tirante y un maquillaje de noche muy profesional. Estoy segura de que la maquilla alguien.

Acompañamos a Desi y cuando termina de saludar a la señora, regresamos a la sala principal. Nos vamos directas a la barra y pedimos tres *gin-tonics*. En la pista bailamos remix de canciones ochenteras.

Un chico se acerca a mí.

—Te sigo en Instagram —me grita para que le escuche con la música.

¿Y qué quieres un pin?

Me limito a sonreír mientras sigo bailando con mis amigas sin prestarle demasiada atención. El chico se esfuma. ¿Para qué quiero ser simpática si de todos modos, cuando no consiga lo que quiere me va a poner de borde y creída? Me sé esta historia, se ha repetido en numerosas ocasiones.

Al cabo de un rato aparece una chica para decirme que le encanta todo lo que subo, me limito a darle las gracias.

A veces me cansa esto, porque no me compensa estar expuesta a todo tipo de críticas solo por promocionar cuatro productos malpagados. Ser influencer no es algo que jamás me haya propuesto, simplemente surgió. Al principio, subía fotos de mis viajes, con el uniforme, contaba historias sobre aviación... Así hasta que alcancé los quince mil seguidores, luego llegaron las primeras colaboraciones, comencé a hacer fotos más profesionales, entré en un grupo de influencer en el que nos apoyamos mutuamente, sí la mayoría de los

comentarios son de otros compañeros, es una forma de colaborar los unos con los otros. Así hasta llegar a esta locura.

Noto que unas manos masculinas me agarran por la cintura. Estoy a punto de girarme para darle un guantazo al tipo, cuando me percato que se trata de Sergio.

Joder, qué guapo está con esa camisa. Le beso y me excito con tan solo percibir su olor.

—¿Me has echado de menos? —le pregunto al odio.

—Mucho. —Me besa.

—¿Qué tal las fiestas?

—Este año no han sido lo mismo sin ti.

—Eres la segunda persona que me lo dice hoy, voy a tener que creérmelo.

—¿Quién ha sido la primera?

—Valentina. ¿Y tus amigos? —pregunto al no verlos.

—Allí. —Señala con la mano—. ¿Me acompañas a pedir?

Aviso a las chicas para que no se muevan del sitio y acompaño a mi novio a la barra a pedir.

Sergio se pide Ron-cola y me pide otro *gin-tonic*.

—Cuéntame, ¿qué has hecho por allí? —pregunta Sergio mientras la camarera prepara nuestras copas.

## 4

Me pongo nerviosa al recordar aquel beso con el piloto, pero trato de disimular y le explico que hemos ido al salón de belleza, que hemos salido a cenar, también le cuento lo de la emergencia a bordo.

—Ah, también he comprado unas cosas —digo con una sonrisa pícara.

—¿Qué cosas? —pregunta sorprendido por mi misterio.

—Esta noche te las enseño.

Sergio saca la tarjeta y paga las copas. Tras ello, regresamos a la pista, donde se encuentran nuestros amigos.

En silencio Sergio y yo nos miramos y bailamos.

Me percató de que Deseada está ligando con un tipo enchaquetado y de nuevo ha dejado a Valentina sola, aunque esta hace todo lo posible por meterse en la conversación. Ambas tienen una adicción tremenda hacia los hombres poderosos. Les encanta embaucar a los hombres con su físico, ninguna de las dos puede resistirse a la idea de que un hombre de esas características acabe obsesionado con su belleza. El problema es que como les guste el mismo, algo que ya ha sucedido en más de una ocasión, la guerra está servida.

Como no quiero perderme esta escena dejo a Sergio con sus amigos y me acerco a donde Deseada y Valentina se encuentran.

—¿Me acompañáis al baño? —les pido.

—No —responden al unísono.

—Sí —insisto.

Debo haber puesto cara de asesina, porque ellas se disculpan con el apuesto caballero enchaquetado y me acompañan.

—¿Pero estás loca? No ves que estábamos ligando con ese *tiarrón* —se queja Valentina.

—Sí, por eso mismo. ¿Ya se os ha olvidado lo que sucedió la última vez que ligasteis? —puntualizó en plural—. No quiero que os paséis de nuevo una semana sin hablaros por culpa de un tío.

—Eso no va a volver a pasar —asegura Valentina mientras Deseada saca su barra de labios roja y se la comienza a aplicar delante del espejo del cuarto de baño.

—Aceptaremos la elección —dice Deseada.

—Estáis como una cabra.

—¿Qué culpa tengo yo que a tu amiga Desi le gusten los mismos chicos que me gustan a mí?

—¿Yo? Eres tú la que se fija en los tíos que a mí me gustan —se queja Desi.

—Además tú juegas sucio, te inventas todo tipo de mentiras —suelta Valentina.

—Pues invéntatelas tú también, nadie dice que no lo hagas. Venga vamos que estás guapísima, es solo un tío.

—Eso, es solo un tío —añado yo—. Dejad de comportaros como quinceañeras que estáis siempre como el perro y el gato.

—A mí no me regañes como si fuera una cría —refunfuña Desi a la defensiva.

—Entonces no te comportes como una. —Me aplico un poco de brillo en los labios y los junto para distribuirlo.

Valentina se ríe con mi comentario.

—¿Y tú de qué te ríes? —le suelta Desi a Valentina.

Al final las tres reímos es lo que tienen amistades como la nuestra, que lo mismo nos gritamos que nos comemos a besos y abrazos. Estamos las tres un poco locas, lo sé.

Antes de salir del cuarto de baño escuchamos a alguien esnifar coca. Las tres nos miramos sin saber qué decir, porque pensábamos que estábamos las tres solas. La chica sale de una de las puertas y nos quedamos mirándola.

—¿Queréis? —dice con ironía señalándose la nariz.

Las tres negamos con la cabeza. Ni mis amigas ni yo hemos sido nunca de probar sustancias. En mi caso no lo hago por miedo a engancharme, me vuelvo adicta a todo lo que pruebo y me gusta.

—Venga, vamos a por unas copas —anuncio cuando salimos del cuarto de baño.

Ellas echan un vistazo alrededor a ver si ven al guaperas enchaquetado, pero creo que ni rastro de él. En cambio, cuando llegamos a la barra nos topamos con un ex de Valentina.

—¡Mirad quién está ahí! —dice Desi.

—Oh, Dios —suelto al verle.

—Vamos a pedir a la otra barra, me muero de la vergüenza si me ve —dice Valentina.

No recuerdo su nombre, pero sí la historia. Valentina se estuvo acostando durante meses con uno de los directivos en su trabajo, por suerte ella es funcionaria administrativa del Estado, menos mal, porque de no serlo hubiese perdido su puesto después de lo que pasó. Resulta que el tío la dejó por otra y ella en vez de aceptarlo, se presentó en su oficina y se quedó en ropa interior. El tío en vez de caer en sus redes, como ella esperaba, le gritó que qué estaba haciendo y le pidió que se vistiera de inmediato. Valentina llegó demasiado lejos cuando comenzó a gritarle que por qué le hacía eso, por qué ya no la deseaba. Mi amiga solo quería saber qué tenía la otra que no tuviese ella. Él volvió a pedirle que se vistiera y saliera de su despacho, pero ella, con actitud desafiante, siguió pidiéndole explicaciones. Él se levantó del asiento, cogió la ropa del suelo y se la tiró encima. Le dijo que si no se vestía la sacaba a la fuerza en ropa interior al pasillo. Ella se quedó allí de pie durante unos segundos sin saber qué hacer, quería pegarle una bofetada, pero por suerte se controló. Valentina se quedó muerta ante tal embarazosa situación, nunca había presenciado una escena tan humillante. Cuando nos lo contó estaba frustrada. Al final ella se vistió y se fue. Ella sabía que él no hablaría del incidente con nadie, porque nadie le creería, mi amiga es muy deseada entre los hombres y tiene fama de estirada, porque no es de las que se acuestan en la primera cita, ni en la segunda, bueno, tampoco en la tercera. En realidad es demasiado estirada, pero cuando se enamora de un tío lo da todo y, por supuesto no es ninguna mojigata en la cama como parece.

—¿Esa es la tía por la que te dejó? —pregunta Desi refiriéndose a la acompañante de él.

—Sí —dice Valentina.

—Madre mía qué fea, lleva las cejas tan depiladas que parece que se ha pintado dos rayones con un lápiz —confieso analizando el físico de la chica.

—¿Y qué me dices del pelo? —añade Deseada—. Parece una muñeca pelona con esos cuatro pelos.

—Chicas no necesito que la critiquéis para hacerme sentir mejor. La eligió a ella y punto —confiesa Valentina.

—No, si yo no lo hago para hacerte sentir mejor, sino porque la tía es de lo más vulgar. ¿Dónde va con esos labios perfilados por fuera?

—La verdad es que fea, pero fea —acaba corroborando Valentina.

Las tres reímos malvadas.

—Tres chupitos de jagger —pide Desi.

—Un brindis por las feas —propongo.

—Aún no me puedo creer lo que hice —Valentina se lleva una mano a la cabeza.

—Todas alguna vez nos hemos arrastrado por un hombre, lo importante es negarlo siempre —afirma Deseada.

Valentina y yo la miramos sorprendida.

—¿Tú también? —preguntamos al unísono.

—Bueno, a ver... arrastrarme lo que se dice arrastrarme...

La miramos desafiante.

—Vale, sí. Me arrastré una vez, me tiré al suelo como una alfombrilla pidiéndole a un tío que no se fuera.

—¿Qué? —pregunto boquiabierta.

—Estás tomándonos el pelo.

—Aunque no lo aparezca yo también tengo mi corazoncito.

Pedimos tres *gin-tonics* y regresamos a la pista. Buscamos a Sergio y a los amigos y bailamos todos juntos.

A mitad de la noche no aguanto más el calentón y le digo a Sergio que nos vayamos a mi casa.

Al salir del local nos percatamos de que está lloviendo. Cada vez son más frecuentes las tormentas en agosto. Cogemos un Uber que nos deja en la puerta de mi edificio.

Nos vamos directos a mi habitación y nos desanudamos mientras la tormenta descarga con furia en el exterior.

Antes de que Sergio me penetre lo detengo.

—Un momento —digo mientras me levanto y saco de la maleta mis juguetes.

—Vamos a jugar. —Le enseño el huevo que tengo en mi mano.

—¿Qué es eso? —pregunta sorprendido.

—Una sorpresa. ¡Túmbate!

Saco el huevo del envoltorio, le echo un poco de lubricante y sin decirle nada lo pongo sobre su erección y comienzo a masturbarle.

—Uf. ¡Para! Si sigues me corro.

Los truenos se mezclan con sus gemidos.

—Córrete.

—No...

—Córrete —insisto.

Sigo masturbándole hasta que eyacula. Tras ello, me levanto de la cama, saco el consolador femenino y se lo entrego.

—Tu turno. —Me muerdo el labio inferior.

Sergio, que está tumbado sobre la cama, se incorpora y se sienta a mi lado. Coge el vibrador y de un empujón me tumba sobre la cama.

Siento una sensación lasciva por todo mi cuerpo. El deseo sexual se apodera de mí. Mi vagina se lubrica sola.

Enciende el vibrador y me mira cargado de erotismo. Primero pasa sus dedos por mis húmedos labios vaginales. Introduce uno, luego otro y hasta tres dedos. Los saca y me abre bien las piernas para dejar al descubierto mi hinchado clítoris, pone el vibrador sobre él sin hacerme esperar.

Grito de placer. Muevo mis caderas. Me agarro con fuerza a las sabanas. El contacto del aparato con mis zonas más íntimas me enloquece.

Lo único que quiero es que me posea.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Aprieta el vibrador en mi clítoris. Grito sin poder evitarlo.

El consolador entra y sale de mí. Voy a explotar.

Me percato de que su miembro vuelve a estar erecto. Gimo. Esto es sensacional.

Cuando me corro se pone sobre mí y me penetra. Lo hace con brutalidad y eso me gusta, porque normalmente no puede follarme duro, de lo contrario se corre rápido. Gimo con cada estocada de mi novio. Parece que mi plan ha funcionado.

—Sí..., así..., fuerte —digo gozosa.

Los gemidos de placer salen descontrolados de mi boca. La tormenta no cesa y los truenos se funden con nuestros gritos.

Me posee a su antojo y yo cedo. Me pone a cuatro patas y me embiste por detrás.

Me masajea los pechos y me pellizca los pezones. Eso me pone la carne de gallina. Siento el orgasmo cerca de nuevo, pero de pronto él comienza a rugir y se corre enloquecido.

Cuando sale de mí, se me queda en el cuerpo la misma sensación que deja un estornudo frustrado: sientes que va a llegar, te preparas para estornudar y de pronto desaparece.

—Uff. ¡Qué rico! —exclama Sergio, que cae exhausto sobre la cama.

—¿Te ha gustado mi plan? —digo con ganas de más.

—Mucho, ¿de dónde lo has sacado?

—Simplemente pasé por una *sex-shop* y se me antojo comprarlos para probar.

—Te quiero. —Me da un beso en la frente y me acurruca en su pecho.

Cierro los ojos algo adormilada y me quedo dormida mientras él me hace cosquillas en la espalda.

---

A media noche los gritos de Valentina y Desi me despiertan. Me levanto de la cama despacio para no despertar a Sergio y salgo al salón a cotillear.

—¿Qué haces despierta tan tarde? —pregunta Desi.

—Me habéis despertado, otra vez —puntualizo.

—¡Coño, qué sueño tan delicado tienes! —exclama Valentina entre risas.

—Estamos hablando que este año para despedir el verano vamos a hacer una fiesta en casa —dice Desi.

—¿En casa? —pregunto sorprendida, pues ella no es de hacer fiestas en casa.

—Sí.

—Anda acostaros que habéis bebido demasiado —digo mientras voy a la cocina a coger un vaso de agua.

---

Con el transcurso de los días, me recupero del *jet lag* y mi cuerpo se vuelve a habituar al horario español poco antes de mi siguiente vuelo.

Aprovecho estos días para llamar a mis padres y a mi hermana y hablar con ellos tranquilamente. También aprovecho para ir al ginecólogo a mi revisión anual, al final le he hecho caso a Desi y voy a ir al suyo, porque me urge ir cuanto antes para quedarme tranquila, porque ya empiezo a notarme bultos extraños en los pechos. Así que ella me ha cogido cita con el doctor Cabanes hoy mismo a las seis de la tarde. Yo no soy nada vergonzosa ni pudorosa, pero reconozco que el hecho de que por primera vez vaya a ser un hombre quien me inspección esa zona y de una forma que no es la habitual, me pone un poco en tensión. En cualquier caso lo único que quiero es que todo esté bien.

Cuando llego a la consulta del doctor espero en la sala de espera hasta que sale una enfermera y me entrega una hoja para cumplimentar con mis datos personales y algunos datos médicos.

Al cabo de un rato la enfermera regresa, le entrego la hoja y pide que la acompañe.

—¿Es una revisión anual, verdad? —pregunta la enfermera.

—Sí, eso es —afirmo.



Entramos en una sala pequeña me pide que me quite la ropa y me ponga una bata verde desechable que ella misma me entrega.

Cuando estoy lista aviso a la enfermera y esta me abre la puerta que da a otra sala en la que se encuentra una camilla con unos estribos y una aparatología moderna a su alrededor. Me pide que me coloque sobre esa especie de potro, y me avisa de que el doctor viene en unos segundos.

Colocada en esta postura tan... incomoda, comienzo a ponerme un poco nerviosa y a sentir un pudor que nunca antes he sentido. Supongo que el hecho de no coger al doctor ni haber estado antes en esta clínica son los causantes de esta sensación.

En ese preciso momento entra en la sala el médico con su estetoscopio en el cuello. Doy un respingo y cierro las piernas de forma involuntaria.

—¿Usted?

—Vaya, Paola. ¡Qué sorpresa!

## 5

Es imposible no recordar su rostro. Me quedo embelesada con el erotismo que irradia su impenetrable mirada.

—No sabía que su especialidad era... la ginecología —afirmo nerviosa después de ver a Ferreol (cómo olvidar su nombre), con una bata blanca, pero con las mismas pintas de empotrador nato.

—Si no me lo preguntó, ¿cómo iba a saberlo?

—No tuve demasiado tiempo, en el vuelo tenemos mucho trabajo.

—Pensé que utilizaría usted mi número —afirma descarado.

—No puedo hacer eso, es cómo si usted coge el número de teléfono del historial médico de una paciente y la llama para pedirle una cita.

Durante unos segundos su rostro adquiere una expresión ininteligible, luego se ríe.

—¿Lo ha hecho? —pregunto sin dar crédito.

—Si se lo confirmo, pensaría usted que soy poco profesional. Mejor comencemos con el chequeo. Me ha informado mi enfermera que está aquí para hacerse una revisión rutinaria, ¿es así?

—Sí —afirmo sin poder apartar la vista de sus ojos.

Se coloca unos guantes sobre sus gruesas manos.

—¿Cuándo se hizo la última revisión?

—Hace como un año y medio, doctor —hago énfasis en esta última palabra para recordar los roles.

—Si lo prefiere podemos tutearnos, he visto su edad en la ficha médica que ha rellenado para mi enfermera y apenas nos llevamos dos años.

—¡Qué observador! —digo con retintín.

—¿Acaso usted no miró la mía cuando le entregué mi DNI?

—No —miento—. En cualquier caso, puedes tutearme si lo prefieres.

Acto seguido, me pregunta si hay alguna razón en particular por la que haya decidido ir a la revisión. Le explico que me he notado unos pequeños bultos en el pecho. Tras ello, me baja la bata y mis pechos quedan al descubierto.

No me pasa desapercibida su forma de mirarme, a pesar de que él trata de disimular el asombro ante el tamaño de mis pechos. Me los palpa y me los aplasta. Mientras lo hace me da la sensación de que Fer me mira con cierto deseo. Me pregunto si sus pacientes se le insinuarán, con lo guapo y atractivo que es no me extrañaría.

—Tienes unos pechos muy bonitos —dice con voz grave—, y muy saludables. No hay ningún bulto, no veo ni siquiera necesario hacer una mamografía —añade.

Su comentario me deja totalmente fuera de juego. No sé qué decir, ni siquiera sé si sus palabras me han parecido groseras o me han puesto a mil por hora. Lo que está claro es que me han dejado más tranquila. Me preocupaba tener algo en el pecho.

Comienza a examinarme con el estetoscopio por la zona del vientre y me masajea tratando de palpar algo.

De una de las modernas máquinas que hay junto a mí, coge un utensilio con forma de dildo alargado y una pequeña cámara en la punta. Le coloca un preservativo y le aplica un poco de gel transparente.

—¿Para qué es eso? —pregunto nerviosa.

—Para realizarle una ecografía vaginal.

—Pero..., ¿todo eso tiene que introducirme?

Miro con reticencia el aparato.

—Anda, no tengas miedo, hay por ahí aparatos mucho más gruesos y grandes —deja escapar una sonrisa pícara.

No sé si con su comentario pretende darme a entender que él cuenta con un aparato de grandes dimensiones entre las piernas.

—¿Y por qué tiene que introducirlo? Mi antigua ginecóloga nunca me hizo eso —me quejo.

—Más razón aún para hacerlo ahora y tener un informe detallado. Introduciendo este transductor en la vagina podemos obtener imágenes del interior, lo que nos permite ver si hay algún tipo de lesión, pólipos endometriales, miomas, quistes, lesiones precancerígenas...

—Vale, lo he pillado. Puede parar de enumerar enfermedades, que me estoy poniendo enferma solo de escucharle.

—¿No habíamos quedado en que nos íbamos a tutear?

—Lo siento.

—Anda, relájate un poco.

Se acerca a mi entrepierna y me percató de cómo clava sus ojos en mi vagina, luego me mira a los ojos. Finjo estar distraída.

Me abre los labios interiores e introduce lentamente en el interior de mi vagina uno de sus dedos lubricados, me pregunto por qué no introduce directamente el dichoso aparato.

—Lubricas muy bien, así que tranquila que no te dolerá.

Me parece una falta de respeto total por su parte que me toque tanto y que me diga estas cosas, pero no me da tiempo a recriminarle porque me mete el aparato y me concentro en permanecer relajada. Lo introduce muy despacio y comienza a moverlo.

Me muerdo el labio intentado no soltar ningún gemido. Tengo la zona muy sensible y con un tío como este toqueteando mi sexo, me excito con mucha facilidad.

Termina con la prueba y cambia de artilugio.

—Ahora te voy a hacer una citología.

Me vuelve a introducir otro aparato, esta vez mucho más pequeño, me hace un cepillado y toma una pequeña muestra.

—Ya puedes vestirme —me indica.

Me cubro con la bata verde, me incorporo y entro en la pequeña sala en la que me he desvestido hace unos minutos. Comienzo a vestirme sin poder dejar de pensar en el doctor. Me ha excitado mucho. Nunca me había sucedido que un médico me pusiera cachonda. Cojo un poco de papel y me limpio la entrepierna que sigue húmeda, no sé si como consecuencia del lubricante o de mi nivel de excitación.

Fer abre la puerta y me pilla desnuda y tocándome la entrepierna. Entra en la sala, cierra la puerta y me dice que le encantan mis pechos y mi vagina. Se arrodilla y comienza a lamerme. Mete y saca su lengua. Me frota el clítoris con su barba de varios días. Gimo con cada lamida. Me saca de la habitación y me tumba de nuevo en la camilla, pero esta vez se desabrocha el pantalón y deja salir su viril miembro.

Me introduce uno de sus gruesos dedos, esta vez sin guantes entre su piel y mi piel. Comienza a meterlo y sacarlo salvajemente. Introduce un segundo dedo que me hace ver las estrellas. Coloca su erección en mi entrada y justo cuando se va a introducir en mí, suena la puerta.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta la enfermera al otro lado de la puerta.

—Sí, sí. Ya termino de vestirme, es que he tenido un problemilla —miento.

—Tranquila, no hay prisa, solo quería comprobar que está usted bien. El doctor la está esperando.

—Ya salgo —le indico mientras me visto a toda prisa.

No sé en qué demonios estaba pensando, bueno sí lo sé, pero no doy crédito. Soy una perversa, cómo se me ocurre masturbarme en la consulta del doctor Cabanes.

Se me ha ido la cabeza. Este hombre me ha vuelto loca.

Me visto a toda prisa y salgo. Fer está sentado al otro lado de la mesa mirando algo en una enorme pantalla Apple iMac.

—Toma asiento. ¿Todo bien?

Acabo de tener una fantasía erótica contigo, así que no, no estoy bien.

—Sí.

—Vale, los resultados de la citología estarán para mediados de la semana que viene, pero yo creo que saldrá todo bien, puedes estar tranquila. No he detectado ninguna anomalía.

—Perfecto. Gracias por todo —digo mientras me levanto de la silla y me dirijo a la puerta—. Espero no tener que verle pronto. Eh... quiero decir que espero no tener que venir a la consulta por motivos de salud —aclaro nerviosa.

Cierro la puerta tras de mí sin ni siquiera esperar su respuesta y respiro.

¡Qué vergüenza! ¿Cómo puedo ser tan estúpida? ¿Y desde cuándo me pongo nerviosa frente a un tío?

Me detengo en la recepción y pago los ciento cincuenta euros de la revisión médica. Al salir de la clínica me voy a la terraza de Salvador Bachiller, donde he quedado con Desi y Valentina para tomar algo.

Cuando subo a la última planta, mis amigas ya están sentadas en la mesa que está al final de la terraza, junto a la baranda.

—¿Qué bebéis? —pregunto al verlas con diferentes cócteles.

—Un Daiquiri —responde Valentina.

—Un *gin-tonic* —dice Desi.

—Yo quiero otro. —Dejo mis cosas a un lado y me siento en la silla.

—¿Qué tal ha ido todo? —pregunta Valentina.

—Todo bien...

—¿Qué te ha parecido mi ginecólogo? —interrumpe Desi.

—Está bastante bien.

—¿Perdona? ¿Bastante bien? Está que te mueres.

—Voy a tener que cambiar yo también de ginecólogo —dice Valentina.

—¿Sabéis que ya lo conocía?

—¿Lo conocías? —Desi parece extrañada.

—Sí, es muy fuerte se ofreció para ayudar en una emergencia que tuvimos en mi último vuelo de Bogotá a Madrid.

—¿Qué dices? ¿En serio? —Valentina tampoco da crédito.

—Qué pequeño es el mundo.

—Ya ves...

—¿Y él te ha reconocido? —pregunta Desi.

—Claro que me ha reconocido.

Intento no hablar mucho más del tema para no darle demasiada importancia. Por supuesto no les cuento nada de mi fantasía sexual.

—Hemos pensado que la fiesta para despedir el verano va a ser temática.

—Ah, pero ¿seguís con eso?

—Claro, nunca hemos hecho una fiesta en casa y también mola.

—Pensé que las tres estábamos de acuerdo en no hacer fiestas en casa.

—Y lo estábamos, pero esto será una excepción, a no ser que tú no quieras.

—Ah, no, por mí no hay ningún problema.

—Tenemos que ponernos de acuerdo con la temática —dice Desi.

—Yo creo que debería ser tipo años setenta —sugiere Valentina.

—¡Qué horror! No me gusta la moda de los setenta —expreso sincera.

—Pero qué dices si es lo más —defiende Valentina.

Quince minutos después ya se me ha subido a la cabeza el *gin-tonic* y nos estamos partiendo de la risa las tres.

El resto de la tarde se nos pasa entre cotilleos y risas. A las nueve me despido de mis amigas, porque he quedado con Sergio para cenar y despedirnos pues al día siguiente tengo un vuelo programado a La Habana. Sinceramente no me hace especial ilusión ir a Cuba, los primeros viajes están guay, pero cuando ya has ido decenas de veces comienza a aburrir, sobre todo porque no me apetece estar tres días allí incomunicada. El tema del *wifi* es un auténtico rollo, en los hoteles te dan una tarjeta de una hora y tienes que ir pagando por hora, además no hay *wifi* en todo el complejo, sino solo en el área de recepción y no en todos los hoteles, solo en los más sofisticados.

Cuando veo a Sergio llegar con su espectacular traje de chaqueta azul marino y camisa blanca, me vengo arriba y, antes de saludarle, le planto un morreo de película.

—¿Y este beso tan... explosivo? —pregunta sorprendido.

—¿No te ha gustado?

—Sí, mucho.

—Pues ya está. —Sonrío.

Me agarra de la mano y caminamos hasta el restaurante que se encuentra a un par de manzanas.

—¿Qué tal la revisión en el ginecólogo?

Si tú supieras...

—Muy bien, está todo bien, solo me faltan los resultados de la citología.

—¿Tú día qué tal?

Sergio me cuentas sus problemas en la empresa, que no son pocos, y le escucho con atención.

Entramos en el restaurante y me sorprende al ver tanto lujo, esperaba algo más... sencillo.

—¿Qué celebramos? —le pregunto sorprendida por tanta elegancia.

—Nada. Hay que celebrar algo para invitarte a un sitio un poco más exquisito de lo normal.

¿Un poco? Yo diría bastante.

—Supongo que no —digo con una sonrisa.

Se trata de uno de esos restaurantes en los que hay más cubiertos que comida. Por suerte me sé la regla básica de usarlos de fuera adentro.

Los comensales van muy bien vestidos, mientras que yo voy demasiado sencilla para la ocasión, pero a Sergio eso parece no importarle.

Junto a nuestra mesa hay una pareja, él le tiene la mano agarrada a ella, no para de besársela, la mano digo. Ella sonríe, él saca un anillo y se lo coloca en el dedo anular derecho. No creo que le haya pedido matrimonio y si lo ha hecho me parece una forma muy cutre de hacerlo, aunque todo es posible. Ella se levanta y le besa.

—Se ven muy felices —dice Sergio.

—Sí, ¿tú lo eres?

Mi pregunta parece que le sorprende, porque el tono de su piel se torna pálido.

—Contigo sí.

—¿Te ha incomodado mi pregunta?

—No, es solo que no estoy acostumbrado a que alguien se interese por mi felicidad.

—Pero yo no soy alguien, soy tu novia.

—Ya, es solo que... no sé. Hacía tiempo que no me planteaba esa cuestión.

Le dedico una breve sonrisa sin saber qué decir. Cojo la copa de vino y le doy un sorbo.

—¿A ti te gustaría casarte? —pregunta de pronto.

—Nunca me lo he planteado... —confieso.  
—A todas las mujeres les gustaría casarse —afirma.  
—Yo no soy todas las mujeres —respondo algo cortante.  
—Lo sé, pero... no sé, ¿no te haría ilusión?  
Me encojo de hombros. Tras mi silencio, él continúa hablando.  
—A mí me haría mucha ilusión que quisieras casarte conmigo.  
Sus palabras me llegan al corazón.  
—¿Me estás insinuando que te quieres casar conmigo?  
—Eh..., no... A ver, me refiero a que me haría ilusión que tú quisieras hacerlo conmigo.  
—Es decir, que no quieres casarte conmigo, solo quieres que yo quiera hacerlo contigo, ¿he entendido bien?  
—Da igual, déjalo, porque cuando te pones así mejor no hablar contigo —confiesa nervioso.  
—¿Así cómo?  
—Tan... rebuscada.  
—¿Rebuscada? Igual es que tú no te explicas bien o no eres claro.  
—Dejemos el tema, por el momento. Mejor disfrutemos de la velada —dice cuando el camarero deja los exquisitos platos sobre la mesa.  
El resto de la cena transcurre sin mayor trascendencia. Hablamos de nuestras cosas y, por momentos, recuerdo lo que Sergio me ha dicho respecto a casarnos. Sin motivo alguno, sonrío cuando recuerdo sus palabras.  
Por alguna razón me hace ilusión que lo haya comentado, aunque no quiero casarme, siempre he pensado que eso no es para mí.

---

Tras la cena Sergio se va a su casa, no puede quedarse a dormir conmigo, porque tiene una reunión muy importante a primera hora. Yo tampoco le insisto, porque tengo que hacer aún las maletas para mi vuelo a La Habana.



## 6

Al día siguiente llego al aeropuerto con el tiempo justo, no sé qué demonios ha pasado con el metro que en Nuevos Ministerios se ha retrasado más de diez minutos, por suerte siempre salgo con un margen de veinte minutos.

Durante el *briefing* la sobrecargo no nos da ningún tipo de instrucciones especiales. Comenta que Cristina, una sobrecargo, va hoy como tripulante. A ella la pone en las puertas cuatro, al igual que a mí, pues me ha asignado la coordinación del servicio. Nada nuevo.

En cuanto llegamos al avión aprovecho para revisar lo que hay en el *galley*, en uno de los compartimentos veo que desde tierra nos han puesto un tipo de té orgánico nuevo. ¡Qué bien! Por fin un poco de variedad. Luego me tomaré uno. Continuo comprobando lo que nos han cargado y que todas las comidas están a bordo.

Después del chequeo de los equipos de emergencia y del tedioso embarque, la sobrecargo cierra la puerta y dice por el interfono la frase estrella: «Tripulación de cabina, armad rampas y crosscheck», lo que viene a significar que activemos los toboganes hinchables acoplados a nuestra puerta que se hincharan al abrirla si hubiese una emergencia y que realicemos una comprobación cruzada con la puerta de nuestro compañero para ver si este ha armado bien la rampa.

Tras ello, la sobrecargo hace una llamada conjunta en la que, puerta por puerta, verificamos nuevamente el estado de la rampa. Después de esto, el avión está listo para comenzar el rodaje y posterior despegue.

---

Una vez en el aire me voy directa a encender los hornos. Tras hacerlo, voy un segundo al baño. Cuando regreso me encuentro a Cristina preparándose un té de los nuevos que nos han cargado.

—¿Quieres uno, Paola? —Me ofrece—. Mira tengo este que compré ayer.

¿Perdona? ¡Será descarada la tía! Y luego que digan que somos las azafatas las que nos adueñamos de las cosas, cuando los sobrecargos son

peores. Pienso durante unos segundos en decirle que ese té no lo ha comprado, que estaba en el avión, pero antes decido revisar el compartimento por si es que da la casualidad de que es el mismo.

—No, yo me tomaré uno normal. Muchas gracias —digo mientras abro el compartimento dónde se encuentra el café y el té y efectivamente compruebo que la caja de té orgánico ya no está.

La pillé ¡Será perra! Se ha apropiado del té. Opto por no decir nada al respecto, al fin y al cabo ella es sobrecargo, aunque hoy no vaya en funciones.

En cuanto terminamos de preparar el servicio salimos al pasillo con los carros. Hay un pasajero, de unos cincuenta años, que desde el embarque no para de mirarme, así que cuando llegamos a su fila le pido a una compañera que lo atienda. Después de años trabajando en esto una acaba reconociendo con un simple vistazo a los tipos de pasajeros y cuando uno te mira mucho es porque quiere llamar tu atención, ya sea para ligar o para ponerte una reclamación. Así que en ese caso lo mejor es mantener la distancia. Aunque para una es imposible reconocer siempre cuando un pasajero va a quejarse y a veces las quejas llegan cuando menos te las esperas.

—Disculpe, señorita —dice el pasajero al que yo he atendido.

—Dígame. —Sonrío.

—Esto sabe a plástico —dice refiriéndose con asco a la pasta que le acabo de servir.

—Si me sobra, puedo cambiarle la comida por la otra opción —le digo con amabilidad.

—No se preocupe, he probado el pollo que le ha servido a mi mujer y es como comer papel. Esta comida es un asco.

Cansada de su impertinencia le respondo.

—Quizá debió haberse pagado usted un billete en primera clase, ahí el menú es más variado, acorde con el precio del billete. —Sonrío.

Me quedo muy a gusto al ver que he dejado sin palabras a este maleducado. Continúo atendiendo al resto de pasajeros. Por supuesto cuando termina el servicio informo de mi versión del suceso a la sobrecargo por si el pasajero reclama.

De regreso al *galley*, el pasajero que no ha dejado de mirarme en todo el vuelo me llama. Comienzo a perder la paciencia.

—¿Qué desea? —le pregunto.

—Su sonrisa —responde él tan tranquilo.

Me quedo atónita, pues en seis años nunca me habían dicho algo así. Aparte, justo hoy es el día que menos he sonreído o eso creo. Tanto nos

presionan para sonreír que la sonrisa debe estar esbozada en mi cara todo el tiempo sin que ni siquiera yo me percate de ello.

—¿Desea algo más? —digo con ironía.

—Sí, su número de teléfono —responde él con descaro.

Le sonrío y me voy directa al *galley*.

El resto del vuelo transcurre sin mayor trascendencia. Cristina y yo compartimos algunos chismes y nos entretenemos, al final nos hemos caído bien y todo.

Cuando llego a hotel nos entregan las llaves de la habitación y una tarjeta de cortesía para conectarnos al *wifi*. Aprovecho que estoy en la recepción y me conecto para escribirle a Sergio.

*¿Qué tal el vuelo?*

*Escríbeme cuanto te conectes al wifi.*

*Un beso.*

*Acabo de llegar, baby.*

*El vuelo intenso, como siempre...*

*Supongo que estarás dormido, así que ya sabes cómo va el tema del wifi aquí, no pienso pagar por una tarjeta, por lo que ya hablamos cuando regrese a España.*

*No me extrañes mucho.*

*Un beso.*

Su respuesta no se hace de esperar.

*¿Sabes? ¿Estaba soñando contigo?*

*¿Qué haces despierto a esta hora?*

*Dejé el móvil en sonido para despertarme cuando me escribieras.*

*¿Y qué has soñado?*

*Que estábamos en París, en un hotel de lujo y tú me esperabas en un jacuzzi repleto de espuma blanca y velas alrededor.*

*Qué pena que no pueda verlo.*

*¿Qué quieres ver?*

*El sueño.*

*Tu cara era de disfrute máximo.*

Sergio y yo intercambiamos algunos mensajes subidos de tono y poco antes de que termine mi hora de *wifi* gratuita nos despedimos hasta mi regreso a España.

Son las siete de la tarde, hora local, cuando subo a la habitación. El sol casi se ha puesto. Me pongo un bikini, me enrollo un pareo y bajo a la playa. Después de un vuelo tan largo me apetece un baño, me lo merezco.

La playa está solitaria a esta hora. Los huéspedes del hotel deben de estar preparándose para la cena. Disfruto a solas del baño nocturno y pienso en los placeres que me brinda mi trabajo. Por momentos como este es que merece la pena todo lo demás.

---

Al día siguiente Cristina me pide que le enseñe La Habana, ella nunca ha estado. Así que, después de desayunar en el hotel, nos vamos juntas a La Habana Vieja.

Caminamos bajo una densa humedad y un aire cálido en busca de un taxi.

—Me siento como una película —confiesa Cristina al ver los coches antiguos, palmeras y la música de fondo que se escucha en el taxi.

—Bienvenida a La Habana, mi amol —le digo con burla.

El taxista no para de hablarnos y a Cristina que le encanta saber más del lugar no para de darle conversación. Yo prefiero seguir disfrutando de las vistas. No me canso de disfrutar de este maravilloso lugar, es como un viaje en el tiempo. Sin *wifi*, sin cobertura, sin tecnología... La primera vez tuve miedo, pero ya estoy acostumbrada.

Comenzamos nuestro recorrido por la plaza de la Catedral, entre palacios, soportales columnados y casas coloniales. El ambiente que se respira es mágico. No te imagines una plaza enorme, porque no es lo que trato de describir, al contrario es un recoveco pequeñito con mucho encanto. Un espacio abierto al cielo que tiene un no sé qué... que qué sé yo. Un aura especial, algo que te transporta a otra época y que te atrapa.

—Vamos, tenemos que buscar a la señora Habana —le digo a Cristina.

—¿A quién? —pregunta ella desconcertada.

—Es una santera que lee las cartas.

—Ay, sí, sí, por favor. —Salta de emoción.

Junto a la catedral encontramos a la pintoresca cubana vestida de blanco, con flores en el pelo y con su puro habano, como siempre.

Yo no suelo creer en estás cosas, pero una vez vine con una compañera y me insistió tanto en que me dejara echar las cartas, que al final acepté, pues la señora acertó en todo.

—¿Paola?

No me puedo creer que la señora me haya reconocido, mucho menos que se acuerde de mi nombre cuando solo nos hemos visto una vez. ¿Cómo es posible? Verá a cientos de turistas...

La mujer lleva más abalorios encima que un árbol de navidad. Sobre su cuello, cubriendo sus ropas blancas, cuelgan decenas de collares de colorines; también muchas pulseras y anillos; y sus uñas son más largas y coloridas que las de Rosalía.

Me siento en la silla y charlamos un rato, luego me dice qué me va a deparar mi futuro. Nada de lo que me cuenta me sorprende hasta que menciona el tema amoroso.

—Esta carta habla de la festividad, mientras que el número dos indica que habrá dos sucesos importantes, dos fiestas, una supondrá el inicio de algo nuevo, mientras que otra pondrá fin a una historia de amor.

—¿Me está diciendo que me voy a enamorar en una fiesta y luego se va a terminar la historia en otra? —pregunto sin contarle que ya estoy enamorada.

—Eso dicen las cartas —confiesa.

Las cartas se equivocan, porque ya estoy enamorada.

Cuando termina conmigo, le echa las cartas a Cristina. Tras ello, nos vamos a una pequeña taberna dónde el decorado de las paredes son firmas, frases y dibujitos de la clientela que ha pasado por allí. Hablo de La Bodeguita del Medio.

Obviamente nos cobran un ojo de la cara por dos mojitos, es lo que tiene ir a la zona más turística.

Después de refrescarnos un poco paseamos por las calles disfrutando de la arquitectura, que se caracteriza por el colorido de sus casas y, lamentablemente, en la mayoría de casos, por su deterioro. Aunque por las apariencias no lo parece, esta zona es muy segura, lo sé porque he venido con comandantes que llevan años viniendo aquí.

Llegamos a Pateo Nivel de Dios y comemos algo por la zona. Por la tarde, este lugar tiene más vida que un campus universitario.

Con el estómago lleno y un sueño de muerte, ponemos rumbo a la Plaza Vieja, una de las más antigua de La Habana. Tras ello, llegamos a una de las calles peatonales más famosas: la calle Obispo. Pronto nos espabilamos al escuchar salsa y ver a la gente bailando.

Una señora le grita a otra que vive al otro lado de la calle desde un balcón. Los gatos pasean libremente por el lugar y el ambiente nos envuelve.

—Necesito una cerveza —dice Cristina.

—Nooo, estamos en Cuba, aquí se bebe mojito. Vamos a buscar una terracita para sentarnos.

Entramos en La Floridita, conocida en el mundo entero por sus famosos Daiquirís. A diferencia de los mojitos de la Bodeguita del Medio, en este lugar sí merece la pena pagar los 6 CUC que cuenta cada bebida. Este lugar se hizo conocido gracias a las horas que Ernest Hemingway pasaba sentado en su barra bebiendo su bebida favorita: Daiquirís.

—Me encanta este lugar —confiesa Cristina.

—Sí, aunque hay muchos bares más baratitos en los que hacen unos combinados increíbles, pero... se trata de enseñarte los lugares míticos de la historia cubana y este, sin duda, es uno de ellos.

—Mil gracias por hacer de guía, a mí sola no me hubiese dado tiempo en un día a ver tanto. Me habría pasado la mitad del tiempo perdida. —Le da un sorbo a su Daiquirí.

—No tienes nada que agradecerme, yo he venido muchas veces, aunque solo conozco los sitios turísticos, me encantaría poder venirme una semana con mi novio y perdernos por lugares más locales, sin guía, sentir la vida real de aquí.

—Yo me muero una semana sin *wifi* y con mi novio a solas.

—¿Tan mal os lleváis? —pregunto entre risas.

—Un poco.

—¿Y entonces por qué estás con él?

—Eso mismo me pregunto yo a veces.

—Eres joven aún, por qué desaprovechar el tiempo así.

—Lo sé, pero me siento muy sola con este trabajo, las amigas hacen planes y ni siquiera cuentan contigo porque dan por sentado que estarás volando y estando con él sé que cuando llego a Madrid alguien me espera.

—Te entiendo perfectamente, por suerte yo comparto piso con dos chicas y eso las obliga un poco a contar conmigo, pero es cierto que es difícil hacer y mantener amistades en este trabajo. Yo a veces también me he sentido sola, pero no por eso estaría con alguien con quien no congenio.

—¿Tú llevas mucho en la compañía? —pregunta supongo que para cambiar de tema.

—Seis años, ¿y tú?

—Vaya, pues llevas bastante. Yo nueve. ¿No te han ofrecido ser sobrecargo? Das el perfil.

—Muchas gracias —digo algo avergonzada—. La verdad es que no, pero tampoco me lo he propuesto nunca.

—¿No te gustaría ser sobrecargo?

—Si te soy sincera, no. Es demasiada responsabilidad y muy poca diferencia en el sueldo.

—En eso tienes razón.

—En cambio, sí me gustaría ser instructora y poder llevar una vida más organizada y estable en Madrid.

—¿De verdad? —pregunta extrañada.

—Sí, me encantaría.

—¿Sabes que la compañía va a implantar unos cursos de formación y *training*?

—¿En serio?

—Sí, van a reclutar gente sin licencia de vuelo y los van a formar en la compañía. De hecho juraría que ya han comenzado.

—Ah, sí, ahora que lo mencionas algo he escuchado.

—Pues igual podrías presentarle al director tu propuesta para ser instructora.

—No sé... no creo que me seleccionasen a mí.

—Si quieres yo puedo hablar con uno de los ejecutivos de la compañía.

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto, es lo menos que puedo hacer eres una excelente persona y he visto lo bien que trabajas.

—Ay, muchas gracias.

Brindamos y disfrutamos del concierto de música en directo que acaba de comenzar.

Para ver la puesta de sol decidimos ir a uno de los lugares de La Habana más de moda en Instagram: la terraza del hotel Manzana Kempinski. Subimos hasta la planta seis y tomamos asiento en una de las mesas junto a la piscina desde la que podemos contemplar la cúpula del Capitolio Nacional de la Habana, recién restaurada, y el Museo de Bellas Artes.

Como estamos algo cansadas de tanto cóctel, nos pedimos dos cervezas, por supuesto optamos por la cerveza típica Cristal.

Nos hacemos un montón de fotos al más puro estilo influencer, algunos turistas nos miran como si fuésemos un circo andante, pero nosotras seguimos con nuestros posados como si nada.

Al caer la noche, estamos hambrientas, así que cogemos un taxi hasta el Malecón y vamos al Mesón La Chorrera, un lugar típico y económico con vistas al mar.

Terminamos la noche en La Fábrica de Arte Cubano. Como otras veces que he venido, me toca hacer cola para entrar, aquí les importa un comino si eres influencer, como si eres Rita la cantaora.

Nos entregan una tarjeta y en ella van apuntando todo lo que vamos bebiendo y al final, antes de salir se paga. Es un lugar muy alternativo, hay exposiciones de arte urbano, música en vivo y mucha gente.

—Y yo pensaba que sabía bailar salsa —le digo a Cristina al ver como las cubanas menean sus caderas.

Ambas reinos y hacemos el intento de bailar.

Se nos acercan unos cubanos y bailamos con ellos. Madre mía, nunca había bailado con un hombre que se moviera tan bien. Trato de dar lo mejor de mí.

Llevo muchos años bailando salsa, nunca he sido tan constante en un ejercicio como en este. En Madrid siempre que puedo me escapo a algún local de Salsa, no importa si Valentina o Desi no me quieren acompañar, porque gracias a la salsa he conseguido salir sola a los sitios. Allí siempre se conoce gente y el ambiente es de mucho respeto.

Me pierdo entre los brazos de este hombre, mi cuerpo se pierde en la cadena de movimientos al son de la música. Improvisamos algunos movimientos y, sin ni siquiera decirnos nada, nos entendemos y compenetrarnos a la perfección.

Pega mi cuerpo al suyo, lo separa, me da una vuelta de 180°, coge mis manos cruzadas, la derecha por arriba y la izquierda por abajo, y hace un candado. Giro, llevo mis manos a su cuello y las deslizo peinando sus fuertes brazos. Siento una corriente eléctrica por todo mi cuerpo.

Uf, cómo se mueve este hombre, lleva el ritmo en la sangre. Experimento una explosión de energía, vitalidad y felicidad en todo mi cuerpo.

Cuando termina la canción Cristina se acerca y aplaude.

—Paola, me acabas de dejar muerta, ¿dónde has aprendido a bailar así? —pregunta con la boca abierta.

—Es todo mérito de este hombre que sabe cómo guiar a una mujer —sonrío.

Él me sonrío y no se separa de nosotras en toda la noche, está claro que quiere algo más que bailar conmigo, pero tengo un novio al que quiero y no voy a seguirle el juego, así que me mantengo distante.



---

Al día siguiente me levanto con una resaca monumental. Miro el reloj y son las once hora local, la diferencia horaria me ayuda a levantarme más temprano.

Me pongo el bañador y bajo a la piscina, Cristina y yo quedamos ayer en pasar el día en el hotel para descansar un poco, mañana volamos a Madrid muy temprano.

Cuando bajo, el desayuno ya ha terminado, así que me toca esperar a que abra el restaurante. Al cabo de un rato, Cristina aparece en la piscina. Echamos el resto del día juntas.

Después de comer nos vamos a la playa y recordamos momentos de la noche anterior.

A las ocho de la mañana suena el despertador. Comienza mi ritual: me lavo la cara, me pongo el uniforme y, tras ello, me recojo el pelo y me maquillo según estipula el manual de uniformidad de la compañía.

El vuelo de regreso sufre un retraso de casi tres horas, lo peor es que nos piden a tres tripulantes ir a la sala VIP del aeropuerto a atender a los pasajeros. Es la primera vez en seis años que algo así sucede (me refiero a que nos pidan atender a los pasajeros en tierra, no a sufrir un retraso). El comandante nos informa que es orden directa de la compañía, que son pasajeros VIP y que en este aeropuerto no disponen de personal para atenderles.

—Esto es el colmo —confieso cuando me quedo a solas con Cristina.

—Yo no pienso ir —asegura ella.

Y no me cabe duda de que así será, pues aunque venga trabajando como tripulante, no deja de ser una sobrecarga.

Al cabo de un rato el comandante pregunta si ya están las tres personas, pero nadie se ha ofrecido voluntario, así que él mismo las selecciona al azar. Yo soy una de ellas.

No me puedo creer que ahora también tenga que cumplir con las funciones del personal de tierra, pero ¿qué broma es esta? Y pensar que después de esto me esperan casi diez horas de vuelo, en las que tendré que aguantar a los pasajeros de la clase turista enfadados por el retraso.

Mis dos compañeras y yo caminamos hasta la sala VIP despotricando de la compañía.

Las tres llegamos a la sala con un humor de la hostia, pero antes de entrar esbozamos nuestra mejor sonrisa y vamos indicándole, uno por uno, a los diecisiete pasajeros de primera clase, que el vuelo ha sufrido un retraso de tres horas (cosa que ya saben por los anuncios del aeropuerto), y le recordamos que en la sala VIP pueden disfrutar de un ligero picoteo y que todas las bebidas que ven en los refrigeradores están a su disposición (cosa que también saben).

Cuando terminamos nuestro absurdo cometido y tras asegurarnos de que ningún pasajero necesita nada, regresamos al avión, donde nuestros compañeros están todos sentados en los asientos de la cabina *business* hablando con los pilotos y bromeando.

Al cabo de un rato el comandante entra en *cockpit* y anuncia por megafonía que en breve comenzaremos el embarque. Comienzan a hablar con el piloto sin percatarse de que aún tiene el micrófono abierto y se escucha en toda la cabina lo que hablan.

—No veas como está la sobrecarga esa, la que va como azafata —dice el comandante.

—Ya te digo. Yo creo que está soltera —dice el segundo.

Obviamente están hablando de Cristina, quien se encuentra a mi lado y está completamente roja. Se escuchan risas de otras compañeras. Menos mal que aún no hemos embarcado, aunque hubiese estado bien que los pasajeros escucharan los comentarios, así ven lo que tenemos que soportar nosotras.

---

Durante el embarque me toca ayudar a varios pasajeros a subir el equipaje a los compartimentos superiores. En los cursos siempre nos dicen que no debemos subir maletas en los compartimentos superiores nosotras solas, sino que debíamos ayudar a los pasajeros a subirlas, pero la realidad era que la mayoría de las veces teníamos que subirlas nosotras, aunque yo trataba de evitarlo, porque más de una vez me he lesionado la espalda por eso. Imagínate tener que subir todas las maletas de los pasajeros de mi zona. Pero a veces era imposible escaquearse, sobre todo en vuelos a Guayaquil, donde la abuelita te pedía que le subieras al compartimento superior una maleta de más de 20 kilos (que debería haber facturado), y si encima le explicas a la abuelita que esa maleta supera el peso previsto para ir en cabina y que se la vamos a bajar a la bodega, corres el riesgo de que, después del vuelo, te ponga una reclamación y encima te cueste el puesto de trabajo.

Después del despegue y una vez que hemos terminado con el primer servicio nos relajamos. Cristina me cuenta que el comandante le ha pedido disculpas por el comentario que hizo al inicio del vuelo.

—Me ha dicho que espera no haberme ofendido.

—¿Y tú qué le has dicho?

—¿Qué podía decirle? Pues nada, que en absoluto y que gracias por el cumplido.

—¿Pero a ti te gusta?

—No, en absoluto, pero ya sabes, más vale caerle en gracia, que lo contrario.

—Te entiendo.

—Además, hace mucho que yo me propuse no salir con ningún piloto.

—Yo también me lo propuse, en general con cualquier hombre del mundo de la aviación. ¿Una mala experiencia?

—Sí —ríe.

—Yo creo que todas hemos pasado por ahí —confieso cómplice.

—Sí, pocas se salvan.

—¿Y puedo preguntarte cuál fue tu historia? —Curioso.

—Me posicionaron como pasajera a Punta Cana, a mí y al resto de la tripulación, aunque solo yo, por ser sobrecargo, tenía asiento en primera clase, nada más y nada menos que junto a uno de los pilotos. Las diez horas de vuelo fueron suficientes para que saltaran chispas. Al llegar al hotel, me fui a la habitación para descansar, pero él me llamó al teléfono de la habitación, fingí que mi *jacuzzi* no funcionaba y que iba a llamar a recepción, pero él se ofreció a echar un vistazo. Cuando llegó y puso en marcha el *jacuzzi* lo invité a tomar una cerveza y a quedarse, al final una cosa nos llevó a la otra y ya te puedes imaginar como acabó el resto.

—¿Y qué paso?

—Pues que me enamoré en dos días, ¿puedes creértelo?

—Sí, te creo, en el aire todo se intensifica, tantas horas juntos y lejos de nuestra vida cotidiana pareciera que viviésemos un Gran Hermano.

—Totalmente.

—¿Qué pasó después del vuelo? ¿No volvisteis a quedar?

—Sí, quedamos en Madrid un par de veces, fuimos al cine y en la última cita lo invité a dormir a mi casa y no quiso venir.

—¿En serio?

—Sí, no entiendo por qué, pero aquello me sentó fatal, porque en el cine me había estado calentando, jugando por debajo de mi vestido. Tú sabes...

—Y luego que digan que nosotras somos las complicadas...

De pronto, se escucha a una compañera decir por megafonía: «¿Alguien habla árabe?».

Cristina y yo salimos de inmediato del *galley* para ver qué sucede. Nos encontramos con ambos pasillos del avión colapsados por los pasajeros.

Llamo a las puertas tres para ver qué está pasando. Una compañera me informa de que hay un pasajero de origen musulmán gritando algo en su idioma, pero nadie le entiende y que otros pasajeros al escucharle han

comenzado a decir que hay una bomba a bordo y está todo el pasaje alarmado con el rumor.

Cuelgo el interfono y le transmito la información recibida a Cristina. Tras ello, me abro paso entre los pasajeros.

—Por favor, tomen asiento —ordeno tajante.

—¿Es cierto que hay una bomba? —pregunta una señora alarmada.

—Tanto si es cierto como si no, siéntese y espere las instrucciones del comandante.

—No voy a sentarme, total si vamos a morir todos —dice un señor que ni siquiera él mismo se cree el chisme de la bomba.

—Pues más le vale que así sea caballero, porque de lo contrario, al llegar a Madrid le van a detener por alterar el vuelo y poner en peligro la vida del resto de pasajeros. Así que mejor siéntese por si no morimos hoy —le digo enfadada.

El hombre toma asiento sin decir palabra. En estos casos una tiene que ser tajante, de lo contrario al estar en un ambiente cerrado del que nadie puede salir, se puede perder el control de los pasajeros y el miedo apoderarse de ellos.

Cuando por fin llego a donde se encuentra mi compañera y el pasajero de origen musulmán, parece que han encontrado a alguien que habla su lengua.

—¿Qué está diciendo? —pregunta mi compañera al ver que el chico que le traduce no nos dice nada.

—Al parecer está enfadado porque con el retraso no va a llegar a una reunión.

—¿En serio? —digo indignada y sin dar crédito.

—Dígale que ya se puede ir sentando o de lo contrario no va a poder llegar a ningún sitio, porque la policía lo va a estar esperando al llegar a Madrid por alterar el orden dentro del avión —dice mi compañera.

El joven le transmite la información en su lengua y el pasajero, poco conforme, se dirige a su asiento.

Mi compañera se va directa a *cockpit* y al cabo de un rato el comandante da un anuncio por megafonía para tranquilizar a los pasajeros e informa de que no hay ningún riesgo a bordo.

No soporto a la gente que se cree importante y con el derecho de formar este tipo de escándalos en un avión, donde el ambiente ya está de por sí lo suficientemente cargado, pues a nadie le agrada pasar diez horas metidos en un tubo, a cuarenta mil pies de altitud, respirando oxígeno químico y junto a otras trescientas personas más.

Por supuesto, cuando llegamos a Madrid las autoridades detienen al señor musulmán, él dirá que somos racistas y que por eso le detienen, pero la verdadera razón es que ha alterado al pasaje, ha tenido una actitud ofensiva y agresiva hacia la tripulación y ha puesto en peligro la seguridad de todos.

---

Llego a mi casa agotada. Al entrar, me encuentro con Desi en el salón.

—¿Qué tal el vuelo? —Se acerca y me da dos besos.

—Agotador —confieso.

—Sí, se te nota en la cara. Estás demacrada.

—¿Tus muertos bien?

Desi se ríe.

—Estoy preparándome un té, ¿quieres uno?

—Vale —digo mientras dejo la maleta a un lado y me siento en el sofá.

—Toma. Cuidado que quema. —Me ofrece la taza y se sienta a mi lado.

—¿Qué tal por aquí? —Curioso.

—Sin novedades.

—Ay, perdón —dice un joven que acaba de aparecer desnudo y mojado en mi salón.

El chico, de unos treinta años, se cubre la entrepierna con la toalla.

Miro a Desi sin dar crédito. Ella sopla para enfriar el té como si nada.

—¿Puedo? —pregunta el joven señalando su ropa que está en el respaldo del sofá, justo detrás de mí.

—Sí, sí. Claro. —Me aparto a un lado nerviosa mientras él coge la ropa y se va al baño para vestirse.

—¿Cómo no me avisas de que tienes visita? —Le regaño a Desi.

—Pero si no me ha dado tiempo. Además, ya se va.

Sé que no es ningún cliente, porque ella jamás se trae trabajo a casa, aun así, le pregunto de quién se trata.

—Un rollo —responde sin más.

—¿De una noche?

—De varias.

—Ah.

Al momento, el joven sale, completamente vestido, del baño, se despide de Desi y se va.

---

El resto de la semana me dedico a descansar. Sergio y yo vamos al cine el sábado por la noche.

El martes voy a la clínica del doctor Cabanes a recoger los resultados, pero a él no lo veo, pues como todo está bien el informe me lo da la chica de recepción en un sobre y me dice que no es necesario pasar a consulta. Por un momento pienso en inventarme algo para poder ver a Fer, pero pronto recupero la cordura y elimino semejante locura de mi cabeza.

---

A mediados de septiembre organizamos una fiesta en casa para despedir el verano como las chicas querían. Después de debatir durante varias semanas cómo iba a ser la celebración, hemos optado por hacerla de temática años 80, porque ni yo ni Desi estábamos dispuestas a ponernos los pantalones de campana que requeriría la temática años 70, como Valentina quería.

—¿Qué conjunto te gusta más este o este? —le pregunto a Valentina con una opción en cada mano. En la derecha cuelga un vestido rosa con volantes; en la izquierda, un *crop top* negro con transparencias y unos *leggings* de cuero del mismo color.

—Este, sin duda. —Señala la opción más *Punk*.

Entro de nuevo en mi habitación, dejo el conjunto seleccionado sobre la cama y guardo, de nuevo, el vestido en el armario.

Me maquillo según un tutorial de Youtube que he buscado para lucir un *outfit* perfecto de los años 80. Me aplico las sombras en tonos fucsia, morado y un poco de amarillo en el lagrimal, generando un efecto arcoíris. El rabillo es fundamental, así que me lo marco bien con el *eyeliner*. Añado mi máscara de pestañas voluminizadora para crear un efecto sensual. Utilizo mi base de maquillaje habitual. Como no tengo coloretes en tonos rosados, me pongo un poco de sobra de ojos rosa en los pómulos. Por último, para los labios utilizo mi barra roja favorita Rouge Dior 999. Me encanta este pintalabios, tiene una textura muy cremosa y es de larga duración, por lo que puedes llevarlo un montón de horas sin tener que retocarlo.

En el pelo me hago rizos con la plancha y luego me lo cardo con un peine y laca para generar un efecto abultado.

Me visto y me pongo unos zapatos de tacón en rojo. Cuando salgo me encuentro a Valentina con un *look* deportivo con colores flúor. Lleva unos calentadores por encima de las mallas y unas *sneakers* que le dan el toque final a su *outfit*. Por supuesto, no le falta la cinta en la frente, tan característica en aquella época.

—Me encanta tu *outfit* —dice ella con la boca abierta.

—Y a mí el tuyo —confieso.

—Bueno, tú vas más *sexy* que yo.

—Anda, no digas tonterías, tú vas más original. ¿Le queda mucho a Desi? Me muero por ver su *look*.

—Dice que ya termina, a mí tampoco ha querido enseñármelo.

Vamos al salón y nos abrimos unas cervezas. Hemos decorado la estancia con pompones decorativos de colores. En la puerta que da a la terraza hemos puesto unas cortinas de flecos multicolor, todo muy estrafalario.

Suena el timbre, son dos amigas de Valentina le abrimos y en ese momento sale Desi de su habitación. Valentina y yo, sorprendidas, decimos al unísono:

—¡¡¡Guau!!!

Lleva el pelo rizado y recogido con una cola alta al lado, una camisa blanca, semitransparente, anudada a la altura del pecho. En la parte de abajo lleva una falda corta blanca y sobre esta un tutú rosa. Ella también lleva calentadores, por supuesto, en color rosa.

A ninguna nos faltan los complementos, creo que nos hemos colgado encima todas las pulseras, collares y anillos que teníamos en casa. La palabra exceso se queda corta en nuestro caso.

Sergio es el primer hombre en llegar a la fiesta. Hasta el momento solo han llegado chicas. No puedo evitar reírme cuando lo veo aparecer con un bigote postizo y una peluca de pelo oscuro y rizado. Lleva puesto unos pantalones blancos y una camisa de estampado metida por dentro.

—¿De dónde has sacado esto? —digo señalando la peluca.

—Del chino, cinco euros.

Me rio y le beso en los labios.

—¡Estás muy guapa! ¿Segura que esto es moda de los 80 o estás haciendo trampa? —Ríe.

—Te juro que he sacado la idea de una revista y es estilo años 80.

—Pues te queda genial —me agarra por la cintura y me vuelve a besar.

—Tortolitos, podríais dejar eso para más tarde y abrirle la puerta a los invitados —dice Desi.

—Voooooy —digo tras escuchar el timbre.

Me separo de Sergio y me dirijo rápido a la puerta.

Abro y, al ver quién se encuentra al otro lado, casi caigo al suelo.

Me pierdo en su despierta mirada. ¡Dios, qué guapo es!

Se me aflojan las piernas.

—¿Fer? ¿Qué haces tú aquí?



## 8

Puedo ver la sorpresa en su rostro. Lleva puesto una gorra y un chándal de la marca Nike, en tonos amarillo, rosa y celeste flúor. Colgada del cuello, una cadena de oro de lo más hortera.

—Eh... Me ha invitado Deseada. ¿Puedo pasar? —dice algo nervioso.

—Sí, sí, claro. Pasa, por favor.

—Pero bueno —grita Desi al verle—. Mira quién ha llegado, el doctor guaperas. —Le da un abrazo.

Cierro la puerta y trato de salir de mi asombro. Voy en busca de otra cerveza, lo necesito.

Salgo a la terraza y veo la cubitera repleta de hielo y las botellas de alcohol justo al lado, de pronto se me acaba de antojar un *gin-tonic*. Me sirvo la copa y busco con la mirada a Sergio, en cambio me encuentro con Fer. Está guapísimo, a pesar del disfraz ochentero. Y esa gorra..., uf, ¡qué morbo! Nuestros ojos se encuentran, y su mirada me atraviesa. Algo dentro de mí me da un vuelco y siento un revoloteo incontrolable. Aparto la mirada y justo en ese momento aparece Sergio.

—Te estaba buscando —dice.

Trata de darme un beso en los labios y me aparto con disimulo. ¿Qué estoy haciendo? ¿Me he vuelto loca? ¿Cómo se me ocurre rechazar un beso de mi novio?

—Me acabo de retocar los labios, cariño —digo con una sonrisa forzada y le doy un corto beso en la mejilla.

Entramos al salón y me quedo con Sergio mientras me bebo mi copa.

Al cabo de un rato veo a Fer bailando con una chica, está claro que las tiene a todas locas. Él le quita las gafas de sol a una chica y se las coloca mientras baila y hace el tonto.

¡Imbécil!

Junto a Sergio y a mí, se encuentran Deseada y Valentina, voy a acercarme a ellas para charlar, pero de pronto me percató que de nuevo están ligando con el mismo tío. Parece que no aprenden la lección. Con disimulo

agarro a Sergio del brazo y me acerco a donde ellas están para escuchar lo que dicen.

—¿Ese chico con el que están hablando Desi y Valentina no es amigo tuyo?

—Sí, ese es Rubén.

—Ah, ¿el director de banco?

—Sí.

Agudizo el oído y trato de escuchar lo que están hablando.

—Yo soy profesora —le dice Valentina.

¡Será mentirosa!

—Yo trabajo como directora en una ONG, pero visitando los distintos países y las diferentes sedes alrededor del mundo. Es un trabajo muy bonito y estoy en contacto con lo más necesitado —dice Deseada captando la atención de Rubén.

—Bueno, mi trabajo también es muy bonito, doy clases a niños discapacitados —añade Valentina y esto capta de nuevo la atención de Rubén.

¡Serán perras! Se inventan cualquier cosa con tal de ligar.

La cabeza del pobre Rubén parece que sigue partido de tenis, va de un lado a otro.

—¡Cuántos elementos decorativos tiene la casa! —dice Rubén.

—Sí, son de mis viajes —asegura Deseada.

Será zorra. Luego se queja porque traigo un detalle de cada destino. Valentina permanece en silencio.

—Esta figura de buda es preciosa —comenta Rubén acercándose a la figura.

—Sí, es de cuando estuve en la India en un retiro espiritual —dice Deseada.

—Me encanta la meditación —asegura él.

—Yo medito todas las mañanas, también. Me renueva la energía —Valentina trata de captar la intención de Rubén con otra mentira.

Él coge la figura y la observa con admiración.

—Aquí pone «Made in china». ¿Estás segura de que es de la India?

—¡Qué fuerte! Cómo nos engañan a los turistas —Deseada se hace la indignada y le quita la figura de las manos para dejarla en el mismo sitio.

No puedo evitar reírme al ver el numerito que están montando para liarse con Rubén.

Sergio, que no se ha percatado de la escena, me pregunta:

—¿Quieres otra copa?

—Vale. —Le acompaño a la mesa donde se encuentran las bebidas.

—¿Te he dicho que estás guapísima? —pregunta Sergio sin dejar de mirarme con esos ojos verdes que me tienen cautivada.

—Creo que sí. —Sonrío.

Me besa. Adoro sus besos, cuando estos son así espontáneos.

—Te quiero, preciosa —susurra en mi boca cuando separa sus labios de los míos.

Copa tras copa, la fiesta transcurre con normalidad. Llevo un rato sin ver a Fer, no me extrañaría que se hubiese ido con alguna.

Suena La Carretera de Prince Royce, una bachata muy sensual, y se me antoja bailar con alguien.

—¿Bailamos? —le pregunto a Sergio.

—Ya sabes que no se me da bien bailar y mucho menos salsa.

—Venga, solo una —le ruego.

—No me apetece hacer el ridículo —dice tajante.

Miro con resignación como las parejas bailan en la terraza de mi casa mientras yo me muero por hacer lo mismo.

En ese momento aparece Fer.

—¿No bailas? —pregunta.

—A... mi novio no le gusta bailar —digo nerviosa.

—Soy Fer —dice ofreciéndole la mano a Sergio.

—Sergio, encantado.

Se dan un apretón de manos y yo rezo para que Fer no diga que es mi ginecólogo y que nos conocimos en vuelo. Por suerte no lo hace, en cambio le pide permiso a Sergio para bailar conmigo. Mi novio accede sin problema.

Cuando Fer pone su mano en mi cintura y yo pongo mis brazos en su cuello, siento que el roce de su piel me quema.

Comienza a moverse como todo un profesional. No puedo creer que baile salsa, ¿pero este hombre de dónde ha salido?

Mi cuerpo se deja llevar por sus movimientos. Cada vez que mis manos tocan sus anchos brazos me éxito.

Me mira con deseo desde su altura, se humedece los labios y cuando me acerco a él susurra en mi odio:

—No he podido dejar de pensar en ti desde que nos conocimos...

Mi piel se eriza. Sin tiempo a reaccionar me hace girar sobre mí. Pone su pecho en mi espalda y nuestros movimientos se tornan cada vez más sensuales. Puedo percibir su erección rozar mi trasero.

—Espero que tú también —sus palabras me enloquecen. Trago saliva y bailo. Muevo mis caderas al compás de la música. Me da la vuelta. Nuestros labios están demasiado cerca.

La canción termina y él, con un cálido y húmedo beso en mi mano, se despide.

Siento que ha sido la canción más corta de la historia. Mi cuerpo le extraña. Ha dejado mi nivel de adrenalina por las nubes.

Por un momento siento que voy a volverme loca. ¿Qué es esto que siento? Voy directa a servirme una copa.

Me estoy sirviendo la bebida cuando aparece Sergio.

—¿No crees que te estás pasando? —susurra en mi oído.

Me asusto, quizá el baile ha sido demasiado descarado.

—¿Qué? —pregunto nerviosa.

—La copa, que te la estás sirviendo muy cargada, ¿no crees?

—Ay, sí, tienes razón. —Sonrío y dejo la botella en la mesa—. ¿Te lo estás pasando bien? —pregunto.

—Sí ¿y tú? —Me acerca una lata de tónica para echársela a mi ginebra rosa.

—También.

En ese momento llegan Desi y Valentina.

Sergio va a saludar a un amigo.

—¿Quién se lo ha llevado al final? —pregunto.

—Ninguna —dice Valentina.

—En realidad, estaba a punto de llevármelo yo, pero Valentina se ha tenido que meter. No entiendo para qué, si no te vas a acostar con él la primera noche, ¿qué te piensas que ese tío quería algo serio? —le dice Desi molesta.

Valentina enmudece.

—Tienes razón, lo siento —dice finalmente—. No sé en qué estaba pensando, está claro que ese tío solo busca echar un polvo.

—Así es, y si tú no se lo vas a dar, no me lo espantes a mí.

—Bueno, se acabó, no vais a discutir por un tío. No merece la pena —interfiero.

—Anda ven aquí. —Desi le da un abrazo a Valentina.

Las dejo hablando y voy al baño. Me toca esperar, porque hay tres personas delante. Tiene gracia que tenga que esperar para entrar al baño de mi propia casa.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Fer que aparece ante mí.

—Esperar para entrar en el baño.  
—¿Por qué no usas el de la habitación de Desi?  
—Porque puede matarme.  
—¿En serio? Pues si me acaba de decir que puedo usar su baño.  
—¿De verdad? Qué fuerte, esta se la guardo.  
—Ven.

Voy tras él y entramos en la habitación de mi amiga. En ese momento comienza a sonar una canción que me encanta *Kiss me* de Lola Jane & Melvin War. La dulce voz de esta mujer me transmite una sensualidad y un sentimiento que me llevan a otra dimensión.

*Hold me tight*

¡Qué oportuna la letra!

*I'm lost in you*

Me mira y sonrío mientras yo, inconscientemente, tarareo la letra de la canción en silencio.

*Kiss me while my body moves with yours*

—¿Eso quieres, que te bese mientras tu cuerpo se mueve junto al mío? —pregunta cerca de mis labios.

—¿Qué?

—Es lo que estás susurrando.

—Ah, no, no. Es la letra de la canción.

—Lo sé, la estoy escuchando al igual que tú, pero dime ¿eso es lo que quieres?

Con sus manos coge mi rostro. Pasa su pulgar por mis mejillas, roza la punta de la nariz y mis labios.

No hay nada que desee más en este momento que besarle.

—Ahora no soy tu pasajero, ni tú mi paciente, podemos... ligar —añade al ver que no digo nada.

—¡Qué chistoso! Tengo novio —aclaro como si no fuese obvio.

—Eso también lo sé.

—Lo sabes todo —sonrío.

—No, todo no. No sé si realmente quieres besarme o solo volverme loco.

Acerco mis labios a los suyos y soy consciente de que estoy a punto de cometer el mayor error de la noche, pero no me importa.

Mi corazón bombea con intensidad.  
Con la lengua se humedece los labios.  
Calor. Mucho calor.

Nos miramos como dos locos enamorados, como si nos conociéramos de toda la vida, como si no necesitáramos saber nada más el uno del otro. Podría pasarme horas mirándole. Este hombre tiene algo que hace que pierdas la cabeza por él, la prueba de ello es que aquí estoy, parada frente a él, sin poder alejarme, perdida en sus labios, en su mirada, olvidándome de Sergio y de todo.

Me agarra con sus fuertes brazos y me pega a él. Aprecio el rosado carmín de sus labios, palpitantes y jugosos; sin poder resistirlo me abalanzo sobre ellos. Nuestras bocas se devoran, su lengua juguetea con la mía.

Experimento una sensación indescriptible.

## 9

Atrapada aún entre sus brazos, me alejo unos centímetros y susurro en sus labios:

—Esto no está bien —suspiro y trato de recuperar el aliento.

Él vuelve a unir sus labios con los míos. Tras ello, se separa, me mira y murmura:

—Búscame cuando creas que lo esté.

Sin más, se dirige hacia la puerta de la habitación, la abre, se gira hacia mí y nuestras miradas se cruzan, pero no dice nada. Se va.

Me quedo pasmada y con su olor impregnado en mi nariz.

Aprovecho para ir al baño. Hago pis y me refresco un poco. Me miro al espejo y me retoco los labios.

Guardo la barra de nuevo en mi bolso y pienso en Fer. Este hombre acaba de meterse en mi mente. Tengo un problema.

Regreso a la fiesta y me encuentro con que están jugando al juego de la ruleta con una botella.

—Paola, ven, únete —grita Deseada.

—¿Sergio tú también estás jugando? —pregunto sorprendida al verlo sentado alrededor de la mesa.

—Acabamos de empezar, te estaba buscando —se disculpa con una sonrisa.

—Estaba en el baño.

Busco a Fer, pero no lo veo por ningún sitio. ¿Se habrá ido? Salgo a la terraza a por algo de beber y veo que está sirviéndose una copa. Me acerco a él, pero en ese momento llega Sergio.

—Venga cariño, vamos a jugar, que todo el mundo se ha apuntado.

—¿No somos un poco grandecitos para jugar a eso? ¡Pensáis como niños! —me quejo.

—A veces es mejor pensar como niños y dejarse llevar solo por instintos —añade Fer mientras se termina de servir la copa.

Su comentario me deja sin palabras y noto el doble sentido que pretende darle.

—Eso, no lo pienses tanto, anda vamos a jugar —insiste Sergio.

—Está bien, me sirvo la copa y entro —aseguro.

Sergio me da un corto beso y se va de nuevo al salón, donde están todos.

—Se ve que te quiere bastante —dice Fer.

—Sí.

—¿Hielo? —pregunta señalando la cubitera.

—Sí, por favor.

—¿Lleváis mucho? —Me echa un par de cubitos de hielo en la copa.

—Un año, más o menos. ¿Tú tienes pareja? —Cojo la botella de ginebra rosa y me sirvo.

—No. Soltero y entero.

—Ja, permíteme que dude eso último.

—Pero bueno, ¿qué he hecho yo para que tengas este mal concepto de mí?

—Digamos que me ha bastado ver como te miraban las chicas en la fiesta y ver como tú le seguías el juego.

—Yo creo que solo le he seguido el juego a una.

Su respuesta me deja sin palabras.

—¿Jugamos?

—¿A qué? —pregunto nerviosa.

—Con los demás.

—Ah, ya. Claro.

—Aunque... por mí, podemos jugar a lo que tú quieras. —Con su mano derecha aparta el pelo de mi cuello, con la izquierda, coge un hielo y lo desliza por mi piel.

Gimoteo al percibir el frío. Con su boca, absorbe el agua que el hielo ha dejado en mi cuello.

Se me eriza la piel.

—Será mejor que entremos —digo alejándome de él.

Es la primera vez que siento que un hombre tiene el control de la situación. Nunca antes en mi vida, un hombre ha conseguido ponerme nerviosa, por muy guapo, rico o jodidamente sexi que fuera.

Tomo asiento junto a Sergio. Fer se sienta entre Desi y Valentina. El juego consiste en que a quien le apunte la boca de la botella tiene que elegir entre reto o verdad y si no lo hace ha de quitarse una prenda o consumir una sustancia y cuando digo sustancia me refiero a las pastillas de colores que hay sobre la mesa y que no tengo ni la menor idea de quien las ha traído.



—Venga gira la botella, Paola —dice Valentina.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque acabas de llegar y empezamos desde tu posición hacia la derecha —explica Desi.

Giro la botella y esta comienza a dar vueltas alrededor de la mesa. Se detiene apuntando a Rubén, un amigo de Sergio.

—¿Reto o verdad? —pregunta Desi, quien parece la anfitriona del juego.

—Reto —dice el chico.

—Bien, pues Paola, proponle un reto —dice Desi.

—¿Yo?

—Sí, tú. Propone el reto quien gira la botella —explica Valentina.

Pienso rápido en algo.

—Eh... pues tienes que llamar por teléfono a tu último polvo y pedirle una cita romántica.

—¿Qué? ¿Estás loca? —grita el joven.

—Muy buena, Paola —aplaude Desi—. Veo que has pillado muy rápido como funciona esto.

El chico no acepta el reto y por consiguiente tiene que optar entre tomarse una de las pastillitas que hay sobre mesa o quitarse una prenda, opta por lo segundo. Tras quitarse una chaqueta gira la botella. Esta se detiene apuntando a Fer.

—¿Reto o verdad? —pregunta Desi con una sonrisa de oreja a oreja.

Lo está disfrutando.

—Verdad —dice él.

—¿Con cuántas tías te has acostado este año? —pregunta el chico que giró la botella.

—Uf, no me acuerdo —responde Fer con una sonrisa.

Todos alrededor de la mesa se ríen.

—Esa respuesta no vale. Venga te toca quitarte prenda —dice Valentina.

Fer se quita la chaqueta.

Al cabo de un rato quedamos solo siete personas: Desi, Valentina, Fer, Sergio, Rubén, Penélope (amiga de Desi) y yo. Y todo estamos ligeritos de ropa. Yo aún conservo los *leggings*, pero en la parte de arriba solo tengo el sujetador. Desi está en tanga y sujetador, Valentina aún conserva la sudadera con la que se cubre las bragas. Sergio es el peor parado, solo le quedan los bóxers y Fer, aún conserva los pantalones, por lo que solo tiene al descubierto sus impresionantes pectorales y su marcada tableta.

Es el turno de Penélope, gira la botella y esta se detiene frente a Fer.

En esta ocasión, él elige reto, en vez de verdad.

—Tienes que besar a... Paola durante un minuto —anuncia Penélope.

Me pongo nerviosa y rezo porque opte por quitarse prenda, pues aún le quedan los pantalones.

Sergio me mira, luego lo mira a él.

Fer se incorpora para besarme.

—No seas cabrón, quítate los pantalones —dice Sergio en tono broma-verdad.

—Que va, prefiero dejármelos puesto por si me toca un reto más difícil —confiesa Fer mientras se acerca a mí.

Me quedo inmóvil sin saber qué hacer.

Posa sus labios sobre los míos y yo comienzo a besarle también. Al principio escucho los gritos y aplausos del grupo, pero pronto toda la algarabía se disipa y solo somos él y yo.

...

...

—¡Ha dicho tiempo! —grita Sergio agarrándome con fuerza del brazo.

Me asusto y me separo rápido de Fer.

—¿Era necesario que le metieras la lengua? —me susurra Sergio al odio.

—Yo no le he metido la lengua —le digo en voz baja.

El juego continua, pero la cosa está cada vez más caliente.

La botella se detiene frente a Rubén y este elige reto. Es el turno de Desi.

—Tienes que quitarle los pantalones a Fer. —A Desi no se le podía haber ocurrido mejor reto.

—No, eso no vale, no me puedes despojar de una prenda a mí —se queja Fer.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo a que veamos que la tienes pequeña? —bromea ella.

Él parece retado y acepta. Rubén, a quien solo le quedan los calzoncillos, acepta.

No puedo parar de reírme viendo como se pone nervioso al quitarle los pantalones a otro hombre. Pero la risa se me corta cuando Fer se queda en ropa interior y aprecio el enorme bulto que se marca en su entrepierna.

Un calor me recorre por dentro.

La botella continúa girando y la primera en verse obligada a consumir una de las pastillas es Desi, pues no quiere aceptar el reto propuesto por Valentina y tampoco quiere quitarse ninguna de las dos únicas prendas que le quedan.

—¿Qué es? —pregunto señalando las pastillas.

—MDMA —dice Rubén.

—¿En español? —digo con cara de no haberme enterado de nada, nunca me he drogado y tampoco estoy muy puesta en el tema.

—Es una droga alucinógena y estimulante que te da un buen subidón —aclara Fer.

—Qué informado te veo —digo con retintín.

—Lo suficiente. —Esboza una sonrisa.

Continuamos con el juego y la botella se detiene apuntando hacia mí.

—¿Con qué hombre de los presentes tendrías sexo sin contar a tu novio? —pregunta Penélope.

Se me corta la respiración. Sergio me mira y espera con ansia mi respuesta. Fer sonrío. No puedo responder a esa pregunta, no puedo dejarme en evidencia, tampoco quiero quitarme ninguna de las dos prendas que me quedan, así que, al igual que Desi, opto por una pastilla.

Todos comienzan a gritar y a reír.

—No vale no responder para acabar con todos los dulcecitos —se queja Rubén.

—Es que entre tú y Fer, no puedo elegir, lo siento. —Me encojo de hombros.

Todo lo que sucede a partir de aquí es muy confuso. Desi y Valentina se besan al mismo tiempo con Rubén, Fer confiesa que se ha acostado con actrices porno, Sergio besa a Penélope y yo comienzo a experimentar una oleada de buenas vibraciones. Mi corazón comienza a palpar con intensidad, se me seca la boca y necesito beber con mayor frecuencia. Veo todo un tanto borroso y todo lo que siento se intensifica. Solo quiero que Fer me bese, que me haga suya esta noche.

Suena de nuevo la canción de Lola Jane y tengo que levantarme e irme voy al baño, porque necesito alejarme. No puedo controlar el deseo de besar a Fer, de sentirle. Debe ser esa maldita sustancia que intensifica mis emociones. Escucho la melodía como nunca antes lo había hecho, cada nota rompe en mi cabeza produciéndome una cadena de sensaciones.

Me miro al espejo y veo colores que nunca antes había visto.

Estoy a punto de abrir el grifo para refrescarme la cara con agua cuando alguien abre la puerta del baño. Es Fer. Apoyado sobre el arco de madera, sin camiseta y en ropa interior, me mira con deseo. Nos devoramos con la mirada. Sus radiantes ojos brillan e iluminan toda la estancia, su piel morena me tienta y el carmín de sus labios me pide a gritos que le bese. No puedo controlar mis impulsos y me abalanzo sobre él. Le beso, deslizo mis manos

por su cuerpo, me pego a él y siento como si mis sensaciones táctiles se hubiesen amplificado, nunca antes había sentido algo así al estar en contacto con otro cuerpo. Me fundo entre sus brazos y deseo quedarme en ellos para siempre.

—¡Hazme tuya! —le ruego.

Él aprieta su dura erección contra mí.

—¿Estás segura? Hace un rato me dijiste...

—Shh. —Coloco mi dedo sobre sus labios—. Da igual lo que dijese antes, lo importante es lo que quiero ahora.

—¿Y qué quieres exactamente, Paola?

—Quiero que me arranques la ropa interior y me folles muy duro.

—No puedo —confiesa apenado.

—¿Cómo que no puedes? —digo agarrado su erección por encima de la ropa interior.

Él gime.

—Me estás pidiendo esto solo porque te has drogado —asegura.

—Te estoy pidiendo esto porque no hay nada que desee más en este momento que sentirte dentro de mí.

—Ojalá lo desearas tanto sin el éxtasis.

Le lamo los labios con mi lengua.

—¿Tú no has tomado ninguna pastilla?

—Aún no, pero a mí no me produce el mismo efecto que a ti.

—¿Por qué?

—Porque para mí no es la primera vez.

—¿Y cómo sabes que para mí sí lo es?

—Es evidente.

De pronto llaman a la puerta.

—Paola, Paola. ¡Abre! —grita Desi desde el otro lado.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada cuando abro.

Ella se queda boquiabierta al vernos a Fer y a mí en el baño semidesnudos.

—Estamos así por el juego —me justifico por si no es evidente.

—¿La erección de Fer también es por el juego? —pregunta ella descarada.

—¿Qué ha pasado? —pregunto al ver que trae mi teléfono en la mano.

—Te han llamado de la empresa.

—¿Cómo?

—Sí.

En ese momento llega Sergio. Su cara al vernos a Fer y a mí en el baño lo dice todo. Quiero explicarle que no ha pasado nada, pero no me salen las palabras.

—¿Os habéis besado? —pregunta mi novio.

—No —miento.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué este tiene toda la boca llena de tu barra de labios? —Se abalanza sobre Fer.

No me da tiempo a pronunciar palabra cuando Sergio le mete un puñetazo a Fer en la cara y lo empotra contra la pared. Fer se envalentona y se incorpora para defenderse.

Esto no puede estar pasando.

Me interpongo entre ellos. Miro a Fer y veo que está sangrando por la nariz. A ver la sangre gotear, reacciono. Cojo la toalla del baño y me acerco a él para secarle la sangre con cuidado.

—¿Estás bien? —Lo miro y trato de contener las lágrimas—. ¡Estás loco! ¿O qué te pasa? —le grito a Sergio.

—Loca estás tú —vocifera Sergio mirándome a los ojos—. ¿Estás de imaginaria?

—Sí.

—Pero cómo se te ocurre beber y drogarte si sabes que estás de imaginaria.

—No pretendía drogarme ni mucho menos estar hasta tan tarde en la fiesta.

Discutimos. Luego cojo el teléfono y llamo de nuevo al departamento de programación, me informan de que ha salido un vuelo y que tengo dos horas para estar en el aeropuerto.

Quiero llorar, no sé si por tener que dejar la fiesta, por el rechazo sufrido por Fer, por la pelea, por la decepción de mi novio o porque estoy a punto de perder mi trabajo.

Si me hacen un control hoy estoy perdida, perderé mi licencia de vuelo, tampoco puedo negarme a volar porque estar de imaginaria conlleva estar trabajando y por consiguiente si estoy enferma o no puedo cumplir con la imaginaria he de notificarlo antes de que esta de comienzo.

---

Drogada y borracha como estoy, me pego una ducha con agua fría y me tomo un café. Por suerte, el efecto de la droga desaparecerá en unas horas, según me ha dicho Desi.

Cuando salgo de mi habitación perfectamente uniformada, ya no queda nadie en el piso. Todos se han ido, incluso Sergio, de quien no me he podido despedir.

Desi y Valentina están sentadas en el sofá y me miran con pena.

—Todo va a salir bien. Tú intenta no hablar mucho —dice Desi.

No respondo, porque se me hace un nudo en la garganta y las lágrimas afloran, no puedo permitirme estropear el maquillaje con lo que me ha costado.

---

El vuelo transcurre sin indecencias. Bueno casi sin incidencias, pues una pasajera estaba durmiendo y, al asegurar la cabina para el despegue, le he puesto el asiento en posición vertical con tanta fuerza que la señora se ha golpeado con el reposacabezas del asiento delantero. Madre mía, se ha despertado como una fiera y quería hablar con la sobrecarga, por suerte estábamos despegando y debía ir con prisas porque no se ha quejado. Por lo demás todo bien, creo que nadie se ha dado cuenta de mi estado, algunos pasajeros se reían con mis respuestas durante el servicio, supongo que debía estar graciosa.

---

Llego a Milán agotada y caigo muerta en la cama. Lo sé, soy una irresponsable, he puesto en peligro la seguridad del vuelo yendo a volar en este estado, pero soy humana, no soy perfecta.

## 10

Por la mañana, cuando despierto, llamo a Sergio.

—¿Qué quieres? Estoy trabajando —dice en tono serio.

Me pongo nerviosa al escuchar su tono de voz. No quiero perderle, estoy enamorada de mi novio.

—Cariño, tenemos que hablar.

El corazón me palpita enloquecido.

—Ahora no es buen momento.

—No puedo volar hoy sin antes hablar contigo, voy a volverme loca.

—Y yo no quiero escucharte.

—Yo te quiero Sergio. He sido una estúpida, fue el efecto de la droga.

Silencio.

Sé que le estoy mintiendo y que al hacerlo, también me miento a mí misma, pero a veces no queda de otra, no estoy dispuesta a perder a Sergio por un capricho de una noche.

—Sergio, por favor, di algo. Sé que lo he hecho mal, pero tienes que entender que en ese momento no era yo, estaba bajo los efectos de esa sustancia.

—Cuando regreses lo hablamos en persona, tengo que dejarte, estoy trabajando. Que tengas buen vuelo. —Me cuelga.

No puedo creer que me deje así.

El vuelo de regreso lo sobrellevo como puedo, pienso en Sergio y también en Fer, para qué mentir.

Cuando llego a Madrid ni Valentina ni Desi están en casa, así que aprovecho para poner la música a todo volumen y darme una larga ducha. Al salir del baño me encuentro con Desi.

—¿Estás sola? —pregunto al verla.

—Sí. ¿Cómo estás? —Se acerca y me da un abrazo.

—Bueno... Ven —le digo cuando nos dejamos de abrazar.

Voy mi habitación para vestirme.

—¿Has hablado con Sergio? —Se sienta sobre mi cama.

—Sí, pero él no quiere hablar, voy a llamarle ahora para quedar esta noche.

—¿Y con Fer?

Su pregunta me sorprende. No es que no me haya planteado contactar con él para ver cómo está, es solo que el hecho de que Desi me pregunte por él me inquieta.

—No, no tengo su teléfono —digo intentando parecer indiferente mientras me pongo una camiseta ancha.

—Conmigo no tienes que disimular, Paola. Sé que te gusta.

—Fue producto de esa maldita sustancia. ¿Quién trajo eso a casa? —pregunto enfadada.

—No te engañes, sabes que no fue producto de la droga. Vi cómo os mirabais durante el baile.

—Estás viendo cosas donde no las hay. —Salgo de mi habitación y me voy a la cocina. Desi viene detrás de mí.

—Os vi besándoos en mi habitación mucho antes de que comenzara el juego de la botella.

Su comentario me deja inmovilizada en mitad del pasillo.

—¿Cómo que nos viste? —Me giro hacia ella.

—Entré al baño y al abrir la puerta os vi, no supe qué hacer ni qué decir, así que cerré con cuidado sin hacer ruido.

—¿Has hablado con él de eso?

—No.

Camino hasta llegar a la cocina y me sirvo un poco de agua. No sé qué decir.

—Paola, él es mi amigo, pero es un mujeriego. No quiero que echas a perder tu relación por un polvo de una noche.

—No me he acostado con él, ni pienso hacerlo.

—Me alegra escucharte decir eso con tanta seguridad.

—Pero he pensado que debería escribirle un mensaje para ver cómo está después del golpe y para pedirle disculpas por todo lo sucedido.

—Si tú crees que eso no va a dar pie a nada más no veo problema en que lo hagas.

—Claro que no va a dar pie a nada. ¿Tú puedes pasarme su teléfono personal?

—Sí, yo te lo paso.

Cuando me quedo a solas, después de que mi amiga me haya pasado el contacto de Fer decido escribirle un mensaje. Claro que antes de enviárselo le



doy mil vueltas al contenido y lo borro y reescribo varias veces.

*Hola, Fer. Soy Paola, me ha pasado tu número Desi.*

*Siento mucho todo lo que sucedió la otra noche, espero  
que estés bien después del golpe.*

*Necesitaba decirte que lamento haberte hecho pasar un  
mal rato y espero que entiendas que todo lo que te dije fue  
a consecuencia de esa sustancia, lo mejor será recordar  
ese día como una anécdota.*

*Cuídate.*

Llamo a Sergio y le digo que venga a cenar a mi casa que tenemos que hablar, por suerte acepta.

Me pongo una minifalda negra y una *blazer* sin sujetador debajo, la llevo abierta y se me ve prácticamente todo. No pretendo salir así, pero necesito usar mis mejores armas para seducir a Sergio y que me perdone.

Suena el timbre y le abro la puerta. Su cara al verme es de desconcierto total. Los ojos se le van directos a mis pechos.

—Pasa —digo con una sonrisa pícara.

—Eres una manipuladora. Esto es hacer trampa —dice mientras abalanza sobre mí y me soba los pechos.

Me agarra por la cintura y me lleva hasta mi dormitorio. Me quita la *blazer* y me tumba en la cama.

Se quita la ropa, abre mis piernas y sin más entra en mí de un golpe.

¡Oh, sí!

Acelera el ritmo de sus embestidas y cuando estoy a punto de llegar al orgasmo se detiene. ¿Por qué lo hace?

—¿Qué más quieres? —pregunta con una sonrisa.

—Mucho más.

Mis palabras avivan su deseo y comienza a moverse cada vez más deprisa. Entra y sale. Cada vez con más fuerza.

No puedo evitar clavar mis uñas en su espalda.

Sus labios recorren mi cuello. Sus gemidos me anuncian que no va a aguantar mucho más.

Cierro los ojos.

Ardo en mi interior.

Jadeo.

Me dejo arrastrar por el placer del orgasmo.

Sergio se corre segundos más tarde.

Agotado, se tumba junto a mí.

—Esto no ha estado bien —dice mientras desliza sus dedos por mi piel desnuda.

—Ah, ¿no? Pues tu cara no decía lo mismo —sonrío.

—Me refiero a esta encerrona. Estaba enfadado contigo.

—¿Estabas? ¿Eso quiere decir que ya no lo estás?

—Quisiera, pero no puedo. Te quiero demasiado.

Me giro y me pongo encima de él. Le beso.

—Yo también te quiero, lo que sucedió la otra noche fue un error producto de esa sustancia y no se volverá a repetir —digo convencida.

Le doy un beso y aprovecho para ir al baño. Me levanto de la cama y justo en ese momento suena mi teléfono.

Lo cojo y veo que Fer acaba de responder a mi mensaje.

*Perdona la hora, acabo de salir de pasar consulta. No sabes cuánto me alegra tu mensaje. He pensado mil veces en coger tu número de la base de datos de la clínica y escribirte.*

*Sabes que la droga lo único que hizo fue inhibir tus miedos, me deseas tanto como yo a ti. En cuanto a esa noche no puedo recordarla como una anécdota, porque encontrarme de nuevo contigo y poder besarte ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.*

*Un beso.*

De pronto siento un vuelco en mi interior. El corazón me bombea tan fuerte que tengo miedo a que Sergio lo escuche. Estoy paralizada frente a mi móvil. No me esperaba el contenido de este mensaje.

A veces en la vida tenemos que elegir y lo hacemos siempre pensando que elegimos la opción acertada, pero eso es algo que nunca sabremos, solo con el tiempo se descubrirá si tomamos la decisión correcta o por el contrario nos equivocamos. Yo ya he tomado mi decisión, quiero seguir con mi vida como hasta ahora. Sergio me hace feliz, con él tengo todo lo que se puede esperar de una relación, no puedo tirarlo por la borda por esta pasión pasajera.

—¿Quién es, mi amor? —pregunta Sergio desde la cama.

—Nada, una compañera de trabajo. —Nerviosa, dejo el móvil sobre la mesa de mi habitación y voy directa al baño.

---

Las semanas pasan y llega diciembre. Sergio y yo no hemos vuelto a discutir. Todo es paz y amor. Risas y diversión.

Pasamos las tardes de otoño en nuestro nidito de amor: mi casa. Parece que estuviéramos en una nube, todo el rato besándonos y diciéndonos cosas bonitas.

En cuanto a Fer, nunca respondí a su mensaje, después de aquel vinieron otros similares, a los que tampoco le respondí. Debe haberse cansado porque hace más de un mes que no me escribe. Una parte de mí lo agradece, no me sentía bien ignorándole y me resultaba muy complicado resistir la tentación de escribirle, pero me propuse ser feliz con Sergio y dejar atrás aquel... deseo. Lo primero parece que lo he conseguido, lo segundo, en cambio, aún lo estoy intentado. No entiendo cómo puede ser tan complicado sacarte a alguien de la cabeza con quien solo te has besado un par de veces y a quien apenas conoces. Nunca me había pasado algo así.

Recibo un mensaje de Sergio:

*¿A qué hora te recojo esta noche, mi amor?*

Esta noche vamos a la fiesta de navidad que organiza mi empresa cada año. Se trata de uno de los pocos eventos que nadie quiere perderse, siempre sucede algo y los cotilleos dan juego durante semanas.

*A las 9.*

*¿Estás bien? Te noto seria.*

*Sí, estoy limpiando. Estaré mejor cuando esté contigo.*

*Tengo ganas de verte.*

*Yo también tengo ganas de verte.*

*Esta noche después de la fiesta quiero llevarte a un sitio.*

¡Qué misterio! ¿A dónde querrá llevarme? Con una sonrisa de tonta y muerta de la curiosidad, le respondo y me despido de él.

Termino de limpiar mi habitación y busco a Valentina para irnos juntas al centro, donde hemos quedado con Desi para comer e ir de compras. Necesito un modelito espectacular para la fiesta de esta noche.

Comemos en El Social, un restaurante de Chueca con una gastronomía exquisita. Luego buscamos una cafetería por Malasaña para tomar un café y espabilarnos antes de comenzar con las compras.

—Vamos a Café de la Luz —propone Valentina.

—Mira que eres abuela, eh —suelta Desi.

—Venga, vamos ahí mismo que al final se nos va la tarde y necesito comprarme un vestido para esta noche.

Tomamos asientos en el sofá, junto a la chimenea. Este sitio me encanta, porque es muy acogedor y porque me transporta a otra época, no solo por la decoración, sino porque en su interior no hay cobertura.

Desi llama a la camarera con un gesto muy elegante y pedimos tres cafés y una tarta para compartir.

—¿Valentina tú no estabas a dieta? —pregunta Desi, después de que la camarera se vaya.

—Sí.

—¿Entonces para qué pides la tarta? —replica.

—Un día es un día.

—Yo no pienso comer. No quiero ir hinchada a la fiesta —digo muy segura.

Claro que cuando la camarera pone sobre la mesa el plato con una deliciosa tarta de queso con sirope de chocolate por encima goteando sobre la blanca nata, la cosa cambia y finalmente peco.

—Bueno, Valentina, ¿cuándo piensas presentarnos a tu nuevo poli? —digo mientras cojo un trozo de tarta.

—Aún es pronto, llevamos solo unas semanas. Vamos a ver en qué termina esto.

—Lo que no entiendo es por qué todos tus ligues o son policías o guardia civiles, ¿acaso no sabes ya cómo son en el cuerpo? —suelta Desi antes de comerse otro trozo de tarta.

—Ya, pero te juro que yo no los busco, es que da la casualidad que todos los que conozco son o policías o guardia civiles.

—Pues esas casualidades a mí no me pasan —replica Desi cogiendo otro trozo de tarta con la cuchara.

—No sabes lo que te pierdes —asegura Valentina entre risas.

—¿Bromeas? Ni de coña me voy con un policía —Desi coge otro trozo de tarta.

—Uy, que me descuido —grita Valentina al ver que casi la dejamos sin tarta.

Siempre pasa igual, ella la pide, pero la muy perra acaba comiendo solo una cucharadita, mientras que Desi y yo la devoramos casi sin darnos cuenta.

—Tú lo que quieres es ponernos gordas —digo entre risas—. Ya no quiero más.

—¿Cómo vas a querer más si te has comido media tarta? —dice Valentina.

—¿Yo? Ha sido Desi.

—¿Yo? Serás zorra. Si solo he cogido tres cucharadas.

—No os preocupéis, pedimos otra.

—¡¡¡Nooooooo!!! —gritamos Desi y yo al unísono.

Las tres acabamos riendo a carcajadas.

Hablamos y hablamos sin parar, a nosotras nunca nos faltan temas de conversación.

—Paola, necesitas un vestido elegante para esta noche —asegura Valentina.

—Elegante suena aburrido —afirmo.

—Yo opino igual, aunque quizá siendo una fiesta de empresa deberías ir como más formal, ¿no crees? —dice Desi.

—¿Me estás diciendo que no sé vestir formal?

—A ver... formal, lo que es formal no vistes, Paola —suelta Desi tan tranquila.

—¿Me estás llamando *cani*?

—Solo un poco.

—Perra.

Las tres reímos.

—Bueno chicas, me da igual, quiero un vestido provocativo.

—Elegante —insiste Valentina.

—Vale, elegante, pero provocativo.

—Eso va a ser complicado. —Desi sonríe.

Después del café, las chicas me ayudan a encontrar el vestido perfecto para esta noche. Se trata de un vestido corto palabra de honor en color verde botella, con escote corazón y pliegue drapeado en el centro. Para marcar bien los pechos, vaya. En la parte de la cintura tiene un tejido de redecilla traslúcido. Quizá no es muy elegante, pero tampoco es demasiado *choni*. Las chicas me han dado el ok, así que eso es buena señal.

---

A las nueve menos diez de la noche Sergio llega a recogerme, pero yo apenas acabo de terminar de alisarme el pelo. Me llama y le digo que me espere abajo, que no tardo, porque no quiero que suba, verlo esperar me pone nerviosa y aún me tengo que maquillar.

Me recojo el flequillo con una horquilla a cada lado y me maquillo lo más rápido posible. Cuando termino, me vuelvo a pasar la plancha porque se me han quedado las marcas de las putas horquillas.

A las nueve y veinte estoy abajo. Sergio está apoyado en el capo del coche fumándose un cigarro, parece aburrido de esperar. Luce un traje de chaqueta

negro con camisa blanca y pajarita. Muy *sexy*.

—Siento el retraso —me disculpo.

Me mira de arriba abajo.

—Ha merecido la pena —dice agarrándome por la cintura y plantándome un beso en los morros.

Nos montamos en el coche y nos dirigimos al hotel en el que se celebra la fiesta.

---

A lo largo de la noche me encuentro con amigas que he ido haciendo a lo largo de estos años, entre ellas a Cristina, a quien me alegra ver. Le presento a Sergio y recordamos nuestras aventuras por La Habana.

—¿Recuerdas los que nos dijeron las cartas? —dice entre risas.

—Pues si te soy sincera yo ya ni me acuerdo.

—A ti te dijo algo de dos fiestas, dos sucesos importantes que marcarían el inicio y el final de una historia de amor. —Ríe a carcajadas.

## 11

Yo trato de reír también, pero por un momento me acuerdo de la fiesta en la que coincidimos Fer y yo y pienso en que quizá esa fuese la fiesta que marcaba el inicio de nuestra historia, mientras que aún faltaba por llegar una segunda fiesta que supondría el final, pero ¿el final de qué? Quizá solo sea una coincidencia o quizá esa fiesta representó el inicio de una nueva oportunidad con Sergio.

—¿Estás bien, Paola? —pregunta Cristina al verme callada tras su comentario.

—Sí, sí, solo estaba pensando en lo absurdo que suena todo lo que nos dijo aquella señora.

—Sí, pero fue divertido —asegura.

—Sí —sonríó—. Por cierto veo muchas caras nuevas este año.

—Son las primeras promociones del curso de TCP que ha implantado la compañía, recuerdas que te lo comenté. Que por cierto se me ha olvidado contarte —dice ilusionada.

—¿El qué? —pregunto impaciente.

—Qué hablé con uno de los ejecutivos de la compañía hace unas semanas y le hablé de ti.

—¿En serio?

—Sí, me dijo que estaban buscando nuevas instructoras, pero internas, es decir personal de la propia compañía.

—Pero no creo que me lo ofrezcan a mí.

—Tienes que pedir cita para hablar con el director de la compañía y transmitirle tu interés en el puesto.

—Bueno, lo haré. Ojalá haya suerte. Por cierto ¿y tu novio?

—No ha venido —dice apenada.

—¿Y eso?

—Se encontraba indispuesto.

—Vaya, espero que se mejore.

Cristina va a saludar a una compañera y yo aprovecho para pedirle disculpas a Sergio por dejarle un tanto aislado.

—¿Estás bien? —Le regalo un beso.

—Contigo siempre lo estoy.

—¿Quieres otra copa?

—Sí, por favor. ¿Esto lo montan siempre así, por todo lo alto? —pregunta mirando el decorado del lugar.

—No, cada año más. Va a llegar un año que esto sea como la entrega de los Óscar.

La empresa invierte mucho en esta fiesta, tanto en decoración como en bebidas y comidas. Se trata del único evento en el que se reúnen todos los departamentos y por consiguiente de la oportunidad perfecta para mantener a los empleados unidos y contentos.

—Ojalá en mi empresa montaran estas fiestas.

—¿Me llevarás este año?

—¿Quieres venir?

—¿Por qué no?

—No sé, son muy aburridas, no tienen nada que ver con esto. Pero si te apetece yo te llevo, así presumo de novia.

—¡Aisss, si es que te como! —Le doy un beso—. Podríamos hacer algo juntos este fin de año.

—No te adelantes.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que te he dicho que después de la fiesta te tengo una sorpresa? —Esboza una media sonrisa.

—Ahora ya me imagino qué puede ser —sonrío.

—No lo creo —asegura.

Me tomo la copa de champán mientras charlo con Sergio.

Me percató de que una chica rubia no para de mirarle, pero él ni se ha inmutado. ¡Menuda descarada!

Sergio me tiene la mano agarra y me habla con naturalidad, hasta que la rubia acosadora se acerca a nosotros. Sergio, al verla, me suelta la mano en un impulso y el gesto me molesta. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Acaso se avergüenza de mí? ¿Está ligando con ella? ¿Se conocen?

La chica se queda paralizada frente a nosotros y miro a Sergio a la espera de que diga algo y me explique qué está sucediendo, pero nadie dice nada. Ella me mira el escote y se pierde entre mis pechos. Por un momento pienso que igual es lesbiana y no es con Sergio con quien quiere ligar, sino conmigo.



Su amiga, una chica morena muy guapa, se acerca y por fin la rubia abre la boca:

—Ana, ¡mira a quién me he encontrado! —Suelta una risotada un tanto falsa.

—Sergio —dice la otra.

Así que se conocen. La chica se gira hacia la mesa en la que están las bebidas y coge una botella de champán.

—Vamos a brindar —dice efusiva.

Descorcha la botella y la bebida sale disparada hacia mí. Siento el frío champán empaparme la ropa y chorrear por mi pelo. Quiero gritar, pero me contengo.

—Oh, Dios mío. Lo siento muchísimo —se disculpa la loca que me acaba de poner perdida. Puedo percibir la falsedad en su tono.

Apuesto a que se está riendo incluso, pero no puedo ni abrir los ojos para verlo, me escuecen del alcohol. Cuando me atrevo a abrirlos, suelto un grito de dolor. Salgo corriendo hasta el baño. Sergio viene tras de mí.

Entro en el baño y me echo agua en la cara, me enjuago bien los ojos y cuando me miro al espejo solo quiero gritar. Tengo los ojos rojos, todo el maquillaje corrido y el pelo empapado en champán.

Miro a Sergio a través del espejo, su cara le delata. Me giro hacia él y me debato entre hablar o callar, pero siempre fui de las que coge el toro por los cuernos, aún sabiendo que voy a salir malherida.

—¿Quién era esa chica? —pregunto muy enfadada y con los ojos anegados en lágrimas.

—Paola, yo... —Su voz se corta y sus ojos se humedecen.

—¡¡¡¿¿¿Tú qué???!!! —grito.

—Hay algo que tienes que saber. Esa chica es Valeria, ella es... mi novia.

—¿Tu novia? Tu novia soy yo. ¿Tienes una amante?

—Es difícil de explicar, yo... quería contártelo, pero no sé, lo nuestro ha ido demasiado rápido cuando nos conocimos pensé que sería solo sexo y luego... luego me enamoré de ti y he estado todo este tiempo intento dejarla.

—¿Dejarla? ¿Me estás diciendo que cuando nos conocimos ya estabas con ella? —digo casi sin voz porque estoy a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

—Sí.

Le suelto una sonora bofetada en la mejilla que le gira la cara.

A veces los impulsos son más rápidos que la mente, ni siquiera tengo tiempo de pensar o de digerir todo esto. Solo sé que siento como mi corazón se rompe en pedazos, como todo en lo que un día creí se desvanece.

Ninguna noticia me ha hecho sentir esto que siento ahora mismo. Quiero creer que todo es un sueño, que no es real, porque no estoy preparada para aceptar que este año junto a Sergio ha sido todo una mentira, que he sido simplemente la otra.

Trato de contener mis lágrimas, porque no quiero humillarme más de lo que ya estoy, pero me resulta casi imposible.

Con disimulo me agarro al mármol de los lavabos del baño, porque siento como las piernas se me aflojan y tengo miedo a desplomarme.

Supongo que esto se ha acabado aquí, que ahora se irá detrás de ella y no volverá jamás.

—Paola, yo...

Parece que no, que me lo va a poner más difícil aún.

—¡¡¡VETE!!!

—Por favor tienes que escucharme.

—¡VETE! ¡No quiero volver a verte jamás! ¡TE ODIO! ¡TE ODIO!

Todo sucede demasiado rápido y cuando me quiero dar cuenta me descubro golpeándole con fuerza en el pecho, empujándole para que se vaya, proyectando toda mi rabia en él.

Al ver que llora sin parar y no se defiende, me encierro en uno de los baños y cierro la puerta. No sé de lo que soy capaz si sigo golpeándole.

Me siento sobre la taza del váter y me sujeto la cabeza con ambas manos. Lloro sin consuelo.

Noto su presencia al otro lado de la puerta.

Quiero salir y preguntarle, conocer todos y cada uno de los detalles: cómo, por qué... Sin embargo, eso solo lo haría más doloroso, no necesito saber más.

¿Por qué el amor es así?

Rabia.

Furia.

Dolor, mucho dolor.

Me siento traicionada. Le quiero, pero esto es algo que jamás le voy a perdonar.

De pronto se me viene a la cabeza la escena de la película *Frida* con Salma Hayek, cuando antes de casarse, él le confiesa que no le va a poder ser fiel, pero sí leal y entonces ella se lo piensa y responde: «De acuerdo. La lealtad es más importante». Quizá los hombres son infieles por naturaleza o quizá todos los seres humanos lo somos, yo también engañé a Sergio, besé al piloto en Bogotá y a Fer en la fiesta, antes incluso de tomar aquella droga. La

promiscuidad es algo que la naturaleza ha puesto en el ser humano y contra la naturaleza, es difícil luchar. Pero esto va más allá de la promiscuidad, podría perdonarle un beso, incluso una noche, pero no esto. Me ha engañado desde el principio y ha llevado una doble vida. Esto es mucho más grave que una simple infidelidad.

Los hombres se piensan que nosotras no sentimos ese deseo, que no tenemos tentaciones. A nosotras nos llegan las oportunidades sin ni siquiera tener que ir a buscarlas, siempre hay hombres revoloteando a nuestro alrededor, pero como mucho podemos pecar en un beso, podemos controlarnos para no llegar a algo más y el hecho de que no seamos infieles no tiene nada que ver con que nuestro libido sea menor a de ellos ni que seamos unas mojigatas, es simplemente una cuestión de principios, de lealtad y sin duda nosotras somos más leales. No hacemos lo que no nos gustaría que nos hicieran a nosotras.

Al cabo de un rato me doy cuenta de que ya no se escucha nada detrás de la puerta. Abro con cuidado veo que Sergio ya no está. Me lavo la cara con agua fría, tomo valor y salgo de la fiesta tratando de que me vea el menor número de personas posibles.

En mitad de la noche camino por las calles de Madrid sin rumbo, necesito despejarme. No quiero ir a casa, no quiero hablar de lo que acabo de descubrir, solo quiero olvidar.

Comienza a llover y lo agradezco, el agua me purifica y me quita los restos de champán del pelo. Cuando la tormenta es fuerte parece que va a arrasar todo a su paso, pero luego de un día de lluvia, siempre amanece soleado. Los truenos no cesan, mi caminar tampoco. No tengo miedo. El olor a tierra mojada me transmite cierta nostalgia, me recuerda aquellas tardes de invierno que Sergio y yo pasamos juntos en mi casa, viendo películas y escuchando la lluvia caer.

Nunca me he sentido tan perdida, ¿quién me iba a decir que la primera vez sería por amor? No entiendo cómo ha podido llegar tan lejos, cómo ha podido hacerme esto.

De pronto, se me viene a la mente Fer, sé que lo que estoy a punto de hacer es un error, pero en este momento todo me da igual, necesito olvidarme de esta noche.

Saco mi móvil del bolso y me refugio de la lluvia en un soportal. Busco su número y le escribo un mensaje.

*¿Estás despierto?*

Al ver todos los mensajes que le dejé sin responder, comprendo que lo más probable es que ahora me ignore él. Sin embargo, solo pasan unos minutos hasta que obtengo respuesta.

*Sí, ¿estás bien?*

*¿A qué se debe tu mensaje?*

*Necesito verte.*

*¿Qué ha pasado?*

*Estoy en casa ¿quieres venir?*

*Pásame la dirección.*

Guardo el móvil en el bolso y camino de nuevo bajo la lluvia hasta su casa, por lo que veo vivimos muy cerca.

Llego completamente empapada. El portero del edificio me abre y, con desconfianza, me pregunta a qué piso voy. Cuando se lo indico me cede el paso.

Subo por las escaleras y me paro frente a la puerta de Fer. Por un momento me debato entre llamar al timbre o irme, aún estoy a tiempo, pero no quiero estar sola, no quiero regresar a casa, quiero verle a él.

Llamo al timbre y a los pocos segundos, Fer aparece detrás de la puerta con una camiseta básica blanca y unos pantalones de chándal azul marino.

—Por Dios, estás empapada.

Puedo ver la preocupación en su rostro. Sin poder pronunciar palabra me abalanzo sobre él y le abrazo.

Cuando me separo de él me pierdo en el color de sus ojos: su iris negro lucha por reducir ese marrón chispeante que yace junto al verde esmeralda. Su mirada me lleva a un atardecer de verano con cálidas olas.

Fer frunce el ceño, sabe que algo me pasa, que no estoy bien, pero yo no digo nada, sé que si lo hago acabaré por contarle todo lo ocurrido y ahora mismo no quiero hablar, solo necesito olvidar y sentir, sentirle a él.

No puedo resistirlo y me dejo arrastrar por mis pasiones.

Le vuelvo a besar.

## 12

—Paola...

—No quiero hablar... Dijiste que te buscara cuando creyese que esto estuviera bien. —Pongo mis manos sobre su rostro y le planto otro beso en la boca.

Él se muestra circunspecto.

—¿Qué sucede? ¿No quieres? —pregunto al ver sus dudas.

—No es eso, es que he esperado durante tanto tiempo a que me buscaras que... —Poco a poco dibuja una sonrisa en sus labios y comprendo que lo desea tanto como yo.

Ansiosa, le quito la camiseta y me deleito en su formidable pecho. Suave, fibroso y repleto de tatuajes. Lo toco. Me toca. Ya no hay marcha atrás, el ardor de nuestros cuerpos crece a cada segundo. Entre besos y tocamientos acabamos desnudos en su cama.

Solo se escucha el latir de nuestros corazones y la lluvia caer en el exterior.

Comienza a chuparme los pezones y a masajearme los pechos. Ascende y me besa el cuello. Se impregna de mí y yo de él. Su olor me provoca un ansia incontrolable por devorarlo.

Me voy directa a su entrepierna y chupo su colosal miembro, lo saboreo. Mi mano sube y baja por el tronco de su pene, mientras que con la lengua lamo la cabeza. Él gime de placer.

Con sus brazos me incorpora y me da la vuelta, dejando mi entrepierna sobre su boca en un perfecto 69. Introduce su lengua y juguetea con mi clítoris, mientras yo me trago su miembro tanto como puedo, al tiempo que le sobo los testículos con una mano.

Introduce un par de dedos en mi vagina y me lame toda mientras me dice lo rico que le sabe. El placer es indescriptible.

Me tumba en la cama y se pone sobre mí. Me separa las piernas y coloca su miembro sobre mi sexo. Se roza sin cesar y me hace sufrir, porque necesito

tenerlo dentro de una vez. Finalmente me penetra y su estocada me hace gritar.

El calor que recorre mi cuerpo es abrasador.

Me embiste sin apartar la mirada. Le beso, me besa, nos devoramos. Nuestras respiraciones están aceleradas.

Jadeo enloquecida al sentirme tan deseada, hacía mucho tiempo que no experimentaba algo así.

No quiero que pare.

Quiero que me siga follando así de duro.

Fer lleva su boca a mi cuello y noto como sus dientes se me clavan en la piel. ¡Adoro que haga eso!

Mi cuerpo reacciona y enloquezco.

—Oh, así..., sí...

¡Qué maravilla!

El gozo es inmenso, no quiero que acabe.

Sale de mí y me tumba boca abajo. Tantea mi entrada trasera. Comienza a lamerme el ano como un loco.

—¡Sepárate las nalgas con las dos manos! —ordena con voz ronca.

Introduce su lengua como si estuviera violándome con ella. Luego introduce uno de sus gruesos y toscos dedos en mi culito, este entra solo hasta la mitad.

—¡Qué culito tan estrecho! —dice pícaro.

En ese instante empuja para que entre entero y yo grito. Comienza a meterlo y sacarlo salvajemente y cuando ya empieza a dolerme, introduce un segundo dedo que me hace ver las estrellas.

No es la primera vez que práctico sexo anal, pero sí hace bastante tiempo, no es una práctica a la que le terminé de coger el gusto, aun así me dejo llevar por la pasión del momento.

Fer me agarra por la pelvis y me incorpora poniéndome a cuatro patas, él se coloca detrás de mí y pone la punta de su miembro en mi culo. Comienza a empujar suavemente.

Me cachetea las nalgas violentamente.

Me penetra por detrás con fuerza mientras que con su mano acaricia mi clítoris. Llego al orgasmo mucho antes de lo esperado. Enloquecida, agarro las sábanas e intento no chillar, pero él sabe que acabo de correrme y eso le pone mucho, porque aumenta considerablemente su ritmo.

Le gusta el sexo duro como me imaginaba. Así que me dejo llevar, me pongo a merced de su imaginación.

—¿Quieres más? —pregunta.

—Sí —le pido.

Tenía el fuego instalado en el cuerpo desde el día en que le conocí en el avión.

—¿No quieres que me corra?

—Ni se te ocurra.

—Así me gusta —ríe pícaro.

Me da un fuerte azote y comienza a embestirme con fuerza. La cama se mueve y yo muerdo la almohada para silenciar mis gemidos.

De pronto, se detiene y saca su duro miembro de mí. Me gira y nuestros ojos se encuentran. Me penetra y mi vagina lo succiona. Mi cuerpo tiembla por dentro. Su boca silencia mis gemidos.

De nuevo un gustoso espasmo se apodera de mí y me recorre por dentro. Me dejo arrastrar por la sensación.

Calor.

Deseo.

Pasión.

Una explosión de placer me inunda por dentro. Un ronco gemido sale de su boca. Nos corremos a la vez y nuestros cuerpos tiemblan.

Cae rendido a mi lado. Durante unos instantes permanecemos en la cama mirando al techo sin decir nada.

Al cabo de un rato, Fer se levanta y va al baño. La luz de su móvil no para de encenderse y no puedo evitar cotillear. Me acerco y veo que le llegan varios mensajes, pero como está en silencio no suena ni vibra. Alcanzo a ver el nombre de dos chicas, aunque capta toda mi atención el de una de ellas «Alexandra FF Madrid». Justo en ese momento Fer sale del baño y me pilló mirando su móvil.

—Te han escrito —digo como naturalidad.

Se acerca y coge su móvil. Responde a los mensajes y no puedo evitar preguntarle.

—¿Qué significa FF?

—Fisting —responde con naturalidad sin apartar la vista de su móvil.

Sé lo que significa esa práctica, porque Deseada me ha hablado de eso.

¿Ahora resulta que se guarda a los contactos en la agenda según la practica sexual preferida de estos? Por un momento me siento inferior, sé que es absurdo, pero no puedo dejar de pensar en su activa vida sexual, en lo que dijo durante el juego de la botella sobre sus relaciones sexuales con actrices porno. Él debe estar acostumbrado a tener otro tipo de encuentros sexuales y

aunque me considero bastante atrevida en el sexo yo no puedo, ni quiero, que un tío me haga *fisting*.

—Ah, ¿ella es una de esas actrices porno? —pregunto sin querer parecer demasiado entrometida, aunque creo que no lo consigo.

—Sí —dice mientras se tumba en cama con el móvil—. Es esta —dice mientras la busca en Twitter.

Me enseña su perfil y rápido memorizo su nombre de usuario. No me puedo creer la cantidad de vídeos que tiene con chicas, aunque en ninguno se le ve la cara, pero sé que es él por los tatuajes. Se detiene en un video en el que sale con la tal Alexandra, la tía es espectacular.

Yo comienzo a sentirme cada vez peor, no me gusta que después del rato tan maravilloso que hemos pasado se ponga a hablar de otras, mucho menos a enseñarme vídeos con ellas.

—Esta me escribió el otro día, tengo que escribirle —dice refiriéndose a otra chica que aparece en su perfil.

—Bueno, pues te voy a dejar que le escribas, yo me voy a ir, ya que es tarde —digo mientras me levanto de la cama.

No me encuentro bien, después de la noche que he tenido necesitaba un poco de atención, sé que entre él y yo no hay nada, ni lo habrá, pero tampoco me apetece escuchar sus historias con otras, ni ver sus vídeos, por alguna razón me hacen sentir mal, yo no soy actriz porno y mucho menos voy a consentir ciertas prácticas. Para que me esté hablando de otras, prefiero estar sola en mi casa.

—¿Tan pronto te vas? —pregunta extrañado.

—Sí, es que es tarde —digo mientras termino de vestirme.

En menos de cinco minutos estoy vestida de nuevo y con el bolso en la mano, lista para salir. Me despido de él sin ni siquiera darle un beso. Sé que se ha dado cuenta de que algo me pasa, pero me da igual.

La ropa está empapada y me muero de frío mientras camino a mi casa, por suerte no está lejos y la lluvia ha cesado.

Rompo a llorar, porque ha sido una noche desastrosa y porque me siento fatal, vine en busca de algo que no voy a tener con él ni con nadie, porque ese tipo de cariño, de apoyo, de confianza, de abrazos... solo se encuentran en un amor como el de Sergio y yo, aunque ya no sé ni si llamar a eso amor cuando fue todo una mentira.

Llego a casa con el corazón roto en mil pedazos, las chicas deben estar acostadas ya, porque todo está en silencio. Me meto directa en la ducha y evito hacer mucho ruido.



Me pongo el pijama y me acuesto en la cama. En ese momento recibo un mensaje. Es Fer.

*¿Llegaste bien?*

Me gusta que se preocupe por mí. Le respondo de inmediato.

*Sí, ya en casita.*

*¿Quedaste tan seria por algo?*

Parece que se ha percatado, pero no tengo ganas de más historias hoy, solo quiero que este día acabe de una vez.

*No, por nada, bueno voy a descansar.*

*Buenas noches.*

*Descansa. Buenas noches.*

Trato de olvidarme de todo lo ocurrido, pero soy consciente de que eso es algo imposible.

---

Por la mañana, al despertar, el dolor sigue ahí, ni siquiera el sueño lo ha mitigado.

Miro mi móvil y tengo más de veinte llamadas perdidas de Sergio.

Cuando me levanto de la cama y salgo de la habitación, Valentina y Desi están juntas desayunando. Entre lágrimas les cuento lo ocurrido, solo lo de Sergio, el polvo con Fer, prefiero omitirlo. Ellas no dan crédito.

—Menudo sinvergüenza, con la cara de tonto y bueno que tiene —suelta Valentina.

—Esos son los peores, te lo digo yo. Tienes que olvidarte de él, Paola —asegura Desi.

—Sé que tengo que olvidarlo, no voy a ser su amante o su putilla particular. Fui una estúpida al crearme durante más de un año sus mentiras. Si tanto me ama ¿por qué no dejó a la otra?

—Te mereces a alguien mejor. —Valentina acaricia mi rostro con dulzura y rompo a llorar de nuevo.

Soy consciente de que me va a costar olvidarle, aun así estoy dispuesta a poner todo mi parte para conseguirlo.

—Realmente pensé que él era el definitivo, la persona con la que pasaría el resto de mi vida. Él cuidaba de mí parecía tan enamorado... Yo lo he querido de verdad.

—Pues a mí sinceramente nunca me pareció que fuese el definitivo —asegura Desi.

—¿Qué quieres decir?

—Que estaba claro que lo vuestro no iba a llegar muy lejos, entre vosotros no saltaban chispas.

—Bueno, ya no quiero seguir hablando del tema, chicas.

—Venga, pues vístete que nos vamos a desayunar fuera —me anima Desi.

—Eso, vamos a por unos churros con chocolate —Valentina se incorpora dispuesta a vestirse.

—Está bien —digo resignada.

Me pongo lo primero que encuentro en el armario y nos vamos a La Churrería La Mejor en Fuencarral.

Cuando llego y veo a los demás comensales comiendo churros me entra un hambre de muerte.

Nos sentamos en una esquina junto al cristal que da a la calle.

—¿Sabéis quién es esa? —Cuchichea Desi con disimulo señalando a una chica rubia que está sentada dos mesas más lejos de nosotros.

—¿Quién? —pregunta Valentina interesada.

—¿Os acordáis de Fer?

—¿Qué Fer? —Comienzo a mostrar interés por lo que va a decir.

—Ferreol, mi ginecólogo y ahora también el tuyo. El guaperas que vino a la fiesta.

—Sí —dice Valentina.

Yo permanezco en silencio a la espera de lo que está a punto de decir.

—Pues esa es su ex, trabaja en esta calle como gerente de una firma de moda.

—Vaya —digo escaneándola de arriba abajo—. ¿Por qué lo dejaron? —pregunto sin poder dejar de observar la belleza de la chica.

—La dejó él, me contó que era muy celosa y le montaba dramas por todo, aunque me consta que la quería mucho, pero a veces el amor no es suficiente.

—Chicas, hay algo que no os he contado —confieso.

—¿El qué? —Valentina me mira con preocupación.

—Anoche... anoche después de la fiesta fui a casa de Fer y nos acostamos —anuncio avergonzada.

—¿¿¿¿¿Qué???! —grita Desi.

—¿Te has acostado con tu ginecólogo? —Valentina no da crédito.

—Fue un error, lo sé, pero en ese momento fue lo que me pidió el cuerpo y... simplemente me dejé llevar.

—¿Estuvo bien al menos? —Curioseas Valentina mientras coge el primer churro y lo moja en el chocolate.

—Demasiado bien —digo apenada.

—¿Entonces por qué esa cara? —pregunta Desi.

—Porque... me gustó, pero por primera vez en mi vida me sentí inferior, no sé como explicárselo.

—Lo mismo me contaba él que le decía su ex. No le mencionarías nada al respecto, ¿no?

—No, no. Claro que no, simplemente cuando se puso a hablarme de esas actrices porno y de sus historias sexuales me fui, luego cuando llegué a casa recibí un mensaje suyo en el que me preguntaba si me pasaba algo, me dijo que me había ido muy sería. Le respondí que no y le di las buenas noches.

—¿Pero le contaste lo de Sergio? —Curioseas Valentina.

—No.

—Prueba los churros anda, que se van a enfriar —me ordena Desi.

Las tres mojamos los churros en el chocolate. Nuestros exagerados gestos lo dicen todo. ¡Deliciosos!

El resto de la mañana lo pasamos de tiendas y eso me mantiene la cabeza distraída, aunque no voy a mentir, a pesar de estar sufriendo por la ruptura con Sergio, no consigo dejar de pensar en Fer y en lo ocurrido. Es como si se me hubiese quedado clavado como una espina. ¿Por qué cuando alguien se te mete en la cabeza no puedes sacártelo y todo se reduce a él? Aunque a veces pienso que Fer es solo una distracción a la que el mecanismo de defensa de mi cerebro se ha aferrado para no pensar en el doloroso engaño de Sergio.

Cuando llegamos a casa por la tarde me encuentro a Sergio sentado en las escaleras, frente a la puerta de mi casa. Las chicas me miran y con un gesto les indico que estaré bien. Entre en el piso y me quedo a solas con Sergio.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte. Acabo de romper con Valeria. La he dejado.

—¿Cómo tienes el descaro de venir hasta aquí para decirme esto? —digo indignada.

—Paola, no me dejes por favor, sin ti me volveré loco —suplica con los ojos encharcados.

—Tuviste tu oportunidad y la perdiste. No me llames ni vengas a buscarme más —digo abriendo la puerta de mi casa para entrar.

—Paola, por favor. Yo te amo.

—Yo también te quiero, pero necesito tiempo para olvidar, quizá en el futuro pueda perdonarte, pero ahora mismo no. Adiós, Sergio.

Entro en mi casa y cierro la puerta tras de mí. Me voy directa a mi habitación y rompo a llorar.

Tumbada en la cama comienzo a borrar todas las fotos que tengo en mi móvil con él, de pronto aparecen unas fotos de la noche de la fiesta en las que aparezco con Fer, no recordaba haberme hecho ninguna foto con él esa noche.

---

Los días pasan y cansada de ver las llamadas de Sergio un día tras otro, decido cogerle el teléfono.

—¿Qué quieres, Sergio?

—Mi amor, tenemos que hablar.

—Yo no soy tu amor y no tenemos nada de que hablar. Pensé que te había quedado claro.

—Por favor, necesito que me escuches.

—No me importa nada de lo que me tengas que decir, para mí ya solo eres pasado, me engañaste, me utilizaste como la otra y me perdiste. ¡No vuelvas a llamarme nunca más! ¡Olvida que existo! —grito furiosa y cuelgo el teléfono.

Del amor al odio hay solo un paso o, como en mi caso, un polvo, porque después de acostarme con Fer no puedo dejar de pensar en él y en que durante un año no he disfrutado de mi vida sexual. Sin embargo no puedo decir que no esté enamorada de Sergio y que todo esto me duela, pero siento que lo odio, lo odio con todas mis fuerzas, no me puedo creer que me haya engañado así.

## 13

Dos días después, estoy sola en casa limpiando cuando alguien llama al timbre.

Salgo del dormitorio solo con una camiseta vieja de estar por casa, unos pantalones anchos y el pelo alborotado. Camino hasta el salón mientras me recojo el cabello en un moño. Abro la puerta y me encuentro con Sergio al otro lado vestido con vaqueros, polo rojo y semblante triste.

Su presencia le da un vuelco a mi corazón. Mi primera reacción es cerrarle la puerta en las narices, pero él me frena.

Me quedo paralizada observándole, sin decir ni una palabra. Me gustaría gritarle, odiarle e incluso pegarle un empujón, pero su sufrimiento me llega al corazón y eso hace que me apiade de él.

—¿Qué haces aquí? —consigo decir al fin con la voz temblorosa.

—Necesitaba verte. —Me clava sus ojos, apesadumbrado, y me doy cuenta de sus ojeras.

—¿Para qué?

—Para decirte que te he querido más que a mi vida, que he sido un cobarde por no dejar antes a Valeria, tenía miedo a perder mi trabajo y he acabado perdiéndote a ti que eres más importante —una lágrima asoma por sus ojos.

—Lástima que te has dado cuenta de eso demasiado tarde —digo intentando parecer frívola.

—Nunca me perdonarás, ¿verdad?

—Creo que no —afirmo y algo me desgarran por dentro.

—Solo dime una cosa, ¿aún me amas?

Durante unos segundos se me corta la respiración, trago saliva y contengo mis lágrimas.

—Cuando te conocí pasé uno de los mejores veranos de toda mi vida, me enamore de ti, de tu forma de ser, pensé que por fin había encontrado al amor de mi vida y a tu lado me convencí de que no todos los hombres son iguales, pero ya veo cuán equivocada estaba.

—Nunca me cansaré de pedirte perdón, si tan solo pudieras ver lo arrepentido que estoy.

—Tu arrepentimiento no va a recomponerme el corazón, me lo has destrozado. —Un par de lágrimas afloran y me veo obligada a cerrar los ojos para no romper en un llanto inconsolable—. Vete, por favor.

—Paola, no sabes lo que me duele verte así. Sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de evitarte este sufrimiento.

—Ya no hay nada que puedas hacer, yo ya tampoco te pertenezco.

Parece que capta el doble sentido de mi comentario a la primera. Me conoce mejor que nadie y sabe leer a través de mí. No sé cómo he podido decir eso.

—¿Has estado con otro? ¿Se trata de Fer?

Durante unos segundos pienso en qué responder, pero llegados a este punto la verdad es la única de las opciones.

—Sí —respondo sincera.

Sergio pierde el control y le da un puñetazo a la puerta.

—A él le sobra la pasión que a mí me falta, ¿no?

—No es eso...

—Te ha faltado el tiempo para irte con otro, lo estabas deseando.

—¿Cómo tienes el descaro de decirme eso después de lo que me has hecho? —grito.

—Lo siento, es que resulta muy duro escucharte decir esto. —Sus ojos comienzan a brillar y se tapa la cara.

—Lo siento, Sergio, pero tenía que ser sincera, no quiero mentirte como tú has hecho, a veces la verdad es dura, pero una verdad a tiempo, puede evitar daños mayores.

Verlo así me destroza el corazón y no puedo evitar abrazarle. Él me abraza y siento sus sollozos. Se aferra a mí y yo no puedo evitar romper a llorar. Me cuesta aceptar que nuestra historia de amor ha terminado, es difícil construir una relación hoy en día, pero más difícil es aún aceptar que todo se construyó con base en una mentira. Lloramos abrazados, ninguno de los dos se atreve a separarse del otro.

En ese instante llega Desi. Se aclara la garganta y nos mira perpleja.

—¿Puedo pasar? —pregunta nerviosa.

Sergio se aparta de la puerta y yo la miro con los ojos anegados.

—Estaré dentro si me necesitas —dice posando su mano en mi hombro y lanzándome una mirada cómplice.

Cuando mi amiga se mete en casa, Sergio me mira con las mejillas llenas de lágrimas.

—Te quiero —dice con la voz rota antes de irse.

Quiero decirle que yo también, pero no puedo, las palabras no me salen. Él se va y yo cierro la puerta aterrada, sabiendo que dejo atrás a alguien que a pesar de sus errores me ama de verdad, porque eso se siente.

Desi aparece y me ve llorando detrás de la puerta. Sin decir nada me abraza.

---

El resto de las navidades me las pasé volando. Me posicionaron en Miami casi veinte días y estuve haciendo vuelos entre Chile, Bogotá y Miami. Lo agradecí, porque la distancia física también pone distancia a los sentimientos. Aunque antes de este posicionamiento volví a quedar con Fer en dos ocasiones, fueron encuentros fugaces y poco convencionales, pero muy muy ardientes. Era vernos y saltar las chispas. Siento que cada vez que lo veo acabo rendida a sus pies, nunca mejor dicho. Pero a pesar de que me domina e incluso siento que me usa durante nuestros juegos sexuales, me gusta y eso es algo que no puedo negar. Me inquieta pensar en la posibilidad de no volver a sentir su cuerpo junto al mío, porque cuando estoy con él, el mundo se reduce a su cama, y nosotros dos somos los únicos habitantes. No sé qué tiene que me siento rendida ante el calor de sus labios y la maestría con la que me hace el amor. Sé que lo nuestro es solo sexo.

Las navidades eran unas fechas muy especiales para mí, esa época del año solía pasarla con mi familia en Sevilla, pero con este trabajo cada vez era más complicado, este era el segundo año que no podíamos pasarlas juntos. Hablé con mi hermana y me contó que mi madre estaba algo rara últimamente y que le gustaría que fuese a visitarla tan pronto como pudiera, algo que me preocupó en exceso, porque Belén nunca fue dramática. Insistí para que mi hermana me contase algo más, pero por teléfono no quiso. Mi padre tampoco se pronunció al respecto y lo que más me inquietó fue que la noche de fin de año no quisieron ponerme a mi madre al teléfono.

En uno de los últimos vuelos a Miami me toca volar con el comandante *lobo*, bueno ese es su chequeo, en realidad se llama Víctor, tiene fama de mujeriego, aunque ahora hay rumores de que está con una de las azafatas nuevas, seguro otra tonta inocente que se deja deslumbrar por el uniforme de comandante. El vuelo se me hace corto y ameno, porque los cotilleos en los *galleys* son de lo más interesante, una se entera de todos los chismes. Una de las chicas que va en la tripulación nos cuenta que se acostó con él hace unos

años, dice que la tiene grande y que folla de maravilla, pero que solo busca eso, sexo, que nunca se casaría con una azafata. Al parecer, la joven con la que está liado ahora se llama Ana y apenas lleva un mes en la compañía, pobrecilla no sabe la que le espera.

Realmente no había una sola compañera que no hubiera reparado en el atractivo de este hombre, es uno de esos tipos con un magnetismo especial que hace que todo el mundo esté a sus pies.

Los matrimonios entre pilotos y azafatas son tan frecuentes como el café por la mañana. Suceden de la forma más inverosímil posible, ni siquiera en las películas las historias son tan surrealistas. Supongo que hay que ser nueva e inocente para poder enamorarse de alguien de este mundillo, yo sabiendo todo lo que sé jamás confiaría en un piloto, ni en nadie relacionado con el mundo de la aviación.

Nos encontramos en el *galley* trasero compartiendo chismes cuando de pronto se escuchan gritos en la cabina. Rápido salimos al pasillo y vemos a un hombre intentando abrir la puerta 3R.

—¡Apártese de la puerta ahora mismo! —grito desde el pasillo.

—¡Suelte eso! —grita mi compañera que corre por el otro pasillo.

Un señor se acerca y le estampa un puñetazo en la nariz al hombre que trataba de abrir la puerta, este cae al suelo sangrando.

—¿Pero qué hace? ¿Está loco? —le digo al señor agresivo que acaba de golpear al pasajero.

—Estaba tratando de abrir la puerta íbamos a morir todo —se justifica.

—La puerta no se puede abrir en vuelo por mucho que lo intente, la diferencia de presión lo impide —le aclaro.

—Es usted un salvaje —grita una pasajera.

—Paola, ve a por el botiquín —indica mi compañera.

—Pero sin un médico no podemos abrirlo.

—Pues tráete el FAK y avisa a la sobrecargo.

Estoy tan acostumbrada a utilizar el EMK que se me olvida que tenemos otro botiquín a bordo para primeros auxilios.

Aviso a la sobrecargo rápidamente por el interfono y regreso con el botiquín. Mi compañera se encarga de prestar primeros auxilios. Al llegar a Miami los dos hombres son entregados a las autoridades por alterar el orden en el avión y poner en peligro la seguridad.

En Miami estamos cuarenta y ocho horas en las que podemos descansar y disfrutar un poco de la ciudad.



Al día siguiente, estoy sentada en *hall* del hotel cuando un señor de aspecto desaliñado se acerca a mí. No me gusta su presencia, me incomoda.

Aprieto los puños nerviosa, ¿por qué me mira así? ¿Qué quiere de mí? Cada vez está más cerca. Se sienta en el sillón que hay justo al lado.

Estoy a punto de levantarme e irme cuando abre la boca.

—Voy al grano, lo que pasa es que quiero saber si usted me puede ayudar a llevar unos dólares para entregar en Bogotá, tengo a mi hija enferma allí y su madre necesita el dinero.

Se saca la cartera del bolsillo y me muestra una foto vieja de una niña preciosa.

Al principio no entiendo nada, pero luego recuerdo una historia que me contó una compañera y que en su día me resultó un tanto exagerada e inverosímil, pero que ahora cobraba sentido. Me dijo que en Miami, la mafia cada día involucraba a más tripulantes a través de personas entrenada para este cometido. Sin duda, este señor que tenía delante tenía toda la pinta de ser uno de ellos y de saber muy bien lo que hace. A ellos les llenan los bolsillos de dólares para que los entreguen a los tripulantes en los hoteles en los que estos se hospedan. Recuerdo que esta compañera me contó que pagaban unos cien dólares por cada mil que entregaban y eso era justo lo que este señor quería que yo hiciese.

—Sacar cinco mil dólares en efectivo no es delito y usted podrá ayudarme a mí y a mi familia.

No me estoy creyendo ni una palabra de lo que me está contando, su falsa historia no me conmueve lo más mínimo. Pero quiero saber cómo funciona y qué habría que hacer. No me extraña que haya compañeros que acepten trasegar con dólares.

—¿Cómo realizaría la entrega? —digo al fin.

—En el aeropuerto de destino una persona se acercará y te preguntará algo, tú le entregas el sobre con el dinero y listo.

—Suenas demasiado fácil.

—Lo es.

—Tengo que pensarlo —digo para ganar tiempo y quitármelo de encima cuanto antes.

Sin más me levanto y sin despedirme me alejo del señor. Al montarme en el ascensor selecciono una planta diferente a la mía, pues en el visor de la puerta se puede ver en qué piso para y cuanto menos información de mí sepa ese hombre mejor.

Por la tarde salgo a dar un paseo y en la plaza que hay frente al hotel me encuentro a Carmen, una compañera, hablando con el mismo señor que me ha sorprendido en el *hall* este mediodía. Me quedo paralizada cuando veo que él le entrega un sobre y ella de inmediato lo guarda en el bolso.

Carmen se va directa al hotel y yo la sigo. La alcanzo justo en la entrada.

—¡Carmen!

—Paola. ¡Qué susto!

—¿Qué estás haciendo? —susurro.

—Voy a la habitación a descansar.

—Te he visto —afirmo.

Ella se pone nerviosa. Me agarra del brazo y me lleva hasta el *hall*. Nos sentamos en un sofá apartado.

—Prométeme que no vas a decir nada.

—No voy a decir nada, pero ¿cómo has podido creerte una palabra de ese hombre?

—Claro que no me creo nada y él sabe que no me lo creo, pero yo necesito este dinero y total, si no lo hago así ellos te meten el dinero en la maleta o en la bolsa de vuelto y tú no te das ni cuenta. Las mafias utilizan su dinero y sus contactos para cumplir con su cometido a toda costa. Así que prefiero hacerlo llevándome la comisión.

—Pero si te descubren perderás el trabajo.

—Eso no va a pasar, además esta cantidad es legal.

—Ya no hay nada legal, cualquier dinero procedente de esa gente supondrá un delito y podrías perder tu trabajo.

—Llevo haciéndolo mucho tiempo y nunca ha pasado nada, no tiene por qué pasar ahora, además si ahora les digo que no tengo todas las de perder. Los Gobiernos no están tomando demasiadas medidas, tal vez porque se benefician, así que yo también miro por mis propios intereses. Tú solo prométeme que no le dirás nada a nadie.

—Quédate tranquila, no diré nada, pero por Dios, ten cuidado.

Carmen se va apresurada a su habitación y yo me quedo sin palabras. Hay una fina línea que separa el bien del mal y parece que algunos ya la habían cruzado. Pretender enriquecerse con el dinero de los carteles de una forma fácil puede resultar tentador, sin embargo creo que es como una enfermedad de la que pocos se libran, sobre todo si alguno es débil o tiene deudas, algo que casi todos hoy en día tenemos.

Me quedo muy preocupada por Carmen, pero ella sabe lo que hace.

No es la primera vez que escucho que el narcotráfico usa a los tripulantes de vuelos comerciales como correos para hacer sus remesas de dólares entre Estados Unidos y Colombia, y así sacar del país grandes sumas en pequeñas cantidades, pero, en cambio, sí era la primera vez que tenía un contacto real con algo que hasta ese momento considera solo historias ajenas.

En más de una pernocta en Miami y en Nueva York me di cuenta de que algo raro pasaba en el *hall* de los hoteles. Había visto a tripulantes de otras compañías, incluso a comandantes, sentados con personas con el mismo aspecto que el de aquel hombre que se me había acercado y que le había entregado aquel sobre a Carmen, pero no quise verlo.

---

Al día siguiente, en el aeropuerto no consigo quitarle ojo de encima a Carmen, aunque ella se muestra de lo más tranquila, nadie diría que lleva un sobre con \$5000 de la mafia en su bolso. Al llegar a Bogotá, pide permiso al comandante para ir un segundo al baño, como por norma no se puede ir al baño ella pone de excusa que le ha bajado la regla y que es de suma urgencia, el comandante y el resto de la tripulación la esperamos. No tarda nada, apenas tres minutos, estoy seguro de que en ese cuarto de baño la esperaba la persona encargada de recoger el dinero.

Por un momento pienso en lo fácil que resulta todo. Me pongo a echar números y si ha hecho esto en los cinco vuelos que llevamos, lleva acumulado un total de \$500 eso sí que es un buen sobresueldo. Comienzo a tener mis dudas, ¿si todo es tan sencillo por qué no hacerlo yo también?

Esa noche no salgo a cenar fuera con el resto de la tripulación, prefiero quedarme en el hotel y descansar, mañana quiero levantarme temprano para llamar a las chicas y a mi casa. La verdad que cuando una lleva tantos años volando y conociendo ciudades, lo único que el cuerpo te pide al llegar al hotel es descansar.

Por la mañana me despierto a las ocho, cuando suena el despertador, en España son las tres, así que lo primero que hago antes de bajar a desayunar es llamar a mi padre.

Marcó su número en mi teléfono y espero.

—Cariño —responde él al otro lado de la línea—. Ya pensaba que te habías olvidado de nosotros, no llamas desde fin de año.

—No he parado, papá. Y con el cambio de hora es complicado cuadrar. ¿Qué tal está mamá?

—Bueno..., bien, tú ahora no te preocupes por eso.

—¿Cómo no me voy a preocupar si cuando hablé con ella la última vez la noté muy extraña y en fin de año ni siquiera me dejasteis hablar con ella? Pásamela ahora.

—Tu hermana dice que es mejor esperar a que vengas, ya podrás hablar con ella en persona.

Comenzaba a preocuparme seriamente por lo que estaba pasando y nadie me contaba.

—¿Está mi hermana?

—No, hoy no ha venido a comer. ¿Tú cómo estás?

—Bien, ahora acabo de despertar y voy a bajar a desayunar.

—Yo acabo de comer.

—¿Tú? ¿Y mamá? —pregunto extrañada al no escuchar nosotros.

—También, también. ¿Cuándo vuelves?

—Ya solo me queda un ida y vuelta. No te preocupes, que tan pronto llegue a España iré a veros.

—Vale, hija. Ten cuidado. Un beso.

—Un beso, papá.

La llamada me deja muy preocupada, sé que algo pasa y nadie quiere contármelo. Solo espero que no sea nada grave.

Bajo al bufet y aprovecho para hacer una videollamada con las chicas mientras desayuno.

—Anda cómo te vas a poner —suelta Desi.

—Cómo te cuidas, eh —añade Valentina.

No puedo evitar sonreír.

—¿Vosotras dónde estáis?

—Hemos venido a comer a un restaurante que han abierto nuevo en Chueca —responde Valentina.

—Ya te traeremos —asegura Desi.

—A ver si es verdad.

Termino de hablar con las chicas y después de desayunar me voy un rato al gym. No es algo que me motive demasiado, pero tampoco tengo nada mejor que hacer aquí metida.

Mientras entreno pienso en la posibilidad de aceptar sacar el dinero de Miami y entregarlo en Bogotá en mi próximo vuelo. Al fin y a cabo parece sencillo y con poco o ningún riesgo.

Llego a Miami con un *jet lag* de muerte y decidida a aceptar sacar dinero del país a cambio de los cien dólares. He quedado en acompañar a Carmen a ver a ese hombre esta tarde.

Estas cosas no pasarían si trabajásemos para una de esas aerolíneas en las que tratan a los tripulantes como lo que son y nos pagasen un sueldo acorde con el trabajo que realizamos. Son muchas las compañeras que conozco que viven en Dubái y viajan por todo el mundo, les dan alojamiento gratis allí en un edificio con piscina y gimnasio. Además les van a buscar y les traen de vuelta a la puerta del edificio en un transporte privado. Por no hablar de los hoteles de cinco estrella en los que se alojan y en los que en la recepción les entregan un sobre con dinero en concepto de dietas para gastar, todo eso a parte del sueldazo que ganan, que de paso sea dicho, está exento de impuestos.

A las dos de la tarde recibo una llamada que lo cambia todo.

—¿Paola Gutiérrez?

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Soy Mario Vilas, director adjunto del departamento de recursos humanos, le llamaba para concertar una cita con usted. Estamos muy interesados en su candidatura como instructora de los nuevos cursos implantados en la compañía.

Tengo ganas de gritar, pero me controlo durante unos segundos.

—Ahora mismo estoy en Miami, aún tenemos que hacer otro vuelo a Bogotá y ya de allí regresamos a España, podríamos reunirnos la semana que viene.

—Perfecto, pues ya te llama mi secretaria para concretar la cita la próxima semana. Que tengas buenos vuelos.

—Muchísimas gracias.

Cuelgo y, ahora sí, salto y grito de alegría. No me puedo creer que me vayan a ofrecer el puesto a mí. Seguro que Cristina tiene mucho que ver.

Me muero por contárselo a las chicas.

Suena un mensaje en mi móvil. Es Carmen.

*Voy bajando, te espero en hall.*

Me pongo nerviosa al pensar en lo que estoy a punto de hacer. No puedo arriesgarme a mancharme las manos ahora. Después de seis años trabajando para esta compañía no puedo jugármela y menos ahora que se están planteando ofrecerme ser instructora. Cien dólares no van a cambiar mi vida, este trabajo sí.

*Lo siento Carmen, no puedo.*

*Lo he pensado mejor y soy incapaz.*

Ni siquiera me responde, aunque sí lo lee.

---

En nuestro último vuelo de regreso a Madrid, sin pasaje, todos estamos cansados, nuestros cuerpos comienzan a sufrir las consecuencias de este trabajo. Uno no sabe qué es ser tripulante de cabina hasta que vive veinte días fuera de su casa sobrevolando el mundo expuesto a enfermedades, trastorno del sueño y a la radiación solar. Sin embargo nuestra profesión no está considerada como una profesión de riesgo, a pesar de que según la OMS (organización mundial de la salud) la exposición a la radiación con menor riesgo se encuentra entre 2 y 3 mSv (mSv, Mili sieverts; sievert es la unidad que se utiliza para mediar la radiación). Sin embargo, se ha comprobado que las tripulaciones de vuelo pueden llegar a estar expuestas a una radiación de 5 mSv, siendo los más afectados aquellos que realizamos vuelos transoceánicos de largo radio, donde se superan los 37 000 mil pies.

Pese al cansancio, el vuelo sale bien, quitando el pequeño incidente que he sufrido con el café. Nada serio, pero algunos comandantes son así de gilipollas, se siguen pensando que esto es el ejército y nosotras sus chachas, por suerte cada vez son menos los que se creen reyes del aire.

Va, os lo cuento. Resulta que el comandante Cernuda me pidió un café cortado y yo con el cansancio me confundí y le preparé un café con leche.

Introduje el código de acceso a *cockpit* y cuando la puerta se desbloqueó empujé y entré en la cabina de mando.

—Aquí tiene el café con leche, comandante.

—Te he pedido un cortado, Paola.

—Ay, lo siento. Ahora mismo te lo preparo.

Salí de cabina dispuesta a prepararle el café, pero una compañera me pidió ayuda con algo y se me pasó. Al cabo de un rato recibimos una llamada del

comandante preguntando por su café. De inmediato se lo preparé y se lo llevé. Cuando entré en la cabina de mando, por procedimiento tenemos que darle el vaso por el lateral izquierdo, es decir, junto a la ventanilla, evitando así pasar bebidas por el panel central de controles. Pues con los nervios le he pasado el café por el centro.

—No das una y eso que no llevamos pasaje a bordo, no me quiero imaginar como debes ser trabajando con pasaje.

Su comentario ofensivo y fuera de lugar me enfureció tanto que salí de allí sin decir nada y no volví a entrar en todo el vuelo, tampoco le hablé ni me despedí de él al llegar a Madrid.

---

Llego a casa agotada. Me encuentro con las chicas tomando algo en la terraza del piso con unas amigas a quienes no he visto en mi vida.

Cuando regresas a España después de más de veinte días fuera pareces una turista en tu propia casa. Es increíble lo rápido que cambia todo.

Saludo a las chicas desde el salón y me voy directa a mi habitación. Al momento suena la puerta.

—¿Se puede? —pregunta Desi.

—Sí, claro. Adelante.

—¿Estás bien? —Ahora es Valentina quien pregunta.

—Sí, sí.

—Ah, como no has venido a saludarnos... —Desi parece extrañada.

—Os he visto ahí entretenidas y no he querido molestar.

—¿Cómo vas a molestar? ¿Estás tonta?

—Ven aquí anda, te hemos echado mucho de menos —Valentina se acerca y me abraza.

Las tres nos abrazamos. Las he echado mucho de menos.

—Si te quieres unir ya sabes, si no, te dejamos descansar que vendrás muerta.

—Prefiero descansar —confieso agotada.

—Mañana hemos reservado en un restaurante nuevo para comer, te va a encantar.

—Así nos ponemos al día —añade Desi.

—Genial.

Después de una larga ducha caigo agotada en la cama. No puedo evitar escribirle un mensaje a Fer. No hablo con él desde que me felicitó las navidades. No es nada nuevo, antes de Sergio, todos los chicos que conocía me dejaban de hablar cuando estaba fuera volando durante largos periodos de

tiempo, como si dejara de existir para ellos, es algo que acabé aceptando, aunque nunca he sabido la razón.

*Ya estoy de regreso en Madrid, ¿tú qué tal?*

*Vaya, qué buena noticia. Yo muy bien y ¿qué tal han ido esos vuelos?*

*Cansados, la verdad,*

*pero bueno ya por fin unos días en casa.*

*Pobre...*

*Bueno ahora tienes tiempo para descansar.*

*Sí.*

*Avísame en estos días si estás libre y nos vemos.*

*Vale, mañana por la noche no tengo nada que hacer.*

*¿Quieres que cenemos juntos?*

*Genial.*

*Pues mañana concretamos la hora.*

*Ok.*

*Descansa, un beso.*

Está claro que Fer no es el tipo de hombres que pierde el tiempo.

---

Al día siguiente quedo con las chicas y nos ponemos al día de las últimas novedades, les cuento que me han llamado de la compañía y que están interesados en ofrecermelo en puesto de instructora.

Durante el almuerzo no puedo pensar en otra cosa que no sea la cena con Fer. Más de tres semanas han pasado desde la última vez que nos acostamos. Podría decir que ya casi ni me acuerdo, pero mentiría, me acuerdo perfectamente y cuanto más lo pienso más me excito.

Ayer por la noche podría haberlo invitado a mi casa, pero yo soy muy ruidosa y no me apetecía cortarme para que no me oigan mis amigas, en cambio, que me oigan sus vecinos me importa poco, la verdad. Pero claro, quién tenía cuerpo anoche para ir hasta su casa, aún sabiendo que iba a echar el mejor polvo de mi vida.



—¿Paola, me estás escuchando? —pregunta Desi molesta.

—Sí, claro.

—Pues eso dime —insiste.

—Eh..., bueno..., quizá no te estaba escuchando —confieso.

—¿Pero dónde coño tienes la cabeza?

—En Fer.

—¿Qué? —gritan las dos al unísono.

—Sí, he quedado esta noche con él.

—Anda qué calladito te lo tenías —suelta Valentina.

—¿Cuándo pensabas contárnoslo?

—No pensaba hacerlo —digo descarada.

—Hala —dice Desi al tiempo que mueve su mano en un gesto exagerado y dramático como ella misma.

—¿Por qué? —Valentina se muestra seria.

—Porque esto no va a ninguna parte. Es solo sexo.

—Me alegro de que lo tengas tan claro, conozco a Fer y no es de compromisos —asegura Desi.

—Sí, se ve... ¿Bueno qué me estabas diciendo?

—¿Que si habías visto la última foto que ha subido Carmen Moreno?

—¿Quién?

—La escritora que te pidió una colaboración por Instagram —aclara Valentina.

—Ah, sí, ya sé quien es, ¿qué le pasa?

—Pues que ha subido un *post* hablando de las *influencers*.

—¿En serio?, ¿y qué dice?

—Nada bueno.

—Estará indignada porque no acepté colaborar con ella —le doy un sorbo a mi copa de vino.

—Deberías haber aceptado la colaboración, sus libros son muy buenos, además el último que ha sacado ha quedado finalista en el premio literario de Amazon, le podrías haber dicho que te los enviara dedicados para mí —dice Valentina.

—Pues ya es un poco tarde, además estoy hasta el coño de las colaboraciones, cualquier día me cierro Instagram.

—Nooo, tú nos regalas las cosas; ya nosotras nos encargamos de las fotos.

—Las marcas quieren ver mi cara en las fotos, no las vuestras —digo altiva.

—¡Ella! ¡Diva! —se burla Desi con un movimiento de hombros.

Las tres reímos.

Después de la comida con las chicas voy a casa y me arreglo para estar guapa para Fer, quiero que esta noche me vea radiante.

Dudo entre ponerme un top oriental con unos vaqueros o un *crop blazer* negro con unos *shorts* del mismo color, por una parte el top le da un toque exótico y elegante a mi estilismo, pero yo esta noche no quiero parecer elegante, quiero lucir explosiva; quiero que cuando Fer me vea tenga que contenerse con todas sus fuerzas para no saltar sobre mí hasta concluir la cena. Así que opto por el *crop blazer* con escote en v muy pronunciado y los *shorts* de talle alto. Me pongo un cinturón de piel negro con hebilla grande dorada. Complemento el *look* con unas sandalias de tacón fino con pulsera al tobillo.

Me maquillo los ojos con sombras en tonos tierra: un beis clarito por debajo del arco de la ceja, otro un pelín más oscuro por el párpado móvil y un marrón intensó y con brillo por el centro y el extremo para intensificar la mirada. Con una sombra blanca y plateada creo un punto de luz iluminando el lagrimal. También peino y relleno las cejas con el gel-crema Ka-BROW para conseguir una mirada deslumbrante.

Me aplico el delineador y un poco de sombra marrón marcando la línea de las pestañas inferiores para que mis ojos parezcan más grandes. Para un volumen increíble en las pestañas, me aplico el rímel BADgal BANG de la marca Benefit, lo adoro.

Me pinto los labios con mi barra de Nars en un tono rojo manzana de caramelo sin que el *look* resulte excesivo.

Por último me aplico la base e ilumino los puntos de volumen como el arco de la ceja, la parte superior de los pómulos, la punta de la nariz y el labio superior con un poco de iluminador.

Me veo espectacular, para qué mentir. No es que me vea fea sin maquillaje ni mucho menos, es solo que cuando una se lo propone sabe potenciar su belleza y por mucho que algunas quieran negarlo, el maquillaje es un arte y un arma que tenemos las mujeres y que debemos aprovechar. Y yo pienso hacerlo esta noche, quiero que Fer me vea espectacular y que se le quede mi imagen grabada en la mente.

Antes de salir cojo un bolso clutch de piel en color negro y meto el móvil, las tarjetas y las llaves.

El camino hasta su casa lo hago en Uber, hace tiempo que dejé de utilizar el taxi, nunca me han gustado, menos aún después de aquella sonora manifestación en la que se tomaron la justicia por su mano e incluso atacaban

a los conductores de Uber, con esto solo lograron que personas como yo, que de vez en cuando utilizaban su servicio, dejáramos de hacerlo para siempre.

Llego al edificio y subo por el ascensor hasta su planta. Antes de llamar a la puerta saco un pequeño espejito que siempre llevo en el bolso y compruebo que la barra labial esté perfecta.

Llamo al timbre y en cuestión de segundos me abre la puerta. Madre mía, está guapísimo. Parece un Dios del sexo. Lleva un pantalón vaquero oscuro y una camisa blanca impecable.

La barba es, sin duda, el maquillaje de los hombres. Nada como una barba bien recortada y perfilada.

Lleva los dos primeros botones de la camisa sin abrochar, no sé si para parecer más informal o porque sus pronunciados pectorales no le permiten abrocharlos. La cuestión es que está irresistible y esos tatuajes grabados en su bronceada piel me están volviendo loca.

—¿Te vas a quedar ahí? —dice esbozando una perfecta sonrisa.

—Veo que te pillo de improviso —bromeo.

Me agarra por la cintura y me da un beso en los labios con dulzura y pasión a partes iguales.

Huele a hombre, a madera de sándalo, a brisa cálida y sensual; huele a él.

Veinte minutos más tarde estoy sentada en la mesa y terminando de comer el exquisito solomillo al vino con patatas al horno que ha cocinado exclusivamente para mí.

—No sabía que cocinaras tan bien.

—Hay muchas cosas de mí que aún no sabes —asegura.

—Puedo descubrirlas si me dejas...

Mierda, mierda, mierda. No debería haber dicho eso, suena demasiado directo, va a pensar que quiero algo serio con él y va a salir corriendo. Él no es de compromisos, ya me lo ha dicho Desi que lo conoce bien.

—Nadie te está poniendo límites —alza su copa de vino para brindar.

—Por descubrirnos sin límites. —Acerco mi copa a la suya y él guiñó un ojo.

—¿Te he dicho que estás guapísima esta noche? —pregunta con voz sensual.

—No, no me lo habías dicho. Gracias.

—Debería castigarte por hacerme sufrir así durante toda la cena.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—No te hagas la inocente, te has vestido así solo para provocarme.

—¿Yo? —Me hago la indignada.

—Sí, tú.

—¿Y en qué tipo de castigo estás pensando?

—Debería llevarte al límite y cuando estés a punto de correrte, dejarte con las ganas.

Su voz ronca y sensual me atraviesa.

—¡Qué malo! Aunque si es lo que quieres adelante, pero déjame decirte que tu castigo no va a surtir efecto conmigo, soy de las que terminan lo que han empezado, así que si no lo haces tú, lo haré yo misma. —Me muerdo el labio.

—Umm y ¿me dejarás mirar?

—No.

Ambos reímos.

—¿Qué haces mañana? —pregunta como si fuese a proponerme algún plan.

—Me voy a Sevilla.

—¿Y eso?

—A visitar a la familia, estoy preocupada por mi madre.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé, pero sé que algo pasa, he notado a mi hermana y a mi padre muy raros últimamente.

—Espero que no sea nada serio.

—¿Tu familia vive aquí en Madrid? —Curioso.

—No, mis padres se divorciaron cuando yo tenía diecisiete años. Con mi padre no tengo trato, dejó a mi madre por otra mujer y no lo veo desde que se marchó. Mi madre hace unos años conoció a otro hombre y rehízo su vida. Ahora vive en Barcelona con él y hablamos de vez en cuando.

Puedo ver la tristeza en su mirada.

—¿No tienes hermanos?

—No, soy hijo único.

—¿Y sueles ver a menudo a tu madre?

—A veces voy a verla, pero la verdad es que no soy muy familiar.

Se levanta y recoge los platos vacíos, puedo ver en su rostro que no se siente cómodo hablando de su familia.

—Gracias por la cena estaba todo buenísimo. —Me levanto para ayudarle a recoger la mesa.

—De nada, gracias a ti por aceptar la invitación. No tengo la suerte de tener una invitada como tú todos los días.

Me gusta su respuesta.

—Y... ¿Qué hay de postre? —pregunto pícara.

—Algo dulce.

—Como yo.

—Tú eres de todo menos dulce.

Suelto una risotada, porque sé que tiene razón.

—Siempre me haces sonreír.

—Y mojar las bragas, no te olvides.

—Creído arrogante.

En ese momento él pone esa bachata que tanto me gusta y que me recuerda a él y viene hacia mí. Me ofrece su mano y yo la tomo. Bailamos y

al principio me siento un poco intimidada, pero rápido me dejo fluir. Las tres copas de vino que llevo encima ayudan.

—Ya sé que te lo he dicho antes, pero esta noche estás... radiante —susurra en mi oído.

—¿Solo esta noche?

—Siempre, pero esta noche lo estás aún más.

—Y aún no has visto lo mejor...

—Ah, ¿sí? ¡Sorpréndeme!

Me separo unos centímetros de él y sin dejar de mirarle me quito la ropa y la dejo caer en el suelo. Me quedo en ropa interior, llevo un conjunto de Victoria's Secret muy sensual que me compré en mi último viaje a Nueva York. Me dejo los zapatos de tacón puestos y me acerco de nuevo a su cuerpo para continuar con el baile.

En sus ojos puedo ver el fuego.

No tardo ni medio segundo en sentir su erección en mi vientre. Pego más aún mi cuerpo al suyo. Él me gira y pega su pecho a mi espalda. Desliza sus manos por mi cuerpo, se entretiene en mis pechos, luego baja hasta mi ombligo y despacio mete su mano debajo de mi ropa interior. Mi piel se eriza.

Acalorada, dejo caer mi cabeza hacia atrás, él me besa el cuello, mientras sus dedos se abren paso en mi vagina.

Juguetea con delicadeza con mi clítoris hasta que este se hincha. Mi cuerpo se estremece. Siento como sus dedos se empapan de mí.

Quiero más.

Saca sus dedos de mí y me gira hacia sí. Intento reaccionar y desnudarle, pero él es más rápido y cuando me quiero dar cuenta ya se ha quitado la camisa y el pantalón y está en bóxer frente a mí. Su cuerpo me da tanto morbo...

Me arrodillo y comienzo a mordisquear su miembro con suavidad por encima de la ropa interior. Él gime de placer.

Le quito el bóxer y degusto su exquisita esencia. Saboreo su miembro con deleite.

Al cabo de un rato, me lleva hasta el dormitorio y me tumba en la cama. Se deshace de mi ropa interior.

—Voy a por el postre —dice mientras se aleja.

¿El postre? ¿Ahora? No digo nada y permanezco a la espera.

Al momento, aparece con un bote pequeño de apariencia sofisticada.

No pregunto, simplemente me dejo hacer.

Destapa el bote y con el gotero que incluye el frasco comienza a verter la esencia aceitosa por mis pechos. Experimento una sensación de calor placentera, pero apenas tengo tiempo de descubrirla, porque su lengua recorre mis pezones y saborea el aceite. Luego, hace un camino que rodea mi ombligo y llega hasta mi vagina. Sonríe. Percibo un calor arrasador en mi entrepierna que mezclado con su saliva me provocan una excitación extrema.

Él paladea sin cesar la esencia jugueteando con mi clítoris. No aguanto más necesito que me folle.

—Dime lo que quieres —dice con su cabeza aún en mi entrepierna, como si le hablara a mi vagina.

—Quiero que me folles.

Se incorpora y me pone boca abajo. Me da varios cachetes en las nalgas, enrojeciéndomelas. Le gustan bien rojas, y yo me dejo, porque me da cierto morbo.

—Así, enrojecido para mí —dice con voz ronca y sensual.

Me aplica gel lubricante en el ano.

—Relájate, ya sabes que no te dolerá —susurra en mi oído y su voz me tranquiliza.

Lleva su erección hasta mi ano y este se dilata al sentir la fuerza de su miembro. Poco a poco mi cuerpo lo acoge. Jadeo al sentirle dentro de mí. Él se mueve y yo no consigo silenciar mis gemidos.

Mi lado más salvaje sale cuando estoy con él, me dejo hacer todo lo que desee.

Así pasamos horas, disfrutando el uno del otro, dándonos lo que ambos necesitamos hasta llegar al clímax y caer sin fuerzas sobre la cama.

Fer se queda mudo durante un largo periodo de tiempo, con la mirada perdida en el techo de la habitación.

—¿En qué piensas? —Me atrevo a preguntar después de un rato.

—En que debes conocer a mucha gente alrededor del mundo —su confesión me deja confusa.

—Bueno, seguro que tú has conocido a mucha más gente aquí en Madrid —acierto a decir.

—¿Es cierto eso que dicen de los tripulantes?

—¿El qué? Dicen tantas cosas...

—Que tienen un amante en cada puerto.

Suelto una risotada.

—Pues no, no es cierto y menos yo, que te recuerdo que hasta hace poco más de un mes tenía novio.

—Ya, bueno pero eso tampoco...

—¿Tampoco qué? Vamos que soy la única persona fiel en este planeta, ¿no?

—No, a ver..., pero yo que sé, si viajas a un país donde nadie te conoce y te surge algo, nadie se va a enterar.

—Vamos, que tú si fueras tripulante y tuvieras pareja en Madrid le pondrías los cuernos, ¿no?

—No, yo no he dicho eso.

—Sí, si que lo has dicho.

—No, no lo he dicho.

—Bueno, lo has dado a entender.

—Eso puede... —se ríe.

—Pues no me hace gracia, odio a los hombres infieles.

—Si tuviera una novia como tú, créeme que lo último en lo que pensaría sería en serle infiel.

—Sí, ya... A otra con ese cuento —refunfuño molesta.

—Anda, mejor cuéntame alguna anécdota así rara que te haya pasado, debes tener mil historias que contar —dice mientras me da un beso en el cuello.

—Uf, no sé... Me han pasado tantas cosas en estos seis años.

—Alguna cosa extraña de algún país...

—Ah, ya sé. Una vez, hace como tres años o así, operamos un vuelo charter a Dubái, por ese entonces yo estaba conociendo a un piloto que también venía en la tripulación. Bueno pues salimos los dos a un centro comercial cercano al hotel y mientras subíamos por las escaleras mecánicas le di un beso en los labios. Pues no te puedes imaginar la que se lio. Un señor de seguridad vino corriendo hacia nosotros y nos llamó la atención, sacó una tarjeta como si estuviésemos en un partido de futbol para recordarnos que estaba prohibido besarse en público. Quería morirme de la vergüenza, todo el mundo nos miraba como si fuésemos delincuentes y hubiésemos robado algo. Fue horrible.

—¿En serio? No sabía que Dubái fuese tan... así.

—Bueno, eso no es nada. Dubái es la ciudad más segura del mundo, sin embargo es en la que más insegura me he sentido. Es de los pocos países en los que si tienes la mala suerte de que te violen, serías la única persona a la que juzgarían y a la que enviarían directamente a la cárcel, por haber mantenido relaciones sexuales fuera del matrimonio.

—¿Qué me estás contando? —pregunta atónito.



—Como te lo digo, es muy fuerte. Tengo una compañera que trabaja para una aerolínea con sede en Dubái y me cuenta cada cosa...

—¡Qué horror! ¿Entonces Dubái es de los destinos más inseguros en los que has estado?

—No, en realidad es una ciudad muy segura. El más inseguro ha sido, sin duda, Lagos, en Nigeria. No he pasado más miedo en mi vida. El autobús que nos llevaba del aeropuerto al hotel iba escoltado por policías armados. Así que imagínate el índice de peligrosidad. Hace unos cuantos de años a una tripulación la secuestraron y asesinaros en el trayecto del hotel al aeropuerto, desde entonces las autoridades escoltan a todas las tripulaciones de vuelo.

—No sabía que tu trabajo podía ser tan...

—¿Duro?

—Sí, pensé que ser azafata era otra cosa.

—La gente cree que estamos ahí para ser sus sirvientas, subirles la maleta al compartimento superior y servirles bebida y comida. Creen que llevamos una vida maravillosa, de *glamour* y de viajes, pero la realidad es otra.

—Me imagino que debe ser difícil.

—Lo es, sobre todo, cuando estás tanto tiempo fuera y sola, porque si tienes suerte de que la tripulación mole, pues podéis hacer planes juntos, si no pues te toca quedarte en el hotel a ver series, que últimamente es lo que suelo hacer.

—¿En serio? ¿Pero cómo te vas a quedar en el hotel a ver series en vez de salir a disfrutar del destino? —pregunta incrédulo.

—Porque cuando llevas tantos años viajando y tanto cansancio acumulado en el cuerpo llega un momento en el que te da igual si estás en Nueva York, en Miami, en Egipto o en la Cochinchina, solo quieres quedarte en la habitación del hotel a descansar y recuperar las horas de sueño perdidas.

—Pues yo aprovecharía para descubrir sitios nuevos.

—Sí, eso dice todo el mundo y es lo que hacemos todos lo primeros años... Pero con el tiempo una acaba dándose cuenta de que esa rutina y estabilidad de la que tanto rehusaba es ahora todo cuanto desea.

Opto por no decir nada sobre la reunión que tengo pendiente con la empresa con relación al puesto de instructora, porque a veces cuando una cuenta las cosas no salen bien o la opinión de terceros acaba afectándote de una forma u otra.

—¿Eso te gustaría tener? ¿Una vida rutinaria?

—Ahora mismo sí. ¿Pensaste que era una loca aventurera?

—Y lo sigo pensando, el hecho de que quieras un poco de estabilidad no significa que no seas aventurera.

—¿Por qué te interesa tanto mi trabajo?

—Me interesas tú, me gusta saber de ti.

Su respuesta me conmueve. Hacía tiempo que alguien no mostraba tanto interés por mí, ni siquiera Sergio me preguntaba ya por mis viajes.

—¿Hay algún sitio en el que no hayas estado? —dice con ironía.

—Pues sí.

—¿De verdad?

—Sí, además siempre he soñado con ir, una vez salió un chárter, pero no me lo programaron a mí.

—¡Qué misterio! ¿Cuál es ese lugar?

—Australia —confieso.

—¿Para hacerte la famosa foto abrazando a un koala?

—También —sonrío.

—Yo puedo llevarte.

—¿Tú? —pregunto sin dar crédito a su respuesta.

—Sí, ¿por qué no? ¿Acaso no te parezco un buen guía?

Me giro y me pongo sobre él. Mi larga melena cae sobre su rostro. Aparto mis cabellos y le beso en los labios.

—Me encantaría descubrir Australia contigo —susurro cerca de su boca.

Nuestros cuerpos desnudos se pierden de nuevo un deseo irrefrenable por devorarse.

Su miembro se endurece y se adentra en mí sin avisar. Me perco de que lo hace sin protección y aunque trato de ponerme frenos no lo consigo, soy incapaz de interrumpir este momento.

Gimo, no una, sino muchas veces antes de que el orgasmo me alcance de nuevo. En esta ocasión Fer termina conmigo y derrama toda su esencia dentro de mí. Ambos caemos agotados y con la respiración agitada.

Ahora que mi cuerpo ha dejado de liberar endorfinas y puedo pensar con mayor claridad, me arrepiento por haber permitido semejante locura.

Soy una auténtica inconsciente, no me puedo creer que se haya corrido dentro y yo lo haya permitido, no solo porque no tomo la pastilla anticonceptiva, sino porque podría pillar cualquier enfermedad de transmisión sexual.

Quiero preguntarle si está bien, pero eso sería absurdo, tanto si lo está como si no, no me lo va a contar después de lo que acaba de hacer.

Mañana iré a la farmacia y me tomaré la pastilla del día después y esto no se volverá a repetir, no dejaré que volvamos a hacerlo sin preservativo.

Cuando me levanto para regresar a mi casa me veo desnuda en el espejo de su habitación. Tengo cara de estar bien follada y eso me encanta.

—¿Por qué no te quedas a dormir? —dice Fer desde la cama.

—Recuerda que mañana me voy temprano a Sevilla.

Él no dice nada, solo me observa.

Termino de vestirme y él se levanta completamente desnudo y se pone un pantalón de chándal, no puedo evitar observar su miembro, me vuelve loca incluso en estado de reposo. Se acerca a mí y me agarra por la cintura.

—Espero verte pronto entonces —susurra en mis labios.

Me callo, porque no sé qué decir, no quiero que se me note que yo también me muero por volver a verle.

Le doy un beso y me voy.

Camino de regreso a casa por las solitarias calles de Madrid. Noto como nuestros fluidos me resbalan por las piernas y me excito al sentir la humedad. ¿Qué tiene este hombre que me lleva a cometer locuras como está? Yo siempre he sido una mujer firme en determinados aspectos y aunque antes de conocer a Sergio era una mujer bastante activa en el sexo, siempre lo hacía con protección. Además, el hecho de que no pueda tomar pastillas anticonceptivas, porque me sientan fatal y me alteran todas las hormonas, siempre me ha llevado a ser precavida en el sexo.

Llego a casa agotada. Me pego una ducha y me meto en la cama, aunque tardo horas en quedarme dormida, no paro de dar vueltas en la cama. Pienso en Fer, en la posibilidad de ser instructora y promocionar en mi trabajo, en mi madre y en mi viaje a Sevilla mañana.

En el algún momento me quedo dormida, hasta que suena el despertador a las cinco y media de la mañana.

Me visto, me maquillo un poco y salgo de casa como un zombi, estoy agotada.

A las seis y media llego al aeropuerto, aún falta media hora para que salga mi vuelo, así que aprovecho para desayunar algo en una cafetería.

—Sí, estoy a punto de subir al avión. —Cojo un paquete de chicles del quiosco y dejo un billete de cinco euros sobre el mostrador—. Que sí, en una hora estoy allí. No creo que se retrase. Es un vuelo corto. —Me guardo el cambio en el bolso—. Puedo coger un taxi. —...—. Vale, te espero.

Cuelgo y suspiro. Mi padre siempre ha sido demasiado protector y no concibe que sus hijas se hayan hecho mayores y sean independientes. Yo mucho más que Belén, pero, aunque ella se quedara en Sevilla y no se largara a Madrid a buscar nuevas emociones, también ama su libertad y poder tomar decisiones sin que nadie se entrometa.

Una hora después, aterrizamos en el aeropuerto de mi ciudad natal. He de reconocer que me gusta volver de vez en cuando. Amo Madrid, pero la luz de Sevilla es especial.

—Disculpe, ¿va a salir? —me pregunta un señor de mediana edad, con corbata, bigote y cara de mala leche.

Claro que sí. Aquí no voy a quedarme.

—Estoy esperando que la señora pueda bajar su equipaje —apunto, señalándola.

—Tengo mucha prisa —insiste.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Usted ha visto cómo está el pasillo? —Ahora voy como pasajera, no tengo porque callarme.

El del bigote bufa y suelta alguna que otra palabrota entre susurros.

Ayudo a la mujer que tengo delante con su maleta y ella me da las gracias. Veinte minutos tardo en salir y ver a mi padre apoyado en una pared y buscándome con la mirada, la misma que se ilumina cuando se encuentra con la mía. En su boca se dibuja una sonrisa sincera y grande. Camina hacia mí con los brazos abiertos y me envuelve en un enorme abrazo que me recuerda lo que se siente al estar verdaderamente en casa.

—Hola, cariño. Te he echado de menos —enuncia, sin despegarse de mí.

—Y yo a vosotros. ¿Cómo está mamá? —Lo miro a los ojos.

Mi madre es la razón por la cuál piso suelo andaluz después de tanto tiempo. Algo le ocurre, pero no sé exactamente qué es. Por muchas veces que lo he preguntado, no han querido decírmelo, pero ya estoy aquí, no a quinientos kilómetros de distancia, excusa a la que han recurrido a menudo.

—Está bien, deja de preocuparte. —Me acaricia el cabello y me mira a los ojos.

—Claro que me preocupo, papá. Me preocupáis todos. Estáis muy raros.

—Vámonos. Cuando lleguemos a casa, hablamos. Tu hermana está esperándonos. —Esto último me pone en alerta. Por varias razones. La primera, a estas horas Belén debería estar trabajando. La segunda, es una adicta al trabajo. La tercera, agotó todos los días de asuntos propios con aquel problema con su documento nacional de identidad. No llegué a enterarme muy bien de lo que le ocurrió. ¿Alguien le había usurpado la identidad? ¿Quién querría llamarse Belén María de todos los Santos Gutiérrez? ¿Qué se les pasó a mis padres por la cabeza para ponerle ese nombre? ¿Por qué no me lo pusieron a mí, su primogénita? Y esto no es una queja, sino más bien un grito de agradecimiento hacia esas dos personas que perdieron la cabeza después de tenerme a mí. Quizá fui yo quien las volvió locas. Siempre he sido una niña muy activa que ha necesitado mucha atención, aún siendo independiente desde pequeña.

Durante el trayecto hablamos sobre mi trabajo. Le hablo de mis últimos viajes y de lo poco que he conocido de las ciudades que he visitado.

—Algunas veces estoy tan casada que no me quedan fuerzas para salir del hotel, otras, en cambio, solo paso unas horas en tierra.

—¿Visitas Milán y no puedes verla?

—Ahí está la cuestión. No voy de visita. Es trabajo.

—Creí que tu trabajo sería más interesante.

—Si por interesante te refieres a servir café, té y mantas, sí.

Nos reímos.

—No me creo que solo hagas eso. Si fuera así, te dedicarías a otra cosa.

—Llevas razón. —Admito, y sonrío con orgullo y pasión—. Es mucho más, aunque la gente no lo vea. Y no me importa perderme otras cosas con tal de hacerlo bien.

—Tienes suerte, cariño. —Lo miro buscando una explicación—. Dedicarte a lo que amas... Encuentra un trabajo que te guste y no tendrás que volver a trabajar.

Sonreímos.

—Así que tú nunca has trabajado. —Señalo, refiriéndome a que él siempre ha amado su trabajo.

—No lo he vivido como tal, aunque a veces los días eran muy duros.

Hace muy poco que se ha jubilado, demasiado joven para mi gusto, pero él lo ha decidido así. Mis padres siempre quisieron trabajar duro para poder dejar de hacerlo cuando aún sus cuerpos fueran jóvenes y así dedicarse a viajar y a disfrutar del mundo que los rodea.

—Lo has hecho genial. —Le aprieto la mano—. Te mereces descansar.

Me doy perfecta cuenta de que su semblante muta a uno ensombrecido y la sonrisa de su rostro se borra hasta no dejar vestigio de lo que era hace solo unas milésimas de segundo.

Mete el coche en el garaje del edificio y subimos hasta casa en el ascensor. Lo noto cada vez más nervioso, desde hace unos minutos no dice ni una palabra y juraría que hasta tiene ganas de llorar.

—Papá, ¿estás seguro de que mamá está bien?

Él traga con dificultad y sale del ascensor cuando las puertas automáticas, muy oportunas, se abren. Mi hermana nos espera en el salón; me da un abrazo muy emotivo sobre la alfombra beis y me pregunta cómo ha ido el vuelo.

—Ha ido bien, pero ¿queréis decirme ya qué ocurre? Me estáis preocupando.

—Verás... Será mejor que te sientes.

—Estoy bien así —protesto, harta de tanto misterio.

Belén coge aire, mira a mi padre y después a mí.

—Verás, como sabes mamá lleva unos meses muy... distraída. Pues... La hemos llevado a un especialista.

—¿Qué? —La corto—. ¿Por qué no me habéis dicho nada?

—No queríamos preocuparte hasta saber qué ocurría.

—¿Qué le ocurre?

—Ha estado muy nerviosa y olvidadiza. Olvidó tu cumpleaños, ¿recuerdas?

—Ni yo misma me acordé, no tiene importancia, todos estamos muy ocupados.

—Sí, pero lo cierto es que... ella no se encuentra bien. Le han diagnosticado demencia senil precoz.

—¿Qué...? ¿Qué es eso? ¿Qué quieres decir? —Me asusto.

—Es el deterioro de la función cognitiva...

Me mareo, doy un paso atrás y tomo asiento en uno de los sofás.

¿Mi madre tiene demencia?

—¿Dónde...? ¿Dónde está? —tartamudeo.

—Tranquilízate, Paola. Está en buenas manos.

¿En las manos de quién?

Miro hacia todos lados y, como un resorte, me levanto y voy hasta su habitación. No está. No la encuentro. Abro el armario y observo que su ropa ha desaparecido, al menos, la mayor parte. ¿Y sus zapatillas de andar por casa? Siempre las guarda bien alineadas junto a su lado de la cama. Desde que era pequeña lo recuerdo así. Me gustaba ponérmelas los domingos por la mañana y simular que era ella. ¿Dónde están?

Cuando miro hacia la puerta, mi padre y mi hermana me observan bajo en vano con los párpados y los hombros caídos.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —Las lágrimas se asoman a mis ojos y he de puntualizar que no soy de lágrima fácil. Tengo las emociones a flor de piel.

—Llevábamos un par de meses cuidando de ella en casa, incluso contratamos a una persona que nos ayudara, pero se nos fue de las manos. Algunas veces se pone muy violenta y nos era imposible controlarla. Pensamos... —Belén piensa cómo soltarme la noticia—. Hace dos semanas la llevamos a una residencia en la que se ocupan de ella profesionales.

—¿Qué estás diciendo?

—Paola, tú no estás aquí, yo tengo mi trabajo y papá lo ha intentado.

Miro a mi progenitor pidiéndole una explicación pero esta debe quedarse en su garganta, porque nada sale de su boca, excepto un lamento que se me clava en el corazón.

—¿Cómo habéis podido abandonarla? —pido a gritos que esa explicación haga acto de presencia, pero no aparece; como mi madre. Debe andar perdida en algún lugar de ese mundo en el que creía vivir, un mundo justo y bueno, un mundo en el que la familia era lo más importante y no se abandona en residencias ni hospitales para dementes.

—No la hemos abandonado...

—¡¡¡Claro que sí!!! —bramo, encolerizada—. ¿Cómo habéis podido hacerlo?! ¿Cómo?! ¡¡¡Ella siempre ha cuidado de todos nosotros!!! ¡¡¡Siempre nos ha interpuesto incluso a su vida!!! ¿Cómo habéis podido pagarle de esta manera?!

Belén da un paso hacia delante y se me encara, harta de mis reproches.

—¡¡¡Tú no estás aquí!!! ¡¡¡No tienes ni idea!!! ¡¡¡Ni idea!!! ¿Qué sabes tú de mamá?! ¿De nosotros?! ¿De nuestro día a día?! ¡¡¡No tienes ni pajolera idea de cómo está o de qué tenemos que hacer para que viva una vida medianamente feliz!!! ¡¡¡Ni idea!!!

—Por favor, por favor, dejad de discutir. —Mi padre interfiere en nuestra pelea y trata de calmarnos—. Por favor, hacedlo por mí. Esto ya es demasiado duro.

Trago con dificultad y trato de calmarme. El corazón se me va a salir por la boca y las manos me sudan y me tiemblan en igual medida. Pero... Mi padre no se merece que sus dos hijas griten como gallos de pelea después de tanto sin verse.

—Lo siento —admito.

—Yo también lo siento.

Tomo asiento a los pies de la cama y me tapo la cara con las manos. Tengo ganas de llorar, tantas ganas que no consigo aguantarme y rompo en un llanto demoledor. Mi padre viene hasta mí, me abraza y me susurra que todo se arreglará.

—¿Cómo...?

—Todo saldrá bien. Tu madre está mejor con personas que conocen su enfermedad y saben actuar. Nosotros... Nosotros estábamos perdidos... Hemos hecho todo lo que ha estado en nuestras manos, pero... Llegó un momento en el que le hacíamos daño. Ella se sentía perdida y ni nosotros calmábamos su ansiedad.

—Pero... Es mamá...

—Lo sé, y lo seguiré siendo. Vamos a verla casi todos los días, aunque...

—¿Qué?

—No nos conoce... A veces no nos permite ni acercarnos a ella. Es... muy duro... —Veo el terror reflejado en sus ojos y caigo en la cuenta que es él quien ha perdido al amor de su vida, a su compañera de viaje, a su brújula, como la ha llamado siempre.

—Papá... —Me aferro a él con fuerza y soy yo la que ahora lo abraza y trata de transmitirle todo mi sentir.

---

Por la tarde vamos a verla. Está en un hospital a las afueras de la ciudad. Es bonito, con jardín y caminos de piedra en los que poder pasear entre una frondosa arboleda. Hay algunos pacientes sentados en unos bancos de madera con profesionales vigilándolos.

No es fácil para mí ver a la mujer que más quiero sola en una habitación, tumbada en una cama y mirando a un infinito incierto. Intento no llorar cuando me ve y arruga el ceño tratando de centrar la mirada en una hija que más bien es una desconocida para ella.



Mi padre se acerca y le habla con tranquilidad y, por suerte, tiene uno de esos días lúcidos en los que recuerda nuestros nombres y todo el amor que sentimos por ella.

—Mamá... —digo mientras tomo asiento a su lado y la abrazo.

—Hija, cuánto tiempo. ¿Por qué lloras?

—De emoción —miento, pues lo que tengo es el alma echa pedazos al verla así.

—Estoy bien, mi vida. Todo se va a solucionar.

Pero yo sé que nada lo hará. Su enfermedad es degenerativa y no tiene vuelta atrás, no tiene solución y solo puede ir a peor.

—Te quiero tanto, mamá...

—Lo sé, cielo. Ay, qué emotiva estás hoy, ¿te has enamorado?

Quiero decirle que ni yo misma lo sé, quiero hablarle de Fer, de mi trabajo, de mí, de lo mucho que siento no haber pasado más tiempo con ella en los últimos años...

Pronto su mirada se vuelve fría y distraída. Mi padre me dice que es hora de irnos, estoy segura de que no quiere que presencie como mi madre me ve como una auténtica desconocida.

Salgo de allí destrozada y convencida, tras hablar con los médicos, de que estar allí es su mejor opción y que tengo que aceptar que mi padre y mi hermana tomaron la mejor decisión hace escasas dos semanas.

—¿Estás bien? —Mi hermana llega hasta mí.

—No —admito, apoyada en el coche, cansada y desamparada.

—Vamos a casa. Estarás cansada.

Son más de las nueve de la tarde cuando llegamos al piso en el que crecí. Tuve una infancia feliz aún sabiendo que esta ciudad se me quedaba pequeña y que emprendería el vuelo en cuanto pudiera.

Me acuesto con una sensación extraña en el estómago. Como si un gusano campara a sus anchas devorándolo todo y no dejara nada. Vacío, un vacío enorme y desolador que arrasa con todo a su paso. Voy a la cocina a por un vaso de agua y corro hasta el baño para vomitarlo todo. Al incorporarme recuerdo que debí tomarme la pastilla del día después esta mañana y que se me ha pasado por completo. Mañana será lo primero que haga. Iré a la farmacia y pondré fin a este posible problema. Porque lo es. Sería un problema quedarme embarazada en estos momentos. ¿Cómo he podido olvidarme? Supongo que el hecho de que mi madre haya perdido completamente la cabeza y la hayan metido en un hospital para dementes ha tenido algo que ver con mi despiste.

---

Me despierta el ruido de mi teléfono móvil. ¿Quién es tan temprano? Casi ni ha salido el sol, y en Sevilla el sol suele salir muy temprano y con mucha potencia. Lo agarro con una mano y me lo llevo a la oreja cuando aún no he abierto los ojos por completo.

—¿Diga?

—¿Paola Gutiérrez?

—Sí, soy yo.

—Te llamo del departamento de recursos humanos, soy la secretaria del señor Mario Vilas. Me ha pedido que le informe que la reunión que teníais pendiente será mañana por la mañana a las diez y media.

—¿Qué? No puedo...

—¿Quiere que le diga que no puede? —Me corta, insolente.

Lo pienso durante unos segundos. Llevo años esperando esta oportunidad, no puedo desaprovecharla ahora. Iré a Madrid, cumpliré con mi trabajo y volveré a Sevilla más adelante.

—No, dígle que estaré allí a la hora indicada. Gracias.

—Perfecto. Si puede, llegue un poco antes. Al señor Vilas no le gusta empezar tarde.

Cuelgo y bufo. Belén va a poner el grito en el cielo.

Tal y como esperaba, a mi hermana no le hace gracia que me vaya un día después de haber llegado con todo lo que está pasando.

Tenemos otra discusión y ahora no está mi padre para detenernos y que no terminemos ensalzadas en una pelea en la que los decibelios suben demasiado y la vecina de al lado llama a la puerta para ver qué ocurre.

El almuerzo lo hacemos en silencio. Prometo que volveré en cuanto pueda y que pueden contar conmigo para lo que sea, aunque esté lejos formo parte de esta familia y mi deber es ayudarlos en la medida de lo posible.

---

Me despido de ellos en el aeropuerto. Dos abrazos y algunos te quiero y te echaré de menos son las pocas palabras que salen de nuestras bocas.

—Volveré pronto, lo prometo.

Les digo adiós con la mano mientras camino hasta la puerta de embarque y trato de convencerme de que tengo que seguir con mi vida, aunque la de mi madre se haya congelado en el tiempo. Debemos seguir caminando aunque las piedras del trayecto nos hagan caer al suelo. Levantarse siempre es la mejor, y única, opción.

Al día siguiente, por la mañana, me dirijo a las oficinas de mi empresa. Llevo puesto unos pantalones de pinza anchos en color negro, una camiseta básica blanca, con un poco de escote, y un abrigo beis.

He intentado dejar todos mis problemas personales en casa y centrarme solo en la reunión, pues de esta depende que me den el puesto con el que tanto he soñado, el puesto que por fin me proporcionará esa estabilidad que el cuerpo tanto me pide en estos momentos. Sé que echaré de menos volar, pero estoy cansada de sentirme un poco sola alrededor del mundo, de llegar a Madrid y sentir que no encajo, de escuchar a mis amigas hablar de temas de actualidad que yo no conozco. Cansada, en general, de todo lo que supone llevar la vida que llevo.

Desde fuera lo único que se veía era que me pagaban por pasarme la vida viajando y yéndome de compras alrededor del mundo, y sí, tal vez fuera cierto, pero había mucho detrás de esa imagen idealizada del trabajo perfecto.

Mientras espero al Uber me acuerdo de la dichosa pastilla. Junto a mi casa hay una farmacia, no lo pienso ni un segundo, me voy directa a ella y le pido a la joven farmacéutica la píldora del día después. Cuando salgo de la farmacia mi coche ya ha llegado. Veo que hay una pequeña botella de agua de cortesía esperándome, con estos detalles a mí me ganan.

Aprovecho y me tomo la pastilla de una vez. Un problema menos.

Quince minutos antes de las diez y media llego a las oficinas. Me identifico en la recepción del edificio y me entregan una tarjeta para pasar los tornos. Cojo el ascensor hasta la planta doce y me dirijo al mostrador. Me atiende la secretaria del señor Vilas (la simpática). Le llama y le informa de que estoy aquí. Al momento el director adjunto del departamento de recursos humanos aparece en la recepción, me da la mano y me indica que lo acompañe a su despacho.

—Tome asiento por favor —indica—. ¿Ha podido descansar después de su último vuelo?

—Sí —miento, pues no he parado desde que llegué y aún tengo el cansancio acumulado.

—Me alegro. Le cuento, el puesto de instructora que necesitamos cubrir es para la formación de los nuevos aspirantes a tripulantes en nuestra compañía, no sé si lo sabe, pero tenemos previsto incluir en nuestra flota un total de dieciocho aeronaves a lo largo de los dos próximos años, por lo que la empresa va a crecer considerablemente y queremos formar nosotros mismo al personal, preferimos gente nueva, que nunca haya trabajado antes en aviación para que así no traigan costumbres o vicios de otras compañías.

—Entiendo.

—El horario de este puesto sería de nueve de la mañana a seis de la tarde, de lunes a viernes. El inconveniente es que estamos contratando a instructores externos con contratos eventuales, porque hay meses en los que no se impartirán cursos, entonces no podemos tenerlos en plantilla, pero queremos que al menos la mitad de los instructores sean personas de confianza y que lleven tiempo en la empresa, aunque entendemos que después de casi siete años ya trabajando con nosotros y con las condiciones que usted tiene ahora mismo no aceptaría un contrato eventual. Por eso esta semana me he reunido con el director de TCPs y hemos llegado al acuerdo de que podíamos mantenerle el mismo contrato, añadiendo algunas modificaciones para que pueda desempeñar ambas funciones, es decir, podrá ejercer de instructora los meses en los que se imparten cursos y al mismo tiempo podrá seguir volando aquellos meses que no se imparta el curso.

—Pero eso es fantástico —pienso en voz alta.

—¿Sí? ¿Le parece bien? Cobrará mucho menos, recuerde que la mayor parte de su sueldo son dietas, pero podíamos añadir unas dietas en su nueva nómina durante los meses que desempeñe sus funciones de instructora, eso sí de menor cuantía.

—Me parece perfecto.

—Puede tomarse unos días para pensarlo si lo desea.

—No, no tengo que pensarlo, pueden contar conmigo.

El director parece sorprendido por mi entusiasmo, él no lo entiende, pero acaba de darme todo lo que necesito en este momento de mi vida: estabilidad, un trabajo fijo en Madrid y además la oportunidad de seguir volando algunos meses al año. Así, cuando me viera inmersa en una vida monótona y extrañara la aventura, podría volver a volar.

Después el director me cuenta todos los detalles de la formación a la que tendré que someterme antes de iniciar el curso, la cual comienza en apenas

dos semanas.

Ese día salgo supercontenta de las oficinas. Le escribo a las chicas para decirles que tengo que contarles algo muy importante y que si les parece bien quedamos a las dos para comernos una tortilla en la taberna El Buo; tal era la expectativa que rápido me confirman con un sí.

---

Nos pedimos tres copas de vino y una tortilla casera rellena con queso *Mozzarella*, cebolla y pimienta roja.

—¿Vas a contarnos de una vez qué pasa? Nos tienes intrigadas —dice Valentina.

—Me han dado el trabajo de instructora.

—¿En serio? —Valentina parece ilusionada.

—Sí, pero eso no es lo mejor, lo mejor es que también podré seguir volando los meses en los que no se imparten cursos.

—Vaya, eso es estupendo. Brindemos por ello —dice Desi al tiempo que alza su copa.

—Aunque no todo son buenas noticias. —Entristezco.

—¿Qué pasa? —Valentina me acaricia el hombro.

—Es mi madre... La han... internado en un centro especializado.

—Pero... ¿qué le ha pasado? —pregunta Desi con preocupación.

—Tiene... demencia.

—Perdona mi ignorancia, pero, aunque conozco el término, no sé muy bien qué es —confiesa Valentina.

—Es una enfermedad que afecta al cerebro, a la capacidad para procesar el pensamiento. Afecta a la memoria, al pensamiento, a la orientación, a la comprensión, al juicio...

Las lágrimas vuelven a aflorar y lo que pretendía ser un almuerzo de celebración se convierte en un encuentro triste y difícil, pues me cuesta sentirme feliz sabiendo dónde se encuentra mi madre.

—Perdonadme chicas, soy más débil de lo que creo —afirmo tratando de controlar el llanto.

—Tú eres todo menos débil, una mujer que afronta un trabajo como el tuyo, que supera un engaño como el de Sergio y que a pesar de tener a su madre en un centro sigue luchando por construir su futuro es una guerrera. Así que no voy a permitir que te menosprecies por venirte abajo en momentos como este —sentencia Desi.

Tras varias copas de vino comienzo a evadirme de los problemas, estar con las chicas también ayuda. Con ellas las risas están garantizadas.

Pasamos la tarde de bar en bar y entre unos y otros paramos por las tiendas del centro.

---

Por la noche quedo con Fer en su casa y le doy la noticia de mi ascenso.

—¡Qué alegría! Así que vas a estar más tiempo en Madrid... —Levanta una ceja.

—Eso parece —afirmo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Suenas bien. Me encanta verte feliz.

—Y tú día en la consulta, ¿cómo ha ido?

—Todo bien, como siempre —dice mientras me sirve otra copa de vino.

Me da un beso, adoro sus labios.

Atontada por la cantidad de sensaciones que este hombre me hace sentir me dejo llevar por el morbo y la lujuria que se instalan en nosotros.

Estoy en la cama con Fer, acabamos de hacer el amor y ya me está hablando de una de esas actrices porno con la que se ha acostado en alguna que otra ocasión.

No estoy prestando demasiada atención a lo que dice, porque siendo sincera estoy teniendo un ataque de celos, sé que no tengo motivos, nunca he sido una mujer celosa, mucho menos de los amores del pasado de mis amantes, pero en esta ocasión no sé qué demonios me pasa. Siento cierta inseguridad, como si yo no estuviese a la altura.

—Voy a darme una ducha —sin decir nada más me levanto de la cama y voy directa al baño.

—Espera, te doy una toalla. —Se incorpora y viene detrás de mí—. Toma —me entrega la toalla.

—Gracias. —Intento cerrar la puerta.

—¿Te pasa algo? —pregunta agarrando con fuerza la puerta para que no pueda cerrarla.

—No, solo necesito refrescarme después del apasionado encuentro sexual que acabamos de tener —finjo una sonrisa para que no note nada y cierro la puerta.

En realidad, lo que necesito es refrescar mi mente. Me siento en la taza del váter para hacer pis y con el móvil en la mano cometo el error de entrar en la cuenta de Twitter de Fer, en ella tiene vídeos con actrices porno que muestran su rostro sin pudor alguno, a él no se le ve la cara en ninguno de los vídeos, pero es fácilmente reconocible por los tatuajes. Me meto en el perfil de una de las chicas con las que sale follando. La tía es espectacular.

Me vengo abajo, no sé por qué esta inseguridad de repente, siempre me he considerado bastante buena en la cama, la prueba está en que todos los chicos con los que he estado han querido repetir, pero ver las cosas que hacen estas mujeres me hace sentir como una insulsa.

Bloqueo la pantalla del móvil y me meto en la ducha, antes me quito el reloj para que no se moje y lo dejo sobre el lavabo.

Mientras el agua recorre mi cuerpo pienso en que debería dejar de quedar con Fer, esto no me está sentando nada bien, cada día pienso más en él, aunque intente evitarlo, pero está claro que él solo busca sexo y que no quiere nada serio, aunque por otro lado quiero pensar que le gusto y que disfruta conmigo, de lo contrario ¿por qué iba a seguir quedando conmigo?

Salgo de la ducha y me enrolló la toalla, voy a su habitación para vestirme y él sigue en la cama, supongo que en Twitter, donde él solo ve porno.

—¿Qué?, ¿te proponen algo interesante en Twitter? —suelto sin pensarlo.

Tan pronto me escucho me arrepiento, pero ya está dicho.

—Que va, una chica con la que estuve me acaba de mandar un video.

—Ah.

—¿Quieres verlo?

No doy crédito a su descaro.

—Claro, a ver.

¿Qué otra cosa puedo decirle? Si le digo que no, se va a dar cuenta de que me molesta y que me pone celosa verlo follar con otra que no sea yo.

Cuando veo las imágenes siento un estallido en mi interior, como si algo se hubiese roto y me faltase el aire para respirar. Trato de contenerme.

En ese momento suena mi móvil, es Valentina.

—¿Sí? —respondo aún con la voz rota a consecuencia de las imágenes que acabo de ver.

—Paola, ¿estás mejor?, ¿quieres venirte a tomar unas copas con Desi y conmigo?

Fer me mira de reojo con curiosidad y de pronto se me ocurre jugar a su mismo juego. Sí, voy a darle de su propia medicina.

—Hola, Christian. ¿Qué tal?

—¿Christian? Pero, Paola que soy yo, Valentina —ríe al otro lado del teléfono.

—Lo sé, Christian, pero..., es que he estado muy liada.

—¿Paola estás bien?

Valentina no entiende nada, pero yo sigo con mi juego y corto rápido.

—Sí, sí. No te preocupes tomamos algo esta noche, te llamo en un rato. Un beso.

Sin esperar a que mi amiga responda cuelgo el teléfono.

—Así que te vas de copas con ese tal Christian... —dice Fer con una sonrisa en la cara cuyo único fin es tratar de ocultar lo mucho que le jode.

—Sí, así te dejo tranquilo viendo los vídeos que grabas con tus *folloamigas* —digo mientras me visto.



Me pongo los zapatos de tacón, cojo mi bolso y me dirijo hasta la puerta. Él, desnudo, me acompaña y me abre. Me despido sin darle ni un beso.

Estoy enfadada, triste, celosa, rota, pero no permito que ninguno de estos sentimientos me domine ahora mismo.

Una vez en la calle, llamo a Valentina.

—¡¡¡Locaaaaa!!!, ¿qué pasa? —grita mi amiga al otro lado del teléfono.

—Nada, estaba con Fer, ahora os cuento, ¿dónde estáis?

—De camino a la Sala X.

—Vale, pues voy para allá.

Cuelgo y pido un Uber.

De camino a Tirso de Molina, la zona en la que se encuentra el bar en el que he quedado con mis amigos, recibo un mensaje de Fer.

*¿Estás bien? Te fuiste muy seria*

No puedo evitar responderle con sinceridad.

*Nada nuevo, estoy cansada de que cada vez que quedemos  
me hables de otras.*

*Lo siento, no lo hice con mala intención.*

*No te preocupes, lo sé.*

*Yo esperaba que te quedaras a ver una peli o algo y a  
dormir aquí, pero como te salió plan...*

*Una pena.*

*Por cierto te has dejado aquí tu reloj.*

*Vaya, yo que pensaba no volver...*

*Seguro que te lo has dejado a propósito para tener una  
excusa, pero tranquila, que te lo dejo dónde me digas.*

¡Será descarado! De verdad que este tío quién se cree, me pone negra con estos comentarios arrogantes. Si cree que voy a demostrarle un ápice de súplica lo lleva claro el muy imbécil.

*No, no te preocupes,*

*mañana saldré a correr y pasaré por la puerta de tu casa,*

*me la bajas.*

Vale. Pásalo bien con Christian.

Gracias.

Apuesto a que el muy estúpido se cree que estoy de broma y que mañana voy a subir a su casa corriendo como si nada. Pues lo lleva claro.

El Uber se detiene en la puerta de la Sala X. Me encanta este sitio, antiguamente era un cine donde se proyectaban películas porno.

Camino hasta el interior de la sala y busco Valentina y Desi, las veo en una mesa al fondo saludándome con la mano para que las vea.

—Paola, nos tienes intrigadas, ¿qué pasa? —dice Desi mientras nos saludamos con dos besos.

Tomo asiento y pido un *gin-tonic*, lo necesito.

—Estaba con Fer y quería darle celos —suelto sin más.

—A ver, cuéntenos bien, porque no estoy entendiendo nada —dice Valentina.

—Pues que estoy harta de que cada vez que quedemos me hable de esas actrices porno a las que se ha follado o que se ponga a ver los vídeos que estas suben en Twitter, ¿acaso me pongo yo a ver Instagram cuando estoy con él? No verdad, pues ya está.

—A ver, pero si se ha puesto un momento a ver las notificaciones tampoco es para tanto, ¿no? —dice Desi.

—No, no ha sido un momento, además que para que él esté viendo porno o hablando de otras, prefiero estar en mi casa viendo una serie.

—Yo la verdad es que también llevo fatal que me hablen de otras —afirma Valentina.

—Es que no es solo que me hable de otras, sino que yo misma puedo ver a esas otras, que algunas son actrices porno y suben vídeos suyos follando como nosotras podemos subir una foto con estas copas.

—¿Y has visto a alguna? —Curioseas Desi.

—Sí.

—A ver, enséñanos.

—Pero Desi..., ¿cómo nos va a enseñar esos vídeos? —le reprende Valentina.

—Que más da, no pasa nada, yo a veces también me gravo teniendo sexo y no soy una actriz porno.

—No pienso enseñaros ningún video ni de él ni de otras tías.

—¿Y tú no te has grabado nunca con él?

—No, ni pienso hacerlo. De hecho no pienso volver a acostarme con él.

—Eso lo dices ahora porque estás molesta.

—No, eso ya se lo he dicho a él también y es un hecho.

—¿Le has dicho que no vas a quedar más con él?

—Sí, me dejé un reloj en su casa y el muy descarado dice que lo hice a propósito para tener una excusa para volver, le he dicho que no pienso volver y que mañana cuando salga a correr pasará por su puerta para que me baje el reloj.

—Paola, sabes que vas a subir —afirma Valentina.

—No, no pienso subir así me cueste la misma vida, pero no voy a darle el gusto.

—Sabes que esto es una guerra de egos, ¿verdad? —Desi alza una ceja.

—Me da lo mismo. Si es así, entonces que gane mi ego —le doy un trago a mi copa.

—Da igual que ego gane, porque cuando eso pasa el amor pierde. Valentina siempre tan romántica...

—A la mierda el amor. Mañana se va a cagar —afirmo decidida.

—Me muero por ver su cara. —Desi suelta una risotada.

—Entonces, ¿por eso cuando te he llamado has dicho Christian?, ¿para darle celos?

—Sí.

—¿Y quién es Christian?

—Nadie, fue el primer nombre que se me pasó por la cabeza.

Las tres reímos al unísono y brindamos. A veces pienso que mi vida sin ellas no tendría ningún sentido, son mi mayor compañía y mi único verdadero apoyo aquí en la ciudad. Son mi gran familia.

—¿Y de Sergio no has sabido nada? —Curioseas Desi.

—No, hace un par de semanas que por fin dejó de llamarme y escribirme.

—Habrás aceptado que no vas a perdonarle —dice Valentina.

—Eso espero, porque no pienso hacerlo, por más que le quiera.

—¿Tú crees que le quieres? —Valentina me mira expectante.

—Sí, aunque después de acostarme con Fer me he dado cuenta de que en nuestra relación no había pasión.

—La pasión es lo que primero se termina en una relación —sentencia Desi.

—Pero se puede recuperar —asegura Valentina.

—No sé yo... —Duda Desi.

—En cualquier caso no pienso volver con él, no quiero estar con un hombre capaz de engañar así, aunque al parecer, todos son iguales.

—No digas eso, hay muchos hombres que merecen la pena.  
—Pues yo no tengo la suerte de conocer a ninguno.  
—Fer, es uno.  
—Ja, no hagas reír.  
—Lo conozco y, aunque sea un mujeriego, siempre va con la verdad por delante ¿o a caso te ha prometido amor eterno?  
—No.  
—Pues ya está.  
—Es más, creo que tú le gustas mucho, de lo contrario no te consentiría estos dramas.  
—¿Perdón? ¿Me estás diciendo que yo le montado un drama?  
—Sí.  
—¿Qué drama le montado?  
—Pues irte así de su casa haciéndole creer que vas a quedar con otro y luego mandarle un mensaje diciéndole que no vas a volver a acostarte con él.  
—No veo el drama ahí, yo lo veo ser clara y directa o no crees tú ¿valentina?  
—Eh..., tengo que ir al baño.  
No puedo evitar reírme, porque cuando Desi y yo nos enfrentamos siempre la metemos a ella para que nos dé la razón a una de las dos y al final ella siempre acaba enfrentada con una de nosotras, así que ya ha aprendido a mantenerse al margen y no entrar en nuestros debates.  
No tomamos un par de copas y nos vamos temprano a casa. Ha sido un día largo y aunque empezó bastante bien, con la noticia de mi ascenso, la sensación que se me queda en el cuerpo es de malestar.

---

Al día siguiente por la tarde, me lamento por haberle dicho a Fer que iré a recoger el reloj cuando salga a correr, pues eso me limita mucho en el vestuario, me gustaría presentarme con el más provocador de mis vestidos, pero no todo está perdido, si quiere jugar jugaremos.

Me pruebo varias mallas y finalmente me decanto por unas en color negro con transparencias en el lateral que dejan entrever que no llevo ropa interior debajo, y con push up, marcando culazo. En la parte de arriba me pongo un sujetador deportivo tipo top en color blanco, también con transparencias en el escote.

Me miro al espejo y sonrío. Sé que en cuanto vea esta cinturita bronceada al descubierto y mis curvas marcadas se va a caer de espaldas. Pero aún puedo sacarme mucho más partido. Me hago ligeras ondas en el pelo y me lo recojo

en una cola alta, me dejo un par de mechones del flequillo sueltos. Me aplico rímel y un poco de sombra muy natural. También me marco los pómulos.

Antes de salir de casa me vuelvo a mirar en el espejo y me lanzo un beso. A veces cuando una se siente *sexy* no necesita de nadie que se lo diga, porque si una misma, que es la más exigente, se ve bien, entonces es que está espectacular.

Camino hasta casa de Fer, no corro, para no llegar despeinada y sudada. Cuando estoy a un par de manzanas empiezo correr, solo para agitarme un poco antes de verle.

Le escribo un mensaje y le digo que ya estoy cerca que me baje el reloj.

*Estoy terminando de comprar una cosa y voy, espérame en la puerta.*

*Vale, ya casi estoy, te espero aquí.*

A los poco minuto aparece espectacular con unos vaqueros y una camisa en color verde militar remangada y con algunos botones desabrochados, dejando al descubierto sus tatuados brazos.

—Menos mal que has llegado me estaba enfriando aquí parada —digo pícaro esperando a que él suelte algo así como: «¿Quieres que te haga entrar en calor?».

—Es que tenía que bajar a comprar una botella —dice enseñándome la bolsa.

—¿Ginebra? —pregunto extrañada, pues sé que él no bebe ginebra.

—Sí, es viernes, toca noche de sexo y alcohol. De momento empezaré por esto último. —Sonríe y yo me muero de rabia.

¡Será cabrón!

—Sí. Luego llegará el resto, ¿no? —Fuerzo una sonrisa—. Toma, aquí tienes el reloj —lo saca del bolsillo y me lo entrega.

—Gracias y pásalo bien —digo con una sonrisa mientras me alejo.

Él me mira, pero no dice nada. Sus ojos se van directos a mi culo. Eso lo último que veo, porque acto seguido me giro y continuo mi camino sin mirar atrás.

No sé por qué me ha sentado tan mal que me ignore. Esperaba que al menos me invitase a subir a su casa o me invitase otro día y poder darme el gusto de dejarlo con las ganas, pero por lo que veo él no va a dejar su ego a un lado y yo tampoco pienso hacerlo.

Será imbécil. Estoy muy enfadada. Quién se cree este tío. Lo que más me jode de todo es que seguro que esta noche folla, eso sin duda es lo que más me duele, saber que puede tener a la tía que quiera, cualquiera estaría

dispuesta a satisfacer todas sus fantasías. Por un momento me planteo dejar mi orgullo a un lado y escribirle, pero no, no puedo hacer eso, no quiero darle ese gusto. Si yo no me doy a valer, nadie lo hará. Tendré que quedarme con esta desolación.

Camino a paso ligero y me perco de las miradas de algunos tíos que corren en dirección contraria, saber que yo también podría tener al hombre que quisiera esta noche me hace sentir algo mejor.

Llego a casa y me pego una ducha. Me abro una cerveza y me la tomo directamente del botellín. Valentina y Desi no están, ambas han quedado, así que me siento sola en la terraza con mi cerveza. No puedo dejar de pensar en él y su plan para esta noche. Quiero buscar algún plan que me haga sentir bien, pero lo único que me apetece ahora mismo es ir a su casa, quitarle la ropa, devorarlo, tenerle dentro de mí y dormir abrazada a su macizo cuerpo.

Es sábado y yo quiero darlo todo, así que salgo con las chicas, hemos decidido ir a Opium.

Me recojo el pelo en un moño pequeño y muy pulido, estilo bailarina, y me maquillo como a mí me gusta.

Me pongo un crop top negro de punto elástico sin mangas y cuello de cisne, junto con una falda entubada de cintura alta y con una apertura lateral.

Esta noche follo.

—Pero bueno... Tú que quieres quitarnos todo el protagonismo —suelta Valentina al verme.

—Cambio de planes chicas... —Deseada entra en el salón y me mira de arriba a abajo—. ¿Hola? ¿No tenías nada más provocativo para ponerte?

—Sí, pero me gustó este conjunto.

—Es ironía.

—Ya, pero te sigo el rollo —me río.

—¿Cuál es el cambio de planes? —pregunta Valentina.

—Iremos mejor a Teatro Kapital.

—¿A Teatro Kapital? ¿Por qué?

No es que no me guste esa discoteca, la verdad es que ponen muy buena música en sus siete plantas: house comercial, reggaeton y todos los Hits del momento. Pero me había hecho a la idea de ir a Opium.

—Hay una fiesta muy interesante esta noche —asegura Deseada.

—¿Sí? ¿Qué tipo de fiesta?

—Pincha Albert Neve.

—¿En serio? ¿Aún sigues babeando por ese tío? —suelta Valentina.

—Está bien, iremos a Kapital.

Por como vamos de divinas, podría parecer que cuando entramos en la discoteca todo el mundo nos mira, pero la realidad es que no. Entre tanta gente pasamos bastante desapercibidas y aquí todas las chicas van espectaculares.

Suena el temazo Supermartxe de Juanjo Martin y el propio Albert Neve con la voz de Nalaya. Pasamos junto al reservado VIP de la planta principal, en mitad de la pista, y no doy crédito a lo que veo o mejor dicho a quién veo.

Esto no es casualidad. Llevo una semana sin tener noticias de él, desde que lo vi para que me diera el reloj no me ha vuelto a escribir, ni yo a él.

—¿Me puedes explicar qué hace aquí Fer? —le grito a Deseada, pues con la música a toda leche dudo que pueda escucharme de otra forma.

—Ay, qué casualidad —se hace la sorprendida.

—¿Tú lo sabías no? ¿Por eso has insistido en que vengamos aquí? —digo enfadada.

No responde.

—Me voy —aseguro.

—Anda deja el drama, que lo vamos a pasar bien —Deseada saluda con la mano a Fer, que está en el interior del elegante reservado con amigos y amigas.

Yo me giro y miro a Valentina. Hago como si no lo hubiese visto.

—Esto no va a terminar bien —le digo al oído a Valentina.

—Madre mía ese hombre no tiene definición —dice mirando a Fer.

—¿Puedes disimular un poquito?

—Nos está invitando a entrar al reservado —dice Valentina.

—Ni muerta.

—Chicas, vamos —dice Desi.

Me giro.

—¿Estás loca? ¿No pienso entrar ahí, no ves que le vamos a cortar el rollo? Mira que bien se lo pasan con esas tías.

—Vaya con el doctorcito... —suelta Valentina.

Intentamos acceder al reservado, pero dos hombres de seguridad nos impiden el paso. Fer se acerca y con solo un gesto, los tipos nos permiten entrar. Fer saluda a Deseada y a Valentina, en última instancia me saluda a mí.

Vaya, qué elegante va con ese traje y que bien le sienta la camisa negra. Irresistible.

Suena Love Surrounds Me. ¡Qué tema tan oportuno!

—¿Me estás persiguiendo? —dice en mi oído.

*It is written in the lines of time.*

*Oh your love surrounds me.*



—Sí, es que me moría de ganas por verte, besarte —me acerco a sus labios—, follarte... —susurro en su boca.

—No me provoques.

—¿O qué? —suelto descarada.

Su silencio demuestra su nerviosismo. Esta partida, por mi coño, que la gano yo. Me alejo de él sin esperar respuesta por su parte. Tan pronto le doy la espalda, trago saliva. Noto como mi corazón palpita a mil por hora.

Me acerco a donde se encuentran las chicas y trato de relajarme.

—Dime la verdad, Desi, ¿tú sabías que él estaba aquí? —pregunto enfadada.

—Ay, Paola —se queja—. Sí, sí lo sabía.

En ese momento aparece Fer por detrás y nos pregunta:

—¿Os quedáis entonces?

Al mismo tiempo que Deseada dice sí, yo digo no. Él nos mira y se ríe.

—Anda, quedaros a celebrar con nosotros.

—¿Qué celebráis? —Curioso.

—El colegio de Médicos de Madrid ha galardonado con varios premios honoríficos a algunas especialidades, entre las que se encuentran un par de colegas, y estamos celebrándolo.

—Ah, ¿y a ti no te han dado ningún premio? —suelto con sarcasmo.

—Yo no trabajo en la sanidad pública —responde arrogante.

—Claro, lo había olvidado.

—No lo creo.

—¿Perdón?

—Que dudo mucho que hayas olvidado dónde y cómo trabajo.

Ruborizada al recordar la fantasía que tuve en su consulta, trato de pensar una buena repuesta, pero en esta ocasión, no se me ocurre nada original.

—Estáis en vuestra casa, bebed lo que queráis —dice mientras se aleja.

—¿También sabías que estaban de celebración? —Me dirijo a Deseada.

—Sí y sabía que cogerían el reservado más caro de la discoteca, por eso os he traído aquí. No es lo mismo estar ahí —señala hacia la pista abarrotada de gente—, que aquí.

Yo la mato. Valentina, que no pierde el tiempo, se acerca con una copa en la mano.

—¿Y eso? —pregunto atónita.

—Un *gin-tonic*.

—¡Qué vergüenza, por favor! Vamos a quedar de arrastradas —digo alterada.

—Paola, te recuerdo que conozco a Fer desde hace muchos años, ante él no voy a quedar de nada que no sepa.

—Anda, tómate una copa y relájate —dice Valentina ofreciéndome su bebida.

Cuando cada una tenemos una copa, las alzamos y brindamos.

—Por los folladores —dice Deseada.

Miro en derredor para asegurarme de que nadie la ha escuchado.

Le doy un trago a mi copa.

Al cabo de un rato busco a Fer con la mirada, está hablando con una chica y parecen muy a gusto en la conversación, así que yo también me busco con quién hablar.

Echo un vistazo alrededor del reservado a ver si veo a alguien que merezca la pena.

—¿Me buscabas a mí? —dice una voz masculina y desconocida a mi lado.

Me giro y me encuentro con un hombre elegante y de ojos claros. Me recuerda mucho a Sergio.

—Sí, justo —digo descarada.

—¿Y ahora que me has encontrado, qué? —Me sigue el rollo.

—Eso depende. —Sonrío.

—Soy John, encantado.

—Paola, un placer.

—El placer es mío.

—¿También celebrando?

—Sí, soy uno de los afortunados.

—Vaya, qué suerte —suelto sin pensar.

—Más que suerte ha sido mucho trabajo.

—Entiendo, ¿y qué hace un chico tan guapo como tú sin una mujer que lo acompañe en la celebración? —pregunto en un tono lascivo mientras paso mis dedos por la solapa de su chaqueta.

—Lo mismo podría preguntar yo —dice sin quitarme los ojos de encima.

—Yo no estoy celebrando nada.

—Si quieres puedes celebrar conmigo.

—¿Tienes algo en mente? —Me muerdo el labio inferior.

—Muchas cosas... —dice en tono juguetón.

Levanto una ceja.

—¿Pero tú de dónde has salido? —pregunta con el libido por las nubes.

—De tus sueños —río descarada.

—Ni en mis sueños me he topado con una mujer como tú —confiesa demasiado cerca.

—Paola, ¿qué haces? —interrumpe Deseada.

—Pasármelo bien, ¿no es eso lo que querías cuando se te ocurrió la fantástica idea de venir aquí?

Me agarra del brazo con discreción y me separa del chico.

—Suéltame —me quejo.

—¿Te has vuelto loca? —dice en mi oído.

En ese momento llega Valentina.

—Chicas, ¿qué hacéis? Disimulad un poco nos está mirando Fer.

—Deseada, que ha perdido la cabeza.

—No, tú has perdido la cabeza, cómo se ocurre ponerte a zorrear con el amigo de Fer, eso no está bien.

—¿Y quién me va a decir lo que está bien y lo que está mal?, ¿tú?

—Paola, cálmate —interfiere Valentina.

—Yo estoy muy calmada, es tu amiga la que parece alterada.

—¿Crees que tonteando con el amigo de Fer vas a darle celos a él? Lo único que vas a conseguir es que piense lo peor de ti y no quiera volver a verte.

—Me importa una mierda lo que pueda pensar de mí o que no quiera volver a verme, porque entre nosotros no hay nada, esta historia ya se ha terminado. Además él solo me quiere para follar.

—Un tío que solo quiere follarte no te mira como lo hace él, créeme —dice Desi.

—Anda no me hagas reír, ahora resulta que en poco más de un mes se ha enamorado de mí, ¿no?

—El amor no entiende de tiempos, que una vez te hayan roto el corazón no significa que te lo vayan a volver a romper, puede que sí o puede que no, pero si no lo intentas, nunca lo sabrás —añade Valentina.

—Yo no sé si él está enamorado o no, lo que sí sé, es que tú sí lo estás, por mucho que te empeñes en negártelo a ti misma. La química que hay entre vosotros, nunca la vi contigo y con Sergio.

—¿¿¿¿¿Qué!!!??? ¿Yo? ¿Enamorada? —suelto una risotada.

Mis amigas me miran demasiado serias, pero ninguna dice nada. Vale, puede ser que me haya enganchado a Fer, pero de ahí a enamorarme... Eso son palabras mayores, aunque ¿qué es el amor? Creía estar enamorada de Sergio, pero superé nuestra ruptura mucho antes de lo que esperaba. Sin

embargo, ahora no quiero ni imaginar en la posibilidad de no volver a estar con Fer; su piel es un placer al que no podría rehusar.

Quizá solo estoy obsesionada, porque no me hace caso, al menos no como la mayoría de tíos. Estoy acostumbrada a que todos hagan lo que yo quiero y a que babeen por mí y él parece no hacerme ningún caso y eso me trae loca. Puede que esa sea su táctica para enamorarme. Es el único hombre que no me mira con ojitos de venado.

¿Y si resulta que me estoy enamorando hasta las trancas de él? La idea no es tan descabellada, en el fondo hay una persona sensible bajo esta apariencia de chica frívola y superficial. No dejo que afloren los sentimientos que me hacen parecer vulnerable, menos después de lo que me pasó con Sergio, me da pánico que me vuelvan a hacer daño y por eso no pienso atarme a nadie, no quiero sentimientos entremezclados.

—Necesito ir al baño —digo mientras me alejo y dejo a las chicas a la espera de una respuesta que ni yo misma tengo o sí.

Me cruzo con la mirada de Fer. Me mira con cierto desprecio, la tirantez entre nosotros se puede palpar.

Paso por su lado, ignorando por completo su actitud, y salgo del reservado.

Por suerte no hay cola para entrar en el baño. Aprovecho para retocarme la barra de labios. Me miro en el espejo y me veo espectacular, aunque mi mirada denota cierta tristeza.

Al salir me encuentro con Fer apoyado en la pared con los brazos cruzados.

—Ven. —Su seriedad me inquieta.

—¿A dónde?

—¿Me aceptas un baile?

—¿Ahora también bailas house comercial? ¡Qué sorpresa! —Trato de mantener la misma actitud que hasta ahora, pero sin éxito.

Lo sigo y subimos unas escaleras. Me agarro a su brazo para no perder el equilibrio y matarme con estos tacones, con todo lo que he bebido no estoy muy segura de que vaya a poder subir sin tropezar.

Llegamos a una de las salas donde ponen salsa y bachata. Suena *Cómo mirarte* de Manny Rod.

Nos adentramos en el centro de la pista y comenzamos a bailar. En el ambiente se puede respirar el fervor de los cuerpos que, al son de esta melodía, se dejan arrastrar por la pasión.

Fer pone su mano en mi cintura y pega mi cuerpo al suyo. Había olvidado lo que se siente al bailar con él.

Mis piernas se entrelazan con las suyas, mis caderas cogen ritmo y hacemos nuestra la pista. El destello de los *flashes* me encandila.

Comienza a darme vueltas sobre mí misma. Me vuelve a pegar a él y en esta ocasión nuestras bocas quedan demasiado cerca.

Su olor...

Su mirada...

Esos labios...

La suavidad de su piel...

Siento el calor que su cuerpo desprende, el deseo...

Todo él me atrae. Por un momento me olvido de esta absurda guerra de egos y me dejo llevar por mis sentimientos. En este instante solo deseo besarle.

Justo cuando mis labios se van a posar sobre los suyos, él se aparta y sonrío.

—Qué rápido se te han olvidado las humillaciones que sufriste en mi casa —suelta en tono victorioso.

—Eres idiota —le empujo y me voy de allí.

Antes de bajar las escaleras, Fer me agarra del brazo y me mete en uno de los baños de esa planta. Cierra la puerta con pestillo.

Me empuja contra el lavabo y me pone mirando hacia el espejo. La rojiza luz del lugar resalta el carmín de mis labios. Sin decir nada me levanta la falda y me da un azote demasiado fuerte. No puede tratarme así cuando le plazca. Trato de quejarme y hacerme respetar, pero estoy tan excitada que en este momento en lo único que deseo es que haga conmigo lo que quiera. Acto seguido se desabrocha el pantalón y se saca la polla.

Me agarra con fuerza las muñecas y las lleva hasta mi espalda. Me hace daño.

Pasa su erección por mi entrepierna y siento como todo mi cuerpo arde.

—Necesitas un buen castigo por haberte llevado parte de la noche jugando conmigo.

—¡¡¡Suéltame!!! —grito.

Pero mi queja debe escucharse fuera como un leve susurrar, desde aquí puedo sentir el palpitante de la música.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te gusta?, ¿preferirías que fuese mi amigo John el que estuviera aquí ahora?

No me gusta su tono, trato de soltarme, pero su fuerza me lo impide.

Me arranca el tanga sin compasión. No quiero que esto pase, no así, pero estoy tan excitada que me dejo llevar.

Me da otro azote en la nalga, siento un escozor recorrer mi piel.

Mi cuerpo se abre para él y me penetra sin piedad. Mis ojos y los suyos se encuentran en el reflejo del espejo. Su mirada desprende excitación. ¡Joder! ¿Por qué está tan bueno?

Está siendo demasiado violento, pero que haga conmigo lo que quiera me excita. Me estimula saber que es él quien manda en este momento.

Sus manos se aferran con fuerza a mis caderas y me embiste con fuerza. Gruñe con cada estocada. Duele y, al mismo tiempo, es la sensación más deliciosa que mi cuerpo ha experimentado hasta ahora.

Me trastorna tanto placer.

Aprovecho que me ha liberado las manos para poder tocarme y correrme, lo necesito, pero cuando se percata de mis intenciones, vuelve a agarrarme de las muñecas y me inmoviliza.

Oír el choque de su cuerpo contra mis nalgas y sentir el calor de su cuerpo me hacen perder la razón.

Mi corazón se acelera, no aguanto más, estoy a punto de correrme. Gimo y cuando siente que me voy a correr, se detiene. Tras ello, vuelve a penetrarme.

Entra y sale con decisión. El ritmo es cada vez más desesperado. Hasta que sale de mí y esparce su semen en mis nalgas.

Se aleja y yo miro al suelo y veo como su esperma chorrea, me ha puesto perdida. Coge papel y se limpia él sin ofrecerme a mí. Luego se sube el pantalón.

Estoy a punto de explotar, pero intento calmarme. Cojo papel higiénico y me limpio las nalgas. Veo mi tanga destrozada en el suelo, ni siquiera me molesto en recogerlo. Me coloco bien la falda y me quedo sin ropa interior.

Sigo excitada, porque no me ha dejado correrme, pero al mismo tiempo estoy indignada por lo que acaba de hacer, esto no se lo pienso perdonar.

—Esto no te lo voy a perdonar jamás —digo conteniendo mis lágrimas.

Comienza a faltarme el aire y salgo de allí. Bajo las escaleras tan rápido que no sé como no me mato. Ni siquiera voy a avisar a mis amigas, necesito irme de aquí cuanto antes o voy a estallar.

Salgo a la calle y, por suerte, entre la multitud de coches, veo un taxi acercarse, le hago señas con la mano para que se detenga.

—Paola —escucho la voz de Fer detrás de mí—, perdóname, te has llevado toda la noche jugando, pensé que...

—¿Qué? —Me giro hacia él—. Pensaste que esto también era un juego, ¿no? —digo señalándonos con el dedo.

—No te pongas así, yo solo quería...

—¿Humillarme? —le interrumpo.

Estoy temblando.

—Me duele verte así —dice afligido.

—Creo que, sin darme cuenta, me he enamorado —confieso con la voz rota. Las lágrimas afloran.

Su rostro se torna pálido. Está sorprendido, pero no dice nada.

Me giro para montarme en el taxi que se acaba de detener frente a mí. Abro la puerta trasera y escucho su voz como un leve susurrar.

—¡Quédate! —me suplica.

Lo miro y con la respiración entrecortada a consecuencia del llanto le digo:

—¡Vete de mi vida y deja de hacerme daño!

Cierro la puerta del vehículo y le indico al taxista la dirección.

Soy consciente de que esto es un adiós.

Me paso todo el trayecto llorando. Por suerte el taxista no me pregunta y se lo agradezco, porque no me apetece hablar.

Cuando llego a la puerta de mi edificio, el conductor se despide educadamente de mí tras pagarle.

—Espero que pueda recomponerse, se ve usted una mujer fuerte. Buenas noches.

—Gracias —respondo sorprendida antes de cerrar la puerta.

Llevo años sin coger un taxi, utilizando solo el servicio de Uber porque juzgué ciertas conductas de los taxistas y de pronto me doy cuenta de que no todos son iguales y ese pequeño detalle me hace reflexionar sobre algo...

Antes de meterme en la cama escribo un mensaje por el grupo del piso para avisar a las chicas de que me he venido a casa, que no se preocupen.

Por la mañana soy la primera en despertar, aunque las chicas no tardan en hacerlo. Tengo más de veinte llamadas perdidas de Fer y un sinfín de mensajes suyos sin leer.

Estoy sentada en la terraza tomándome un café cuando aparece Valentina. Me da los buenos días y se sienta en un sillón junto a mí.

Cierro los ojos y sigo disfrutando de este solecito tan rico y de la música relajante que tengo puesta en mi móvil.

—¿Qué pasó anoche? —Por el tono, parece preocupada.

—No quiero hablar de anoche, Valentina.

En ese momento llega Desi.

—¿Por qué te fuiste anoche sin avisar, perra?

—No quiere hablar de anoche, déjala —dice Valentina.

—Vale, vale —toma asiento junto a nosotras.

—¿Os molesta la música? —pregunto, pues la tengo puesta en el altavoz del móvil.



Ninguna se queja. Durante un rato permanecemos en silencio disfrutando de este momento.

—Cualquiera diría que estamos en febrero, estoy sudando la gota gorda con este sol —dice Desi.

En ese momento mi móvil comienza a sonar. Me incorporo, miro la pantalla y veo que es Fer.

—¿No vas a cogerlo? —pregunta Valentina.

—No.

Al cabo de un rato, vuelve a sonar mi móvil. No lo cojo. No pasa ni un minuto, cuando otra vez suena.

Desi se incorpora para cotillear y ver de quién se trata.

—Cógeselo o apágalo, así es imposible relajarse —se queja Desi.

Cojo el móvil, descuelgo y me voy a mi habitación.

—Quiero verte, por favor.

Me gusta que me pida las cosas así en ese tono y por favor.

—Creo que ya está todo dicho.

—No, yo no he dicho y me gustaría tener la oportunidad. Por favor, Paola.

Sé que tenemos que vernos, así que no me hago más de rogar.

—Está bien —digo resignada.

—Estoy con la moto, te puedo recoger en un rato.

—Mejor después de comer.

—Vale, ¿a las cuatro?

—Sí, perfecto.

Cuelgo y sonrío. Parece que voy a tener una cita con él.

Regreso a la terraza y hablo con las chicas, ellas me cuentan sus aventuras de la noche anterior, yo prefiero omitir las mías por esta vez.

Comemos algo ligero en la terraza y luego me voy directa a la ducha y me arreglo. Me pongo unos vaqueros, una camiseta básica y unas deportivas. El pelo me lo dejo suelto y con ligeras ondas.

A las cuatro en punto salgo de casa. Bajo y Fer ya está esperándome en la puerta, apoyado sobre su moto. El corazón me palpita con fuerza.

Luce camiseta básica beis, cazadora de piel negra y vaqueros del mismo color. Lleva puestas unas gafas Ray-ban Wayfarer que le dan un punto elegante y provocador a partes iguales.

No sé qué voy a decir o hacer después de lo que le confesé anoche, quizá debería decirle que fue fruto del alcohol, que no es lo que siento realmente, pero ¿es eso cierto? Me temo que no.

Me gusta demasiado. No sé si la palabra amor sea la más idónea para describir esto que experimento, pero qué más da, son solo palabras, etiquetas que le ponemos a sentimientos que no deberían tenerlas, ¿quién más que yo puede saber lo que siento? ¿Por qué tengo que llamar amor a un sentimiento único? ¿O es que acaso mi amor es el mismo que el que otras personas sienten? Lo dudo muchísimo.

Cuando llego a su altura permanezco en silencio.

—¿No vas a saludarme? —Se acerca más a mí.

Divertida por su media sonrisa, lo miro y respondo:

—Hola.

—Me refería con un beso —aclara demasiado cerca de mi boca.

¿Así reacciona después de lo que le confesé anoche? No doy crédito.

Le doy un beso en la mejilla y me alejo.

—Espero que no te dé miedo —dice mientras me entrega un casco.

Le miro desafiante.

Nunca antes me he montado en moto, por lo que no lo sé.

Se coloca su casco y se sube a la moto, yo hago lo mismo. Arranca con un fuerte derrape y no puedo evitar aferrarme a su cintura.

No sé a dónde me lleva, pero por alguna razón tampoco me preocupa. Percibo la velocidad a la que vamos por la fuerza con la que el viento nos golpea, quiero decirle que no corra tanto, pero el rugido del motor y estos cascos impiden toda comunicación.

Ahora mismo tengo la adrenalina por las nubes.

Nos alejamos de la ciudad y nos adentramos en un carril de arena. Los baches se sienten con intensidad.

Se detiene junto a una arboleda, donde hay otras motos estacionadas. Creo que estamos por Casa de Campo.

—Ya puedes soltarme —dice tras parar el motor.

—Lo siento.

—Casi me dejas sin respiración, veo que estás muy cariñosa hoy —suelta entre risas.

Le lanzo una mirada fulminante.

Nos bajamos de la moto y caminamos hasta llegar a un pequeño café escondido casi en mitad del campo. Entramos y tomamos asiento.

Él pide un café solo, yo lo pido con leche.

—¿Has descansado? —pregunta sin apartar la vista de mis ojos.

—¿Lo dices por mis ojeras?

—¿Qué ojeras? Estás preciosa. —Alza una mano y me acaricia la mejilla. Un escalofrío recorre mi piel.

—No seas adulator —trato de disimular que el roce de su piel no provoca un revuelo en mi interior.

—Es la verdad. —Sus ojos adquieren un brillo especial—. Yo no sé qué es lo que siento por ti, solo puedo decirte que jamás he conocido a alguien que me haga sentir lo que tú.

Su confesión me coge por sorpresa.

—No te confesé mis sentimientos para que me dijese que tú sientes lo mismo, sino para que entendieras que no podemos seguir viéndonos —acierto a decir.

—¿Por qué dices eso?

Me observa con demasiado interés y yo trato de cuidar y medir muy bien las palabras que voy a decir.

—Fer, no nos engañemos, tú y yo nunca podremos tener nada.

—¿Por? —Frunce el entrecejo.

—Pues..., porque tú buscas en una mujer cosas que yo no puedo ni quiero darte —confieso.

—¿Pero de qué hablas? Tú tienes todo cuanto puedo pedir de una mujer.

—He visto los vídeos de esas chicas, he visto tus vídeos con ellas, las cosas que les haces... Yo jamás voy a permitir prácticas como el *fisting*.

—No tienes por qué hacerlo, yo disfruto contigo.

—Pero también disfrutas haciendo eso.

—Disfruto dando placer y no puedes negar que disfrutas cuando te lo hago, porque tú misma te delatas.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque cuando te hago algo que te excita mucho te muerdes el labio inferior y no hay nada que me ponga más cachondo que verte hacer eso, porque en ese momento sé que lo que quiera que esté haciendo, lo estoy haciendo bien.

Con su respuesta me deja sin palabras.

—Permíteme descubrir qué es esto que siento cuando te tengo cerca, por favor —suplica mientras entrelaza su mano con la mía.

Intento entenderle, pero no respondo. Él, al ver que no digo nada, pone carita de perrito abandonado.

Me hace gracia su gesto y no puedo evitar dejar escapar una sonrisa.

—¿Eso es un sí? —pregunta.

¡Dios, cómo me mira!

—No lo sé. Tengo que pensarlo...

Ambos reímos.

—¿Qué tal si vamos a pasar el resto de la tarde a la bolera? Así tienes tiempo de sobra para pensarlo.

—¿A la bolera? —pregunto sorprendida.

—¿Qué pasa no sabes jugar a los bolos?

¿Me estás subestimando? Por supuesto que sé jugar, pero prefiero omitir ese dato y divertirme un poco.

—No —pongo carita de niña inocente.

—No te preocupes, yo te enseño.

Entre risas, seguimos charlando y disfrutando del lugar. Cuando nos terminamos el café, pedimos la cuenta y nos vamos.

Dejamos la moto lo más cerca posible de la bolera y caminamos juntos, como lo haría cualquier pareja, sin embargo, a mí me parece algo especial. Quizá porque es la primera vez que lo hacemos. Quiero darle la mano como una tonta, pero va a pensar que soy una cursi y una ridícula, y yo soy cualquier cosa menos eso. De hecho no sé qué me pasa con él.

Nunca he sido una mujer demasiado romántica, sé que soy bastante fría, menos en la cama, ahí soy puro fuego, todo hay que decirlo. Pensé que después de lo Sergio forjaría una coraza difícil de romper, al igual que hice con mi primer novio hace ya muchos años, pero parece que Fer se coló en mi corazón antes de que terminase de forjar mi armadura de hierro y desde el interior es más fácil resquebrajarla.

Llegamos al lugar, nunca he estado en esta bolera, aunque sí había oído hablar de ella, la verdad es que en Madrid no suelo frecuentarlas. Sé jugar (y muy bien, por cierto), gracias a las horas que he pasado con mis compañeros en la bolera del hotel en Punta Cana, todos los días después de cenar nos íbamos a beber a la bolera.

Una frágil luz azulada ilumina las pistas.

—Vamos a por los zapatos —indica.

—¿Qué zapatos? —pregunto haciéndome la loca.

—No podemos usar nuestros propios zapatos, tenemos que ponernos unos que alquilamos aquí para protegernos los pies.

Nos colocamos los horribles zapatos para gigantes y nos dirigimos a elegir bola.

Espero a que él me dé instrucciones, aunque yo ya sé que cada color indica un peso distinto. Como no dice nada hablo yo.

—Cogeré esta que parece que pesa menos —miento, pues en realidad he cogido una de peso intermedio, pero se ajusta a mí mano a la perfección.

Nos dirigimos a la pista. Fer me mira de reojo como preocupado porque me vaya a hacer daño.

Me explica las normas y yo las voy repitiendo como si fuese tonta.

—Lanzaré primero para que te fijes cómo se hace —dice sin quitarme la vista de encima.

—Vale. —Me contengo la risa.

Se quita la cazadora y la deja sobre un banco. Sus prominentes bíceps quedan al descubierto. Su bronceada piel resalta con el color beis de la camiseta, que le queda de infarto.

Coge la bola, se acerca al inicio del carril, lo contempla, alza el brazo y su tríceps se tensa.

Uf... Dios mío, ¡qué calor! No sé cómo me puede excitar con tanta facilidad.

Lanza la bola y esta rueda hasta el final derribando cuatro bolos.

—Mi turno —digo divertida.

—Lanza con suavidad —me aconseja.

Me posiciono para lanzar mi bola y cuando lo hago esta derriba todos los bolos de una.

—Vaya, ¡qué suerte! —dice boquiabierto.

—Sí, ¿has visto?

Vuelve a lanzar y en esta ocasión derriba un bolo más. Cuando llega mi turno vuelvo a derribar todos.

—¿Estás segura de que nunca has jugado? —pregunta sorprendido.

—Nunca —miento.

La escena se repita hasta el final de la partida.

—Ueee. He ganado. —Alzo los brazos en señal de victoria.

—Menuda tramposa, sabías jugar. —Viene directo hacia mí.

Me descojono de la risa.

—Te vas a enterar —me agarra en brazo y me pone en su hombro como si fuese un saco de patatas. Luego me da un par de azotes sobre el vaquero.

—¡¡¡Bájame!!! —le pido.

¡Qué vergüenza! Los pocos jugadores que hay en la sala nos miran y se ríen.

—Mi chica es una tramposa, merece un castigo —dice Fer a uno de los chicos que nos miran.

¿Mi chica? ¿Ha dicho mi chica? Me encanta como suena eso.

Estar con Fer es diferente a lo que he sentido antes con cualquier otro hombre, con él todo es apasionado y siempre está presente ese toque picante y a la vez divertido.

Sinceramente creo que lo que está ocurriendo entre nosotros es una auténtica locura, pero no tengo fuerzas para detenerla, solo me queda dejarme llevar por esta tormenta de sentimientos.

Esa noche me quedo a dormir en su casa, hacemos el amor con la misma pasión que siempre, pero con un sentimiento diferente. Se pasa la noche abrazado a mí y eso me gusta.

Por la mañana desayunamos juntos, luego me despido y me voy a casa, me toca prepararme para unas semanas duras. Comienzo el curso de instructora y me va a tocar estudiar mucho, pues a diferencia del examen de TCP, aquí no hay margen de error. Se supone que yo debo conocer al detalle todos los conocimientos necesarios para este oficio.

Nerviosa, y al mismo tiempo feliz, pasan los días. Durante la primera semana el curso es online, muchas horas, muchos vídeos y mucha información. La segunda semana es presencial, en las propias oficinas de la empresa; ahí conozco a los otros tres instructores que comienzan en la compañía.

Durante estas semanas no puedo ver a Fer, no es porque no quiera, es que se trata de una oportunidad con la que llevo años soñando y no puedo echarla a perder por un romance, tengo que estudiar y mucho, así que no tengo tiempo libre apenas. Él lo entiende, o al menos eso me hace creer. Me llama cada noche antes de acostarme y me anima, me dice que cuando pase esto lo celebraremos juntos. A mí me entran cientos de dudas, porque pienso que quizá durante este tiempo pueda quedar con otra, pero no le transmito mis inseguridades y simplemente trato de no pensar en eso.

A pesar de que estoy centrada en el curso y tengo todas mis energías puestas en el examen, no me olvido de mi madre, ¿cómo hacerlo?, es la mujer más importante de mi vida; siempre lo ha sido. Recuerdo cómo nos contaba cuentos una noche tras otra hasta quedarnos dormidas. Y ahora... Ahora ni nos recuerda. Es duro aceptar que su mente se pierde cada día en una nebulosa gris de la que nunca saldrá. Maldita enfermedad.

Llamo a mi hermana para preguntar cómo está, pero no me coge el teléfono y lo intento con mi padre. Da la casualidad de que se encuentra en ese momento en el centro, haciéndole compañía a mi madre.

—¿Cómo está? —pregunto, aún sabiendo la respuesta. Sé que no mejorará y eso me parte por la mitad, por eso trato de no pensarlo cada día.

—Hoy está tranquila.

—¿Te recuerda?

—No lo sé. Su mirada cada vez está más perdida. Al menos hoy no me ha echado a patadas. —Ríe con tristeza.

—Siempre ha tenido mucho carisma.

—Tu madre ha sido una mujer muy fuerte e independiente. Es muy duro ver que no puede manejarse por sí sola.

En ese momento me doy cuenta de que me enfadé mucho con él cuando me enteré de su traslado sin pensar en lo que podía estar sufriendo viendo a la mujer con la que ha pasado su vida apagarse poco a poco.

—Lo siento, papá.

—No lo sientas, hija. La vida es así.

—Siento que esto esté pasando.

En realidad siento un millón de cosas más. Siento no poder estar más cerca para acompañarlos, siento haberme enfadado tanto, siento no haberlos visitado más durante estos años, siento no decirles cuánto los quiero más a menudo.

—No te preocupes. Todo irá bien.

—Lo sé... —musito.

Me despido prometiendo que llamaré en unos días y que bajaré a Sevilla en cuanto pueda. Y esta vez lo haré. Dejaré de retrasarlo por tonterías y viajaré a visitar a mi familia y a darles todos esos abrazos atrasados.

—Tengo que dejarte, papá. Dale un beso a mamá. Dile que la quiero.

—Se lo diré. Cuídate mucho. Te quiero.

---

El día del examen estoy muy nerviosa, sé que me lo juego todo a una carta. Han sido dos largas semanas de trabajo intenso y ahora me lo juego todo a una. No hay margen de error, no puedo tener ningún fallo, aunque de manera extraoficial nos han informado que si fallamos una sola pregunta también pasaríamos. Aun así, es muy poco margen de error, debo estar muy concentrada. Me tomo una tila antes de salir de casa, aunque la verdad es que cuando estoy muy tensa nada consigue relajarme.

Aprovecho el trayecto en Uber, de camino al examen, para llamar a Fer. Estaba dormido y lo he despertado, pero a él parece no importarle. Por alguna razón su voz me transmite serenidad y me relaja.

Parece mentira que me haya enganchado a él de esta forma.

Cuando cuelgo el teléfono aprovecho para leer las últimas noticias de aviación. Me quedo atónita cuando leo el titular: «Detenidos 15 tripulantes

por blanqueo de dinero en España». Comienzo a leer la noticia que me deja atónita.

*La Guardia Civil ha participado en la desarticulación de una red que blanqueaba dinero procedente del narcotráfico en Colombia con la ayuda de auxiliares de vuelo. Se han intervenido seis millones de euros en efectivo. El dinero viajaba oculto en dobles fondos de equipajes o adherido al cuerpo de los colaboradores. Además de la Guardia Civil, en la investigación ha participado la Policía Nacional de Colombia Dijin y la agencia estadounidense Homeland Security of Investigation. Los tripulantes aprovechaban su condición para transportar grandes cantidades de dinero.*

La noticia me deja atónita y no puedo evitar acordarme de Carmen y de que estuve a punto de aceptar cometer semejante locura.

No era la primera noticia que leía al respecto, pero sí la primera de la que tenía constancia en España. Un par de años antes, estando en el aeropuerto JFK, presencié como el personal de inmigración detuvo a media tripulación de una aerolínea estadounidense. Luego leí en un periódico británico que cuando los detenidos declararon ante el juez dijeron que las personas que les entregaron los dólares trataron de obligarlos a llevar más de cinco mil, pero nadie aceptó sacar sin declarar una cantidad mayor a la permitida.

Tras esto, las fotos de quienes entregaron el dinero fueron cotejadas con varias imágenes de individuos sospechosos de la mafia colombiana y allí no figuraba ninguno de ellos, en cambio sí coincidieron con las fotos dos empleados de la DEA, por lo que se pudo demostrar que estos agentes encubiertos fueron quienes les entregaron los dólares y no gente del narcotráfico.

Fue un caso muy sonado y al final creo que la tripulación se salvó por los pelos, pero me temo que no correrán con la misma suerte los quince detenidos en España.

Sin duda, nuestras acciones condicionan de una forma ineludible nuestro camino, a veces ni siquiera somos conscientes de ello. Aquel día, cuando me llamaron para ofrecirme el puesto de instructora no solo me brindaron la oportunidad de mi vida, sino que me salvaron de caer en el abismo y de acabar con mi carrera profesional.

Ahora estoy a punto de dar un paso más allá. El Uber se detiene, me bajo del coche y contemplo el edificio.



Los grandes retos requieren de grandes sacrificios; he pasado dos semanas preparándome para este momento, no permitiré que el miedo consuma mis energías. Una gran oportunidad me espera y voy a conseguirla.

## 21

Después de dos horas que se me hacen cortas, salgo del examen totalmente agotada. La sensación es extraña, por un lado creo estar segura de mis respuestas, por otro tengo la sensación de haber fallado en más de una pregunta. Trato de no pensar en esto por ahora, pues hasta por la tarde no nos darán los resultados.

Quedo para comer en Malasaña con las chicas y celebrar que, para bien o para mal, esto ha terminado. Han sido dos semanas sumamente duras, en las que apenas he tenido tiempo para otra cosa que no sea estudiar.

Llego al restaurante y tomo asiento junto a las chicas. Pedimos la bebida y al cabo de un rato aparece Fer. Entra en el local y varias chicas se le quedan mirando. Él se quita sus gafas de sol al más puro estilo de Hollywood y nos busca entre la multitud.

—Le he avisado yo —dice Desi al tiempo que le hace un gesto con la mano para que nos vea.

Me alegra que lo haya hecho, me moría de ganas por verle. Ahora que lo tengo tan cerca no sé cómo he aguantado sin él estas dos semanas.

Se acerca y viene directo a mí, me rodea por la cintura y me da un beso que me quita aliento.

—¿Puedo unirme? —pregunta con una sonrisa deslumbrante.

—Claro —digo feliz.

Charlamos sobre el examen y al cabo de un rato, angustiada, digo:

—¡Ya! Mejor hablemos de otra cosa, no quiero hablar más del examen, la suerte está echada, lo que tenga que ser será.

—Eso —dice Valentina.

—Mejor contadme vosotros, ¿qué habéis hecho estas dos semanas? —pregunto en general.

—Yo echarte de menos —se apresura a decir Fer.

—Oh, qué tierno —se mofa Desi.

—Es la verdad —insiste él.

Mientras comemos, las chicas me ponen al día de sus últimas aventuras. Me gusta que Fer esté delante y ellas se sientan cómodas hablando de sus cosas, sobre todo, Valentina, que apenas le conoce.

Fer, aprovecha en más de una ocasión para poner su mano en mi pierna por debajo de la mesa. Siento como mi cuerpo se tensa ante el contacto con su piel; le deseo demasiado.

—Bueno, entonces ahora ¿qué sois?, ¿novios? —suelta Valentina de repente.

Casi me atraganto con el vino.

Fer se ríe y me mira. Yo no respondo.

—Las etiquetas nunca me han gustado —dice él al fin.

—Uy, pues a mí sí me gustan, ayudan a tener las cosas claras —suelta Valentina.

Entiendo lo que mi amiga quiere decir, pero es cierto que el amor en la vida real se vive de una forma muy diferente a como lo pintan en las películas y en los libros. A veces es más relajado y otras corre como el viento, pero en ninguno de los casos es fácil saber cuando dos personas son novios, porque a nuestra edad ya nadie se pide salir, eso son cosas de jóvenes que quedaron en el instituto.

—Se pueden tener muy claras sin necesidad de ponerle nombre —le responde Fer.

—¿Os parece si vamos pidiendo el postre? —dice Desi para cambiar de tema y yo me uno al carro.

—Sí, yo había pensado en pedir tarta de chocolate, ¿y vosotros?

—Por mí está bien eso —dice Valentina.

—Yo prefiero un café. Por cierto, ¿me vais a dejar robaros a vuestra amiga esta tarde?

Su pregunta me desconcierta.

—Umm..., ¿qué planes tienes para Paola?

—He reservado una sorpresa para que se relaje después de estas dos semanas tan duras.

—Bueno, bueno, no conocía esta parte tuya tan romántica —suelta Desi.

Él parece avergonzado y no dice nada.

—¿De qué se trata? —Curioseó.

—Es una sorpresa, si te lo digo dejará de serlo.

¡Qué misterio!

En ese momento suena mi teléfono.

—¿Sí?

—Buenas tardes, ¿hablo con Paola Gutiérrez?

—Sí, soy yo.

—Soy Mario Vilas, del departamento de recursos humanos.

¿Mario? ¿Qué hace uno de los directores ejecutivos llamándome personalmente? ¿Habrá pasado algo?

—Ah, sí. ¿Sucede algo? —pregunto con la voz temblorosa.

—Te llamaba porque ya me han pasado los resultados de la prueba y he querido darte la noticia personalmente.

—¿Todo bien?

—Bueno, has tenido un único fallo, pero no te preocupes, el puesto es tuyo.

Quiero gritar de alegría, saltar, bailar, reír, llorar..., pero aprieto fuerte los dientes y tenso todo mi cuerpo para no hacerlo.

—¿No estás contenta? —pregunta al no tener respuesta por mi parte.

—Estoy contentísima, es que estoy controlándome para no gritar de alegría —confieso.

Escucho como exhala una sonrisa.

—Verás, te comento. Toda tu programación queda cancelada desde este momento, pero el vuelo que tienes programado para la semana que viene a Río de Janeiro lo tendrás que hacer. Después de eso te mandaremos el horario de los próximos tres meses que ya sabes que es fijo y no cambia, también te mandaré en un *email* la información con la sala en la que impartirás los cursos y el material a tu disposición. No te preocupes, que el primer día estará alguien contigo ayudándote con todo. Además la primera semana asistirás a las clases de otros instructores para que vayas familiarizándote y veas como lo hacen otros compañeros.

—Perfecto, muchísimas gracias por esta oportunidad.

—Gracias a ti. Estamos en contacto.

Cuando cuelgo grito y salto de alegría.

—¡He pasado! ¡He pasado!

Todos los comensales me miran. Cuando me percató, hago un gesto con las dos manos en señal de perdón y algunos me sonrían.

---

Tras una tarde de celebración estupenda todos juntos, Fer y yo nos despedimos de las chicas y nos vamos a buscar su coche.

Conduce por Madrid sin decir nada, veo que no salimos de la ciudad. Ansiosa por saber a dónde me lleva pregunto:

—¿Falta mucho?

—Ya casi estamos.

Por alguna extraña razón este momento me recuerda a las sorpresas que me preparaba Sergio, a nuestra historia, a cómo terminó todo... Un miedo sin sintiendo me invade. ¿Qué estoy haciendo? No estoy preparada para sufrir otro desengaño amoroso.

Dejamos atrás la estación de Atocha y entramos en un *parking* en el que dejamos el coche. Caminamos unos metros y llegamos a un lugar llamado Hammam.

—Te vendrá bien relajarte —asegura Fer.

Entramos en el establecimiento y una chica muy amable nos recibe. Fer le indica que tiene una reserva.

—Le estábamos esperando. Avisaré al anfitrión de que ya están aquí. — Ella sonríe.

Tomamos asiento en unos *pubs* y la chica nos ofrece de beber té Chai y agua con una rodaja de jengibre y una rama de canela. Sobre la mesita baja, con un presentación muy cuidada, deja unas mandarinas con canela y clavo.

—¿Al anfitrión? —pregunto cuando la chica se aleja.

—Sí, es el anfitrión en su casa: el Hammam. Es como un concepto de exclusividad y dedicación al cliente centrado en que este se sienta cómodo y pueda vivir la experiencia plenamente.

—Entiendo. —Bebo un poco de agua para hidratarme.

Desde la entrada ya se respira paz y tranquilidad. Huele a tierra mojada, a naranja y canela.

El anfitrión llega y nos recibe con amabilidad y cercanía. Le acompañamos por un largo pasillo inundado de velas y llegamos a los vestuarios.

Casi en un susurro nos explica que los baños cuentan con tres termas con distintas temperaturas y que el silencio es muy importante, no obstante dice que nadie nos molestará, pues el paquete que ha reservado Fer incluye el cierre del lugar en exclusiva para nosotros durante dos horas y media.

Nos invita a disfrutar de las termas durante un rato; luego vendrán a buscarnos para el masaje.

¿Masaje y todo?

Me pongo el bañador que me han entregado junto con el albornoz.

Cuando salgo del vestuario, Fer ya está esperándome. Lleva el albornoz abierto y su pronunciada tableta al descubierto. El bañador negro, tipo *slip*, marca todo lo que esconde en su entrepierna y cuando digo todo, me refiero a todo.

Un calor me recorre por dentro y no son precisamente los vapores del lugar los causantes de mi subida de temperatura.

El lugar parece sacado de un cuento de la época romana, pero con los lujos de este siglo. Las velas aromáticas sumadas a los vapores emanados por las aguas calientes me sumergen en un estado de paz y serenidad deleitable.

Fer baja los escalones y se sumerge en el agua, yo hago lo mismo sin poder apartar la vista de su ancha espalda.

El agua está caliente, pero mi cuerpo se adapta con facilidad a la temperatura.

Esto sí que es tranquilidad, sobre todo, sin nadie más alrededor que te moleste. Me siento como una princesa en mi propio templo. Vivo la experiencia de una forma única, como nunca antes lo había hecho. He estado en muchos *Spas* y baños en los hoteles en los que nos alojamos, pero nada comparado con esto.

Confieso que cuando he visto que Fer me traía a unos baños árabes he pensado que qué poco original; sin embargo, esto es otro concepto, aquí te acercan de forma distinta a ti mismo. Los rituales de relajación que nos tienen preparados me llevan a viajar hacia un lugar al que viajo poco: a mi interior. Esto es justo lo que necesitaba.

Recorro con la mirada el cuerpo mojado de Fer.

¡Joder, qué bueno está!

En mitad de estos baños parece una figura divinizada de la antigua roma.

—Por tu bien deja de mirarme así —dice con un leve susurro.

—¿Así cómo? —Me hago la tonta.

—Con deseo —afirma.

Pensé que no se iba a dar cuenta. Sonrío y cierro los ojos.

El anfitrión, sin ser pesado, nos va guiando en todo momento; llega y con su paz nos guía para que experimentemos diferentes emociones que nos llevan a distintos estados. Me sorprenden cómo consiguen hacerte olvidar de la vida del exterior, todo se reduce al ahora.

Entramos en una sala iluminada con una luz tenue y romántica. El sonido del agua correr en una pequeña fuente ameniza el momento. Las velas aromáticas le dan al ambiente un toque erótico.

Cada elemento de decoración está meticulosamente cuidado para trasladarte al pasado.

Tal y como nos indica una de las masajistas, ambos nos quitamos el albornoz y nos tumbamos boca abajo en nuestras respectivas camillas. Nos colocan una toalla por encima.

Un hilo musical comienza a sonar.

—Vamos a trabajar la relación con nuestro primer chacra con un aceite de ámbar rojo, se trata del primero de los aceites egipcios y nos va a ayudar a trabajar esa relación con nuestro chacra raíz. Entre sus propiedades también se encuentra su efecto relajante, que resulta idóneo para combatir el insomnio y equilibrar la libido —indica la masajista mientras preparas las mezclas.

Escucho a Fer, que está tumbado en una camilla junto a mí, esbozar una sonrisa.

«A ver si se le equilibra la libido que lo tiene por las nubes». Pienso para mí mientras dejo que el olor a ámbar rojo penetre por mis fosas nasales.

Al cabo de unos segundos siento la cálida mezcla sobre mi cuerpo. Una sensación de paz inunda todos mis sentidos y me siento feliz y relajada. En este momento nada puede irrumpir mi sosiego.

¡Oh! Esto sí que es vida. Justo lo que necesitaba.

La chica masajea mi espalda con destreza y mi cuerpo se relaja. Aplica cierta presión en algunas zonas de mi cuerpo, pero sin que la sensación llegue a ser desagradable.

El tiempo pasa volando y cuando más a gusto estoy la chica me informa que ya puedo incorporarme lentamente y entrar en la ducha para quitarme los restos de aceite.

—¿Te ha gustado? —pregunta Fer cuando las masajistas salen.

—Sí, aunque me hubiese gustado más que me diera el masaje un hombre, al igual que a ti te lo ha dado una mujer, pero ya veo que te has encargado de que eso no pase —ríe.

Me levanto y voy directa a una de las duchas, Fer hace lo mismo y en vez de entrar en la ducha que está al lado entra en la mía.

—¿Qué haces loco? Si entran y nos ven aquí juntos me muero de la vergüenza.

—Le decimos que necesitabas ayudar para quitarte la esencia de la espalda —me besa.

Algo crece en su entrepierna.

—Uf, con este olor me dan ganas de comerte entero.

—Umm.

Intentamos controlarnos, aunque nos cuesta demasiado. Nos duchamos juntos y nos ponemos el albornoz antes de salir.

Nos adentramos de nuevo en los baños, dejo que el agua me embriague con sus aromas y texturas. Permito que acaricie mi piel con su temperatura y me dejo llevar por las delicias de un placer del que emerge bálsamo y belleza.

Para finalizar con este regalo para mi cuerpo y mis sentidos, el anfitrión nos guía hasta una sala de reposo decorada con una jaima, farolillos árabes con velas en su interior, cojines retro con diseños de mandalas y una bandeja oriental redonda con dos copas junto a una cubitera con una botella de vino.

—Esto es como un renacer —confieso mientras brindo con Fer.

—Sabía que te vendría bien —me guiña un ojo y le da un sorbo a su copa de vino.

—Sí, a veces lo único que necesitamos es detenernos y disfrutar de los detalles simples.

—Así es, porque esos son los que nos llevan a la felicidad —asegura.

Nos besamos..., nos abrazamos..., nos excitamos..., y paramos.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos? —pregunto nostálgica.

—¡Cómo olvidarlo!

—Parece que fue ayer, pero ya han pasado varios meses...

—¿Sabes? Desde el momento en el que te vi en aquel avión me gustaste.

—No me había dado cuenta —ironizo.

—Pero te hiciste la dura.

—Te recuerdo que tenía novio y yo sí soy fiel o al menos lo intento con todas mis fuerzas —digo al recordar aquel beso furtivo que nos dimos durante la fiesta, cuando aún estaba con Sergio.

—Lo sé y eso me gustó aún más.

—¿Y qué más te gustó de mí? —pregunto coqueta.

—Tu seguridad a la hora de afrontar aquella emergencia a bordo, tu agilidad, la forma en la que me mirabas, tus labios, tu sonrisa, tu desparpajo, tus bromas tan malas...

—Eh, tan malas no eran —río.

—Me llamaste Ferreol Roche, ¿puede haber algo menos original?

—Por qué me dijiste que eras de oro o algo así, ya no me acuerdo —vuelvo a reír.

—Tengo algo que proponerte —dice en tono serio.

Asiento con la cabeza, no porque no quiera responderle, sino porque estoy tan relajada que apenas tengo fuerzas para hablar.

—Quiero que sepas lo importante que eres para mí. Sé que esto te puede parecer muy precipitado y no sé qué nos deparará el destino, pero lo que sí sé es que me gustaría que fuese contigo. No quiero estar contando las horas para verte y ahora que con tu nuevo trabajo vas a estar en Madrid quiero saber que cada noche, al acabar el día, regresaras a mi cama. Quiero que te vengas a vivir conmigo.



Se me corta la respiración. Un torbellino de emociones me invade. El lugar comienza a dar vueltas, los colores se tiñen de gris. Mi cuerpo pesa, pesa demasiado y no puedo con él. La oscuridad lo inunda todo.

Abro los ojos y una fulgente luz blanca inunda mis sentidos. No se escucha nada más que un pitido intermitente. ¿Dónde estoy?, ¿es esto el cielo?, ¿he muerto? Comienzo a ponerme nerviosa y la señal sonora se altera. En ese momento, como si de una visión se tratase, aparece ante mí Fer.

—Paola —dice con cara de preocupación.

—¿Qué ha pasado?

—Tranquila, te has desmayado, ha sido solo un desvanecimiento —dice mientras me acaricia el pelo.

—¿Dónde estoy?

—Estamos en el hospital, he llamado a Desi y ya viene para acá. —Me coge de la mano y planta un beso en ella.

Su calidez me reconforta y comienzo a tomar conciencia de la situación.

En ese instante entran Desi y Valentina.

—Amiga —gritan como locas y siento que me va a estallar la cabeza.

Vienen directas a mí y me abrazan.

—Voy a avisar al médico de que ya has despertado —dice Fer.

—¡Ay! —me quejo al sentir un tirón de la vía que me han puesto en el brazo con suero.

—Perdón, perdón —se disculpa Valentina.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Desi.

—No lo sé, estábamos en unos baños árabes y perdí el conocimiento.

—Claro, eso es por el calor del vapor.

—Menudo susto nos has dado —confiesa Valentina.

Al rato entra el médico y le pide a mis amigas y a Fer que salgan de la habitación.

—¿Qué sucede? ¿Estoy bien? —pregunto asustada.

—Sí, tranquila, solo le he pedido a tus amigos que salgan por cuestiones de confidencialidad.

Asiento.

—Tras los análisis hemos visto que está todo bien, la consecuencia real del desmayo es su embarazo.

¿Qué embarazo?

—¿Estoy embarazada? —pregunto casi sin aliento.

—¿No lo sabía?

—No.

El doctor continúa hablando y felicitándome por la noticia, pero para mí no hay nada que celebrar. Me pierdo en mis pensamientos.

¿Cómo es posible que esté embarazada? Me tomé la dichosa pastilla y me la tomé dentro del margen previsto. ¿Cómo voy a decirle a Fer que estoy embarazada de él? Aunque... ahora que lo pienso creo que este mes no me ha bajado la regla, no será...

—¿Y de cuánto tiempo estoy doctor? —interrumpo.

—Ocho semanas.

No, no puede ser. Estoy embarazada de Sergio. Trato de mantener la calma mientras el médico está presente.

Quiero preguntarle si aún es posible abortar, pero por alguna razón me parece una pregunta fea, así que no digo nada, ya lo buscaré por internet más tarde.

—¿Le puedo pedir que no comente nada a mis amigos, por favor? Quiero que sea una sorpresa —miento.

—Por supuesto, no tiene que preocuparse. Voy a preparar el informe para el alta, ahora aviso a la enfermera para que le quiten la vía y podrá irse a casa.

—Gracias. —Fuerzo una ligera sonrisa.

No sé qué voy a hacer, sé que tengo que contarles la verdad, sobre todo a Fer, pero ahora no es el mejor momento. Necesito pensar, aclarar mi mente. Por un lado quiero solucionar esto que para mí es un problema, por otro saber que una pequeña vida crece dentro de mí me hace sentir extraña, diferente.

Lo primero de todo ahora es calmarme y ordenar mis ideas. Necesito decidir qué voy a hacer con... No puedo tomarme algo así a la ligera.

Suspiro y contengo el llanto.

Fer y mis amigas entran en la habitación.

—¿Qué te ha dicho el médico? —pregunta Fer.

—Nada, que tengo que comer más, ha sido un simple desmayo, por el vapor de los baños.

—Ha sido culpa mía, no debí llevarte allí —se lamenta Fer.

—No digas tonterías —agarro su mano—. No ha sido culpa tuya, es el mejor regalo que me han hecho nunca.

Valeria y Desi nos miran sorprendidas, como si se hubiesen perdido un capítulo de nuestra historia de amor.

—¿Cuándo te dan el alta? —pregunta Desi.

—Ya, ahora en cuanto me quiten la vía y me traigan los papeles me puedo ir.

—Te vienes conmigo a casa, quiero cuidar de ti —dice Fer.

—Si no te importa me gustaría descansar en mi casa, prefiero estar allí.

—En ese caso iré contigo —insiste.

—Prefiero estar sola esta noche —confieso y veo como el rostro de Fer se tensa.

—Nosotras cuidaremos de ella —suelta Valentina que se percata de que algo me pasa.

Cuando me dan el alta, Fer nos acerca a casa en su coche. Hacemos el trayecto en el más frío de los silencios. Mis amigas saben que ha pasado algo que no he contado y Fer, si no lo sabe, probablemente, lo sospecha. Llegamos a mi calle y me despido de él con un beso en los labios, le doy las gracias por traernos y por todo en general.

—Siento que tu sorpresa haya terminado así —me lamento antes de bajarme del coche.

—No te preocupes por eso, ahora descansa —me da otro beso.

Las chicas y yo subimos a casa.

—¿Nos vas a contar ahora qué ha pasado? —dice Desi mientras Valentina mete la llave en la cerradura para abrir la puerta.

—Deja que entremos y nos sentemos al menos —le dice Valentina—. ¿Quieres un poco de agua, Paola?

—Sí, por fa. —Me siento en el sofá y me llevo las manos a la cabeza.

—Toma. —Valentina me entrega el vaso de agua y se sienta junto a Desi.

Ambas observan en silencio como bebo. Ninguna dice nada, están a la espera de que les cuente lo que me pasa.

—Estoy embarazada —confieso al fin.

—¿¿¿¿¿Qué???! —gritan al unísono.

No digo nada, en cambio, rompo a llorar.

—Tranquila, amiga; no pasa nada. No es tan grave, podría ser mucho peor, esto tiene remedio y nosotras estamos aquí para apoyarte decidas lo que decidas —dice Valentina.

—¿Por qué no se lo has dicho a Fer? —pregunta Desi.

—Porque el niño no es suyo.

—¿¿¿¿¿Cómo???! —Ambas parecen sorprendidas.

—¿Entonces, de quién? —pregunta Valentina.

—De Sergio.

—Nooooo, pero...

—Estoy de ocho semanas —interrumpo a Desi.

—Madre mía, qué jaleo y ¿qué vas a hacer? —Valentina parece preocupada.

—No lo sé, hace casi dos meses que no sé nada de él, no sé si ya está con otra, si ha vuelto con su ex o si... —Rompo a llorar.

—Tranquila, verás que todo va a salir bien —me consuela Valentina.

—Bien comenzaban a irme las cosas, por fin iba a estar estabilizada en Madrid con mi nuevo trabajo como instructora, con Fer también parecía estar estabilizándose la relación..., me invitó a irme a vivir con él.

—¿Y qué le has respondido? —pregunta Desi.

—Nada, me desmayé antes de responder.

—Bueno, mira el lado positivo, así has ganado tiempo para pensarlo —suelta Valentina.

Ambas ríen y al ver que yo no lo hago, se ponen serias de nuevo.

—La pregunta es ¿quieres tener un hijo ahora? —Desi pone en marcha la bomba.

—No lo sé, bueno sí, sí lo sé. No quiero tener un hijo ahora, porque no es el mejor momento, pero por otro lado...

—Pues dile a Fer que el niño es suyo y problema resuelto, así no tienes que hablar con Sergio —suelta Valentina.

Desi y yo la miramos con perplejidad.

—¿Qué? Es una opción. —Levanta los brazos a la defensiva.

—Decidas lo que decidas aquí vamos a estar —dice Desi—. Pero ahora creo que lo mejor será que descanses y dejes de pensar, ya tendrás tiempo de hacerlo.

—Sí, eso. Vamos a la cama. —Valentina se levanta del sofá y me agarra del brazo para ayudarme a incorporarme. Desi hace lo mismo.

—Chicas que estoy embarazada no inválida.

Me acompañan a la habitación, me pongo el pijama y me acuesto en la cama.

No puedo dormir. ¿Cómo se maneja una situación así? En estos momentos no sé por qué me apetece estar con mi madre, hablar con ella y que me cuente qué sintió cuando supo que estaba embarazada de mí, preguntarle cómo se hace..., pero quizá ya ni lo recuerde. Su imagen en aquel lugar se me

viene a la cabeza y me desgarrar por dentro. Ojalá la hubiese visitado más durante los últimos años, pero este trabajo me ha tenido absorbida.

Coloco las manos sobre mi vientre como si fuese a sentir algo más que miedo y angustia. No sé qué voy a hacer, no puedo mentirle a Fer, cómo voy a decirle que el niño es suyo cuando no lo es, ¿estamos locos? Por otra parte, tan pronto le diga que estoy embarazada de otro me mandará bien lejos, ¿qué clase de hombre se hace cargo de un hijo ajeno en pleno siglo veintiuno? Con respecto a Sergio, después de lo que me hizo, ni siquiera se merece que le diga que va a ser padre. Lo mejor es que yo sola saque adelante a mi hijo. No necesito a ningún hombre para ello, además ahora con mi nuevo trabajo pasaré más tiempo en Madrid y como mi labor consiste en dar clases puedo seguir trabajando durante los meses de embarazo.

Cojo mi móvil y sin pensarlo busco en internet «Abortar en España». Leo varios artículos y llego a la conclusión de que con la ley actual puedo abortar libremente durante las primeras 14 semanas, me siento afortunada de vivir en un país con una ley que regule el acceso a este derecho de una manera segura, libre y gratuita. Al menos sé que tengo esa posibilidad y que como mujer libre que soy puedo decidir qué hacer con mi cuerpo. Nunca antes me había parado a pensar en la importancia de los derechos sexuales y reproductivos, parece mentira que aún haya quienes se opongan al aborto, al derecho a decidir si ser o no madres. Las mujeres somos personas libres y por ello, la sociedad debe respetar decisiones como abortar sin discriminación.

No me gusta sentirme así: atrapada en este dilema. Ojalá alguien pudiera darme la respuesta correcta, aunque no sé si en estos casos realmente hay una opción mejor que otra, puede que al final cualquier decisión bien meditada sea perfecta.

Llego al aeropuerto y miro todo con cierta nostalgia. Ya sé que tengo derecho a estar de baja y que dadas las circunstancias sería lo mejor, pero también necesito alejarme de todo para pensar con claridad y tomar una decisión. Además tratándose de mí último vuelo quiero hacer un esfuerzo, pues no sé cuando volveré a volar como tripulante de cabina, espero que pronto, porque ahora que estoy aquí, tengo la sensación de que voy a echarlo de menos.

Cuando entro en la sala de firmas me encuentro con una desagradable sorpresa: Valeria. Sí, la misma que me puso perdida de champán la noche de la fiesta, la misma con la que Sergio me estuvo engañando durante todo nuestro noviazgo.

Trato de actuar con normalidad, no puedo perder los nervios. Saludo a mis compañeros, incluido ella, y tomo asiento.

Durante el *briefing* la sobrecargo le asigna a Valeria la coordinación del servicio, me da coraje porque yo soy la más antigua de la tripulación y se nota a leguas que ella no tiene ni idea.

Nada más llegar al avión me dirijo a mi puerta y me pongo con el chequeo del material de emergencia.

Valeria se pasa todo el embarque coqueteando con un pasajero. Menuda irresponsable, en vez de estar contando las comidas y asegurándose de que todo el servicio de *catering* está correcto... Los miro y veo como él saca el móvil, seguro que le está dando el número de teléfono. Estoy a punto de ir a decirle algo, pero por suerte la sobrecargo anuncia por megafonía que hemos terminado el embarque.

Durante el despegue en vez de realizar el *silent review*, pienso en Sergio, en qué habrá sido de él en este tiempo, en si habrá vuelto con Valeria y en cómo le voy a decir que estoy embarazada de él.

En cuanto la señal de cinturones se apaga me voy directa al *galley* a preparar el servicio. Valeria comienza a organizar los cajones de los bares y los coloca mal. Como ninguno de mis compañeros la corrige me veo en la obligación de hacerlo yo, no podemos salir así al pasillo.

—Esto no se pone así —la corrijo—. Según el manual se pone solo una botella de vino blanco y una de vino tinto.

—Tenía entendido que eran dos de vino tinto, una cerrada y la otra abierta, y una de vino blanco, abierta también —dice ella con esa voz dulce de niñata pija.

—Pues lo tenías entendido mal, han mandado una circular esta semana ¿no te la has leído?

—La verdad es que no —confiesa.

—En este trabajo hay que estar actualizada —le recuerdo.

En ese momento llegan Álex y Eli, otra compañera.

—Álex, ¿puedes ir preparando las cafeteras para luego? —le pide ella.

El chico se pone manos a la obra sin rechistar, se ve que se conocen y se llevan bien.

Valeria comienza a sacar las comidas de los hornos y a emplatarlas en las bandejas. Como veo que lo hace excesivamente lenta me pongo a ayudarla por el otro lado del caro sin que me lo pida.

—Ya están las cafeteras, he preparado cuatro, una por carro —dice Álex.

—Perfecto, con eso sobra. Gracias —le indica Valeria.

—Yo prepararía otras cuatro, porque luego hay que repetir, así ya están listas —sugiero, pues he coordinado muchas veces este servicio.

—No, no hay que repetir —afirma ella un tanto altiva.

—Sí, sí que hay que repetir —insisto sin dejar de sacar comidas de los hornos, pues como me detenga nos coge el toro.

Ella sale del *galley* y busca su bolso, regresa con el manual en la mano y me muestra la parte en la que dice que no se repite. De verdad que no entiendo como la sobrecargo pone a esta inútil a coordinar el servicio.

—Valeria, tienes que aprender a leerte las circulares y estar actualizada. Las nuevas aún no estáis familiarizadas con eso, pero las actualizaciones son muy importantes para que la operativa salga bien —digo lo más educada posible.

Ella se va sin decir nada, apuesto a que va a preguntarle a la sobrecargo. Yo me quedo sola emplatando, mientras el resto de compañeros están repartiendo las comidas especiales. En ese momento vuelvo a sentir la misma sensación que en el balneario y el cuerpo me pesa. Todo me da vueltas. Me agarro a lo primero que puedo con tan mala suerte que me agarro a una de las bandejas del horno. El estruendo me reanima. Por suerte llevo puestos los guantes protectores, si no me habría achicharrado la mano. Cuando miro al



suelo veo que dos bandejas de los hornos han caído, acabo de cargarme ocho comidas. En ese momento aparece Eli en el *galley*.

—¿Qué ha pasado? —pregunta llevándose las manos a la cabeza.

—Me ha dado un pequeño mareo y se me han caído.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, sí.

—Venga, vamos a deshacernos de esto y aquí no ha pasado nada.

La miro cómplice. Ella también lleva varios años en la compañía y nos conocemos de haber volado juntas en más de una ocasión.

Tiramos todas las comidas a la basura y limpiamos con papel los restos del suelo.

—Gracias.

Justo en ese momento Valeria llega al *galley*. Eli me guiña un ojo. Como los carros ya están listos salimos al pasillo. Por supuesto yo me cojo el carro que está completo y le dejo a ella el carro con las ocho comidas menos.

Cuando Eli y yo vamos por mitad de la cabina, Valeria llega y me suelta:

—Me faltan diez comidas, ¿tú has emplatado todo?

—Sí, todo lo que había en los hornos. Mi carro está completo.

—El mío no —asegura.

—El tuyo te lo has emplatado tú —me justifico.

Sin decir nada más se va y yo continuo con el servicio.

Una vez que terminamos el servicio regresamos al *galley*, nos encontramos recogiendo todo cuando llega la sobrecarga.

—¿Qué ha pasado con las comidas, Valeria? ¿Por qué faltaban diez si me dijiste que estaba todo ok y que sobraba una? —le pregunta en un tono muy poco amistoso.

—Sí, y así era, pero no sé qué ha pasado —responde Valeria asustada.

—Hay dos pasajeros que aún no tienen comida y van a poner una reclamación a la compañía —sigue la sobrecarga.

—No sé, yo conté bien.

—¿Estás segura de que contaste? —interrumpo yo, pues no quiero que me echen las culpas a mí—. Te pasaste todo el embarque hablando con un pasajero.

—Por supuesto que conté —dice alterada.

—Ve y discúlpate con los dos pasajeros, ofréceles algo de la venta a bordo y dile que ha sido culpa tuya —ordena la sobrecarga.

—Pero es que...

—Cuando termines vienes a la parte delantera a buscarme —la sobrecargo la interrumpe y tras decir eso, se va.

Valeria me mira con odio y se marcha también.

Me siento mal por lo que ha pasado, pero no voy a permitir que me hagan un informe negativo en mi último vuelo, no quiero despedirme con una mala imagen, además se la debía por lo que me hizo en la fiesta la muy...

De pronto me entra una fatiga horrible y tengo que ir a uno de los baños que están en mitad de la cabina, porque los traseros están ocupado. En la puerta me encuentro con Eli, que me mira con cara de preocupación.

—Necesito entrar, es urgente.

Ella me cede el paso.

Las arcadas persisten, pero como no he comido nada, no tengo nada para echar. Me siento enferma. Cuando me recompongo y salgo me sorprende ver a Eli aún en la puerta.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupada, pues ha debido escuchar mis rugidos.

—Sí, sí —digo mientras me voy a la parte trasera del avión para no tener que darle más explicaciones.

Cuando llego al *galley* me encuentro a Valeria con la basura abierta y dos comidas sobre la encimera.

Me quedo paralizada.

—Vaya, parece que han aparecido las comidas —digo intentando parecer natural, aunque la voz me tiembla.

—Parece que alguna rata las ha tirado —dice con tanto carácter que incluso me asusta.

—Si prestaras más atención a tu trabajo...

—Yo presto atención a mi trabajo. Las comidas estaban todas contadas —asegura.

Ahora no puedo echarme atrás, tengo que seguir haciendo como si no supiera nada.

—Valeria, que te he visto. Te has pasado todo el embarque ligando con el pasajero ese guaperas. A ver, que yo te entiendo, ahora que tu novio te ha dejado, tendrás que buscarte algún entretenimiento.

De pronto, ella furiosa, coge una de las comidas que tiene en la mano y la estampa contra la encimera. El caldo del pollo con arroz salpica todo mi uniforme llenándolo de lamparones.

—Mira pedazo de zorra —alza la voz—. He tratado de ser profesional y dejar nuestros problemas personales a un lado, pero está claro que contigo es

imposible. Yo no tengo la culpa de que hayas sido la otra, porque es eso lo que has sido, la amante de mi novio —hace hincapié en estas últimas palabras.

Y eso me duele y me entristece, porque una parte de mí sabe que lleva razón en lo que dice. Por un momento tomo conciencia de que estoy embarazada de un auténtico capullo.

—No te voy a permitir que me hables así —aciento a decir, porque en este momento lo único que quiero es encerrarme a llorar.

—Tú a mí no me tienes que permitir nada. Si querías encontrarme lo has conseguido, porque a mí no me pisotea nadie.

En ese momento Álex entra en el *galley*.

—Uy, pero ¿qué te ha pasado en el uniforme, Paola? Parece que vas a feria de Sevilla con esos lunares —su estúpido comentario me irrita.

Por suerte ambos salen y me dejan a solas. Respiro y trato de tranquilizarme.

El resto del vuelo transcurre sin más altercados. Una vez que termina el desembarque nos dirigimos a la terminal del Aeropuerto Internacional de Galeão para pasar el control de aduanas. Aquí suelen ser muy estrictos con los alimentos que se introducen. Está totalmente prohibido entrar con fruta, leche, queso, miel, carnes de cualquier tipo, entre otros. Uno de los agentes me entrega el documento para declarar si llevo algún tipo de comida. Declaro que no.

Dejo mi equipaje y mi bolso sobre la cinta para que lo escaneen y paso. Espero más de lo habitual y veo que mi bolso de mano no sale. Cuando por fin lo veo aparecer al final de la cinta, un policía lo coge y me indica que vaya con él.

Me pongo nerviosa, pues no entiendo qué han podido ver en el escáner si no llevo nada de comida. El policía abre el bolso y comienza a sacar mis pertenencias. De pronto saca un plátano. No doy crédito, ¿de dónde demonios ha salido eso?

Miles de teorías pasan por mi cabeza, pero solo una tiene lógica: alguien me ha metido el plátano ahí.

—Lo siento muchísimo, es un plátano que traigo desde casa, ni siquiera me acordaba que estaba ahí. Ha sido un vuelo muy largo agente. Por favor no me multe —le ruego al policía.

Está claro que no traigo este plátano de casa, pero si le digo a este señor que no sé cómo ha llegado a mi bolso pensará que le estoy mintiendo y será peor.

La sobrecarga se acerca y entre ambas intentamos hablar con el agente, pero no hay forma. Finalmente me pone una sanción, aunque la mínima posible.

—No te preocupes, Paola, no voy a notificarlo a la compañía —dice la sobrecarga cuando nos alejamos.

—Muchas gracias, pagaré la multa por internet en cuanto llegue al hotel y listo.

—Es lo mejor, así ya te quitas el problema de encima.

Caminamos por el aeropuerto y la zorra de Valeria tiene el descaro de acercarse a mí y decirme:

—Paola, pero ¿cómo eres tan despistada?

La miro y con una mano agarro con fuerza la maleta, con la otra el bolso, necesito tener ambas manos ocupadas o juro que reviento a esta pija a guantazos.

—La próxima vez no deberías subestimarme —me susurra al oído y continúa caminando junto a su inseparable amigo Álex.

La sangre me hierve, pero no voy a entrar en su juego y menos aquí delante de toda la tripulación. Es mi último vuelo y no quiero escándalos. Pronto no tendré que volver a verla.

Cuando llego al hotel lo primero que hago es conectarme al *wifi* y pagar la denuncia.

Tengo varios mensajes de Fer y de las chicas, me limito a responder a todos con un simple «acabo de llegar, voy a descansar que estoy agotada». Las chicas parecen quedar conforme con mi mensaje, pero Fer tarda apenas unos segundos en llamarme.

—¿Cómo ha ido el vuelo?

—Bueno..., agotador —respondo casi sin fuerza.

—¿Y eso?

—Nada nuevo, debe ser que llevaba demasiado tiempo sin volar —miento, pero no puedo explicarle nada de lo que ha pasado.

—Sabes que tenemos una conversación pendiente, ¿verdad? —dice en tono bromista, aunque puedo apreciar cierta tristeza en su voz—. No llegaste a responder a mi pregunta —añade al ver que no digo nada.

Sé que tengo que hablar con él, contarle lo de mi embarazo y tomar una decisión con respecto a nosotros.

—Sí, lo sé...

—¿Vendrás a casa después del viaje?

—¿Podemos hablar cuando llegue? Es que estoy agotada del vuelo.

—Me gustaría saberlo ahora, pensé que lo tenías claro —insiste.

—Ahora no, por favor.

—Paola, no sé qué te pasa, pensé que te haría ilusión que diera un paso más contigo, sobre todo después de que me confesaras lo que sientes por mí, ¿acaso ya no lo sientes?

Percibo el miedo en su voz y eso me rompe el corazón.

—Claro que sí, pero... es complicado ahora mismo.

—¿Por qué? No lo entiendo, no entiendo qué es lo que ha cambiado. Yo... yo... creo que también me he enamorado de ti.

Su declaración de amor me aterroriza, porque puedo lidiar con mis sentimientos, puedo alejarme de él y sufrir este amor en silencio, pero lo que jamás podría soportar es hacerle daño.

—Fer, si es cierto eso que dices, por favor te lo pido, hablemos de esto cuando llegue a Madrid.

Resopla al otro lado del teléfono.

—Está bien, descansa —su voz suena rota.

Tan pronto cuelga el teléfono rompo a llorar. Un grito de dolor sale de lo más profundo de mi ser.

No entiendo por qué estoy así, debería estar feliz de saber que voy a ser madre, que voy a poder vivir en Madrid gracias a mi nuevo puesto de trabajo como instructora y voy a poder darle a mi hijo y a mi vida una estabilidad.

Confieso que tengo miedo a perder a Fer, nunca antes había tenido miedo a perder a un hombre, quizá lo quiero de una forma enfermiza, quizá no es amor, no lo sé. Solo sé que no quiero estar sin él, pero sé que después de esto tampoco puedo estar con él, no puedo mentirle y decirle que el niño es suyo, tampoco puedo obligarlo a cargar con un hijo de otro.

Tengo la extraña y dolorosa sensación de que toda nuestra pasional historia quedará en el olvido.

Al día siguiente me despierto casi a la hora de comer. Me pongo un vestido cómodo y bajo a comer algo.

No me apetece ir al centro de la ciudad, ya he estado antes y conozco lo más básico de Río de Janeiro, además tengo mal cuerpo.

Tomo asiento en el restaurante del hotel y le echo un vistazo a la carta, todo lo que leo me produce arcadas, todo excepto el sándwich de queso y pavo, así que me pido esa miseria y es lo único que como en todo el día.

Regreso a la habitación y me pongo la ropa deportiva para ir al gym, pero rápido me percato de que no sé si es buena idea correr en la cinta o hacer pesas estando embarazada, así que me desvisto y me siento en la cama desesperada. Tampoco puedo ir al *spa* porque me da miedo a sufrir un mareo y caerme allí sola.

Me tumbo en la cama y clavo la mirada en el techo. Me siento perdida, este no es un buen momento para tener un bebe: mi madre ingresada en una clínica, un nuevo reto profesional que afrontar, el padre del bebe... en paradero desconocido y yo enamorada de otro hombre.

Recibo un mensaje de Eli.

*¿Estás en el hotel?*

Respondo de inmediato.

*Sí, no me apetecía ir a la ciudad,*

*¿y tú?*

*También, es que no quiero gastar y ya he estado varias veces. Ahora voy al gym por si te apetece unirte...*

*No me apetece mucho,*

*pero si quieres nos vemos cuando termines y tomamos algo.*

Vale,

*¿te parece si vamos al centro a cenar en plan tranqui?*

*Venga, genial.*

Cuando Eli termina de entrenar me escribe y comienzo a acicalarme. Salir un rato del hotel me vendrá bien para despejar la mente.

Vamos caminando a la terminal del aeropuerto, junto al hotel, y cogemos un BRT, que es el autobús más rápido y directo para llegar al centro.

Paseamos por la zona y vemos algunos lugares turísticos que ambas ya conocemos, como la plaza Marechal Floriano, el Teatro Municipal, la Cámara, la Biblioteca Nacional, la Catedral Metropolitana, la Feria Saara...

Había olvidado que después del horario comercial, a eso de las seis de la tarde, muchos negocios y tiendas cierran y el barrio se vuelve un poco desolado e inseguro.

Tomamos asiento en la confitería Colombo, un símbolo de la ciudad de Río. Se trata de uno de esos edificios históricos y acogedores que te llevan a olvidarte de la vida del exterior, aunque es demasiado turístico, todo hay que decirlo. Sin embargo, su arquitectura original, la decoración y el ambiente hacen que regrese para vivir la experiencia. Como teníamos el contacto de uno de los camareros hemos reservado mesa en el salón principal, en la planta baja, donde se puede comer a la carta.

Durante la cena tengo suerte y puedo comer lo que me apetece sin nauseas.

Eli me cuenta los últimos vuelos que ha hecho, yo decido contarle la noticia sobre mi incorporación al departamento de instrucción y que este será mi último vuelo, por el momento. Le pido que sea discreta y no diga nada, cuanto menos gente lo sepa mejor.

De postre, pedimos Brigadeiro, la especialidad de la casa. Se trata de unos dulces típicos de la gastronomía brasileña.

—¿Te apetece ir a tomar un cachaza? —sugiere Eli.

Se refiere a una bebida alcohólica brasileira que se obtiene de la destilación de la caña de azúcar.

—Uf, no tengo el cuerpo para alcohol y menos para eso —confieso, pues lo he probado en más de una ocasión y es alcohol puro, una bomba. Además con el embarazo no puedo beber.

—Pero ya que estamos aquí podíamos dar una vuelta y tomar algo, ¿no?

—Claro, sí, sí. Por mí no hay problema, me tomo un refresco.

—Qué *light* te has vuelto —ríe.

Vamos a Lapa 40 Graus, un lugar enorme con tres plantas. Pedimos y nos quedamos en la sala principal, donde se encuentran las mesas de billar. El lugar está abarrotado de gente.

Eli me pregunta por el curso de instructora y yo le cuento las particularidades y lo mucho que difiere del que hacemos como tripulantes.

El tiempo se nos pasa volando, parece que a ella el tema de ser instructora le llama mucho la atención.

De pronto, me parece ver a Valeria jugando al billar con unos chicos.

—Oye, ¿aquella de allí no es Valeria? —Señalo con discreción para que Eli la vea.

—Sí, y Alex.

—¿Con quién están?

—No lo sé, pero veo mucho roce entre ella y el chico de la camiseta roja, debería cortarse un poco que tiene novio.

—Ah, ¿tiene novio? —Curioseó.

—Está con Raúl, el mecánico.

—¿¿¿¿Qué???! ¿Desde cuándo?

—Hace poco, yo me enteré en el último vuelo, me lo dijo una compi que voló con él.

—¡Qué fuerte!

—¡Mira, mira! —dice Eli que no da crédito a lo que ve.

—Uy, que se van a besar —digo mientras cojo mi móvil y le hago un par de fotos.

Alex la separa del chico antes de que sus labios se junten. Reviso las fotos y en ellas se ve como él la agarra de la cintura y ella entrelaza sus manos en los cabellos de él. Aunque no se han besado, en las fotos parece lo contrario.

Se me acaba de ocurrir algo muy divertido.

—¿Tienes el contacto de Raúl? —le pregunto a Eli.

—No, ¿por qué?

—Lo necesito.

—¿Para?

—Para cobrarme la multa que me pusieron ayer en aduanas.

—¿Qué?

—Pues que el plátano me lo metió Valeria en el bolso.

—¿Qué dices? ¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque me odia y porque cree que yo tiré las comidas a la basura para putearla.

—¿Por qué iba a pensar eso?



—Porque su novio era mi novio —confieso.  
—Me he perdido —dice con cara de circunstancia.  
—Su ex, Sergio, fue mi novio y durante un año estuvo con las dos.  
—¿Qué? ¿Pero qué clase de hombre hace eso?  
—Un capullo.  
—Me acabas de dejar a cuadros.  
—¿No conoces a alguien de oficinas que nos pueda pasar su contacto?  
—No, pero mi amiga, con la que volé la semana pasada lo tiene.  
—Pídeselo, por fa.  
—Voy.

La amiga le pasa el número de teléfono casi al instante. Agrego a Raúl a mi agenda de contactos y le envió una de las fotos, en la que parece que realmente se están besando. Además le escribo este mensaje:

*No nos conocemos, pero me he enterado de que estás saliendo con Valeria. Siento enviarte tan desagradable imagen, pero a mí me estuvieron engañando durante un año y me hubiese gustado que alguien me abriera los ojos antes.*

Sé que esto le va a costar una pelea buena, pero se lo merece por zorra.

Le cuento mi historia con Sergio a Eli, eso sí sin confesarle que estoy embarazada. Al cabo de un rato me empiezo a encontrar mal y regresamos en taxi al hotel.

---

Por la mañana, cuando despierto, lo primero que hago es mirar el móvil, pero Fer no me ha escrito. Compruebo si Raúl ha leído mi mensaje y sí lo ha hecho, aunque no me ha contestado, lo entiendo.

Para el vuelo de regreso me siento demasiado fatigada, pero no digo nada, no quiero que me dejen aquí en el hotel. Necesito volver a casa cuando antes, y saber que este será mi último vuelo me anima. Pensé que me daría más pena dejar de volar, aunque sea de forma temporal, pero me equivoqué, quizá es por la situación por la que estoy pasando...

Cuando terminamos con el primer servicio nos ponemos a charlar en el *galley*. Eli y yo hablamos con otras compañeras sobre lo que hemos estado haciendo en Río. Valeria, que también está presente, no cuenta nada de lo que ha hecho con Álex, quiero preguntarle, pero no procede. Algunas compañeras nos enseñan los cientos de fotos que han hecho. Yo saco mi móvil para enseñar algunas fotos que hice con Eli. Muestro algunas de las que hicimos,

obviamente sin enseñar la de Valeria con ese chico, pero sí que aprovecho para soltar una indirecta.

—¿Has visto qué bien se me da la fotografía, Valeria?

Ella se queda pálida, mientras que el resto no se percata de nada. Sin mediar palabra se va del *galley*. Apuesto que va a *business* a buscar a su amiguito Álex para contárselo.

Tan pronto se va aprovecho para poner mi bolso a salvo, no me fío de ella ni un pelo, después de esto es capaz de cualquier cosa.

Cuando regreso me encuentro que solo está Eli y menos mal, porque justo en ese momento me vuelve a dar un pequeño mareo y casi caigo al suelo.

—Paola, ¿estás bien? —pregunta Eli asustada.

—Sí, sí, ha sido solo un pequeño mareo.

—Voy a avisar a la sobrecarga —asegura.

—No, no. No es necesario de verdad. Estoy bien —aseguro.

—Pero esos mareos son peligrosos, deberías ir al médico.

—Estos mareos son normales, al igual que las nauseas. Estoy embarazada —acabo confesándole.

Después de este vuelo hemos dejado de ser compañeras que se cruzan en un vuelo cada varios meses para convertirnos en confidentes. Sé que puedo confiar en ella.

—¿Por qué lo dices con esa cara? —pregunta triste.

—Porque no me apetece ser madre soltera.

Aunque me cueste reconocerlo es lo que va a suceder, porque no quiero volver con Sergio, ni siquiera sé si quiero confesarle que este hijo es suyo y Fer... Fer no va a cargar con el hijo de otro.

—¿Y el padre?

—El padre es un cabrón.

—¿Te ha dejado sola?

—No, lo he dejado yo.

—¿Por qué?

—Porque... me engañaba con otra —tan pronto digo esto sé que ya está atando cabos.

—¿Se trata de Sergio? —pregunta sin dar crédito en un leve susurro, como si estuviésemos hablando de un delito.

—Sí. —Agacho la cabeza avergonzada.

—Menudo capullo, y ¿cómo ha reaccionado cuando le has dicho que estás embarazada?

—No se lo he dicho, ni se lo voy a decir. Para él he sido solo su amante. Buscaré la forma de sacar adelante a mi hijo sola —digo entre lágrimas convencida de que así será.

—Tranquila, Paola.

En ese momento aparece Valeria en el *galley*, le doy la espalda y aprovecho para limpiarme las lágrimas. No voy a darle el gusto de verme así.

—Nos dejas un momento a solas —le dice a Eli.

—No tengo nada que hablar contigo —aseguro.

—Yo creo que sí. Por favor, déjanos solas —le dice de nuevo a Eli con una mirada desafiante.

—No es buen momento, Valeria —confieso.

—He escuchado todo lo que habéis hablado —suelta, aunque en su voz no hay sarcasmo o maldad.

Me quedo en *shock*, eso sí que no me lo esperaba, si es que por más años que pasen una no aprende que en los *galleys* no se pueden revelar secretos.

Le hago un gesto con la mirada a Eli para que se marche y nos deje solas.

—No tienes derecho a meterte en esto. Por favor te pido que no le digas nada a Sergio —le ruego.

—Tengo derecho a hacer lo que me dé la gana, pero tranquila, no voy a decirle nada si no quieres, pero creo que te equivocas.

—No necesito tu...

—¡Escucha! —me interrumpe—. Te voy a decir una cosa, Sergio puede ser un cabrón que nos ha engañado a las dos, un cobarde por mentirnos, puede ser todo lo que tú quieras, pero jamás sería un mal padre. He compartido cinco años con él y sé la ilusión que le haría esta noticia. Además, aunque me dé rabia admitirlo, su único error fue enamorarse de ti.

Escucharla decirme estas palabras me hace sentir como un ser perverso y detestable.

—Él nunca ha estado enamorado de mí, me mintió —sentencio.

—Nos ha mentido a las dos, porque es un puto cobarde, pero me consta que él está enamorado de ti, lo vi en sus ojos el día que me dejó y me habló de vosotros.

—¿Te habló de nosotros? —pregunto extrañada.

—Sí, me pidió perdón por todo el daño que me había hecho y me confesó que se enamoró de ti, que nunca fue su intención, pero que en el corazón no se manda. Así que piensa muy bien lo que vas a hacer, si tu corazón te pide estar con él no reniegues de eso, porque te arrepentirás. Quizá este hijo sea la oportunidad perfecta para empezar de cero.

—¿Me estás diciendo que vuelva con él?

—Te estoy diciendo que te dejes llevar por lo que tu corazón te diga y que Sergio merece saber que va a ser padre.

Sus palabras parecen honestas, maduras y muy sabias.

—¿Por qué haces esto después de lo que te he hecho?

—Porque soy mujer, y porque también quiero a Sergio y sé perdonar. Aparte, ambas nos hemos hecho cosas feas.

Se me escapan dos lagrimones. No puedo creer que haya sido capaz de arruinar su relación con Raúl por culpa de mis... ¿celos? ¿Por qué iba a estar celosa si ya he superado lo de Sergio? ¿Acaso sigo sintiendo algo por él?

—Lo del plátano estuvo bien, eh —digo entre lágrimas y risas.

—Lo de la foto ha estado mejor, aunque te juro que no pasó nada con ese tío. Me fui al hotel —dice apenada. Estoy segura de que ha discutido con Raúl por mi culpa.

—Lo sé. Eres una gran persona, Valeria, siento mucho haberte juzgado y haber comenzado esta guerra absurda. No me puse en tu situación. —Suspiro arrepentida por lo de la foto.

—Chicas corred, que una pasajera se ha desmallado —interrumpe Álex nervioso.

Corro hacia donde se encuentra la pasajera y sigo los protocolos sin perder los nervios. Al momento, llega un médico y solicita el botiquín, le indico que ya lo he pedido y que está en camino, pero cuando llega, la señora ya ha recobrado el conocimiento.

De pronto, atraviesan mi mente escenas de aquel primer encuentro con Fer; fue una situación muy parecida, aunque este señor mayor que está ayudándome con la emergencia nada tiene que ver con él.

Según comenta el doctor, la señora ha sufrido un síncope. La sobrecarga me hace rellenar el informe y me felicita por la soltura y tranquilidad con la que he afrontado la situación. Le digo que ha sido esencial la colaboración de Valeria para que le haga un informe positivo. Es lo menos que puedo hacer por ella.

---

Al llegar a Madrid lo primero que hago es llamar a Raúl, no lo coge, así que vuelvo a intentarlo por segunda vez. Responde y, avergonzada por la situación, le explico lo ocurrido y por qué hice lo que hice, también le aclaro que Valeria y el chico no se besaron. Él parece molesto y no queda muy convencido con mis argumentos. Antes de colgar le vuelvo a pedir disculpas.

Espero que mi llamada apacigüe la tensión entre ambos. Por la conversación que hemos tenido, he podido percatarme de que está muy enfadado con Valeria.

Llego a casa exhausta después de una larga e intensa jornada.

Necesito descansar.

## 25

Un rayo de luz en la cara me despierta. Olvidé bajar la persiana. Miro el móvil, son las once. Abro el WhatsApp y veo que tengo más de treinta mensajes sin responder. Comienzo por Fer, ha llegado el momento de hablar con él, seré honesta.

*Perdona, ayer llegué agotada del vuelo y me quedé dormida, si quieres podemos quedar esta tarde.*

*Vale, estaré en casa.*

Vaya, ¡qué seco! Pero después de cómo me he portado con él los últimos días qué esperaba ¿rosas y corazones?

Hubiese preferido quedar con él en un lugar público, dónde la tentación de comérmelo no me aceche, pero veo que está molesto y con toda la razón, sabe que algo me pasa, pero no el qué, llevo esquivándole desde el día del hospital.

Por la tarde, después de comer una simple ensalada, me visto sin ganas y me pongo lo primero que encuentro en el armario. Enchufo la plancha del pelo para que se caliente mientras cubro mis ojeras con un poco de maquillaje. Me cepillo el pelo y me hago unas ligeras ondas.

Cojo las llaves de casa, mi cartera, las gafas de sol y lo meto todo en un bolso pequeño. Mientras espero el ascensor pido el Uber, no tengo ganas de caminar hasta casa de Fer.

Son las cuatro y media cuando llego a su casa. Toco el timbre y nadie abre, vuelvo a intentarlo una segunda vez y al momento Fer abre la puerta. Me mira, lo hace con esa mirada suya imposible de descifrar.

Entro en su casa y él cierra la puerta a mis espaldas. Yo aún no he dicho nada, no me atrevo ni a mirarle, mucho menos a abrir la boca, aunque sea para decir un simple «hola».

—¿Vas a decirme de una vez qué pasa? —pregunta con un débil tono de voz.

Me giro hacia él y le miro. Sus ojeras le delatan. No está bien y yo me siento responsable de su estado.

—Pensé que entre nosotros había confianza —dice al ver que no digo nada y sus palabras me calan hondo.

—Estoy embarazada —suelto sin más.

—Pues el niño no puede ser mío —asegura y su seguridad me sorprende.

—Lo sé —acierto a decir.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estoy embarazada de ocho semanas. ¿Y tú?, ¿por qué estabas tan seguro de que no era tuyo?

—Porque soy estéril.

Su respuesta me deja atónita.

—¿Cómo... lo sabes? —indago.

—Siempre he querido ser padre, mi ex y yo estuvimos buscando durante casi un año y al ver que no se quedaba embarazada nos hicimos las pruebas.

—Lo siento.

—Tranquila, es algo que superé hace tiempo. ¿Quién es el padre, Sergio?

—Sí.

—¿Lo sabe?

—No.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, estoy perdida, Fer —confieso mientras me echo a llorar.

Él me acoge en su pecho, me abraza con fuerza y me besa sobre el cabello.

—Te he echado tanto de menos, deberías habérmelo dicho en el hospital, no tendrías que haber pasado por esto sola.

—Perdóname —susurro entre lágrimas.

Con sus manos sobre mi rostro me aparta con delicadeza y sin dejar de mirarme a los ojos me dice:

—Quiero que sepas que decidas lo que decidas yo te voy a apoyar, pero nada me gustaría más que me dejaras ser el padre de tu hijo.

Le miro perpleja.

—No puedo obligarte a cargar con un hijo que no es tuyo.

—No me estás obligando, soy yo quien te lo está pidiendo.

Me alejo de él confundida, terriblemente confundida. Pensé que confesándole que estaba embarazada de otro me lo iba a poner fácil, me dejaría y entonces no tendría que elegir.

—No sé... —digo llevándome las manos a la cabeza intentando pensar con claridad—. Es mejor que...

—Yo te quiero, Paola —interrumpe y su confesión me atraviesa.

Durante unos segundos nos miramos. Puedo ver el deseo en sus ojos. Se lanza y me besa. Sentir el tacto de sus labios provoca una oleada de sensaciones que me hacen enloquecer. Huele a él y eso me reconforta, es un aroma que transmite seguridad.

Su asalto me coge por sorpresa, no estaba preparada para esto. Me muerde el cuello y la respiración se me corta. Pasa sus manos por mis pechos y las mías, incontrolable, se deshacen de su camiseta. Disfruto con el tacto de su piel, deslizo mis manos por sus firmes pectorales, juego con mis dedos que se cuelan por los cuadrados de su pronunciada tableta.

Me devora a besos, puedo percibir lo mucho que me desea y yo me siento excesivamente excitada, debe ser el embarazo. Dejo que haga conmigo lo que quiera, no pongo resistencia a ninguna de sus peticiones. Presiona mis hombros para que me arrodille ante él y un ansia por introducirme su miembro en la boca me consume.

Saboreo su sexo mientras él me observa con cara de placer. Un frenesí se apodera de mí y él me detiene.

—Para, para.

Sonrío traviesa, él siempre ha presumido de que dura mucho en el sexo, sin embargo ha estado a punto de correrse con mi felación en menos de diez minutos.

—No me mires así, te he echado mucho de menos, me moría por hacerte mía de nuevo —dice mientras me incorpora con suavidad y me besa.

Me lleva a la cama y me desnuda con delicadeza, me quita las braguitas y me escupe en la entrepierna. Solo ver su saliva salir de su boca y caer sobre mi vagina ya me enciende.

La locura nos posee.

Se introduce en mí.

Entra y sale y el placer crece al tiempo que la intensidad de nuestros movimientos lo hace.

Me retuerzo entre las sabanas.

—No quiero alejarme nunca de ti —dice entre gemidos con la respiración agitada.

Antes de que termine su frase llego al orgasmo y siento que es el mejor orgasmo de toda mi vida. Él termina segundos después.

Acaricia mi vientre con sus dedos y percibo un grácil cosquilleo. Le miro y sonrío.

—Eres toda una belleza —confiesa en un susurro.

Volvemos a besarnos.



Me quedo embobada en su mirada, lo tiene todo, es guapo, inteligente, bueno, atento, sexual... es único. No quiero que esto acabe, estoy demasiado pillada por él.

Nos metemos en la ducha. Hacía mucho tiempo que no me duchaba con alguien, me parece algo tan íntimo... Bajo el agua, envueltos por la espuma del jabón, mis manos se deslizan con suavidad por su cuerpo, sus dedos separan mis labios y acarician mi clítoris. No puedo soportar la excitación y acabamos haciendo de nuevo el amor.

¡Es tan irresistiblemente sexi!

---

A la mañana siguiente, cuando despierto, lo primero que hago es mirar al otro lado de la cama con la esperanza de que lo que ocurrió la noche anterior no fuera un sueño y, por suerte, no lo fue. Él está aquí, junto a mí.

Me deleito en su belleza, así, dormido, parece un ángel caído del cielo. Acerco mi cabeza a él y su aroma me embriaga, huele a sexo, a mí, a nosotros. El cosquilleo de su barba en mi mejilla me hace sonreír y me percato de que entre tanta oscuridad, por fin veo un rayo de luz. Él se mueve, sin abrir los ojos busca mis labios. Lo he despertado.

Vuelve a quedarse dormido porque, de pronto, ha dejado de moverse. Con cuidado y sin hacer ruido me levanto y voy preparando el desayuno.

—Buenos días —digo al ver a Fer aparecer en la cocina.

—Buenos días. Huele a café —afirma con cara de dormido.

¡Dios, está tan guapo! Ojalá yo despertara así.

Me agarra de la cintura y me besa.

---

Ese mismo día, por la tarde quedo con Sergio en Korgui. Cuando lo he llamado para decirle que quería hablar con él, no daba crédito, parecía muy ilusionado con mi llamada.

Zapatillas de deporte blancas, vaqueros desgastados, cinturón ancho negro, jersey estrecho de cuello alto y *blazer* negra. Este es mi atuendo para ir a ver a Sergio.

A la hora prevista llego a la terraza.

En cuanto Sergio me ve corre hacia mí y me abraza. La sensación que experimento me sorprende, es como volver a casa después de un largo viaje. Le devuelvo el abrazo.

—No sabes cuántas veces he soñado con este momento —confiesa sin separarse de mí.

—¿Qué momento? —pregunto confundida.

—Este en el que te vuelvo a abrazar.

Me separo de él como puedo y nos sentamos en la terraza.

Las vistas a esta hora, con los rayos del sol atravesando el Viaducto de Segovia, son de película.

Se pide una cerveza y yo opto por una Coca-Cola Zero.

—Me ha hecho mucha ilusión que me llamaras, Paola —confiesa mientras se aferra a mis manos.

Sonrío, porque no sé qué decir ni qué hacer. Volver a verle ha despertado en mí un mar de dudas.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal tu vida? —pregunta entusiasmado.

—Bien, me han ofrecido ser instructora en mi empresa.

—¿Vas a dejar de volar? —pregunta como si no diese crédito a lo que le cuento.

—Sí, temporalmente.

—Vaya, qué sorpresa, eso sí que no me lo hubiese imaginado. ¿Estás contenta?

—Mucho, ya sabes que por una parte me apetecía pasar más tiempo en Madrid y cada vez me afectaban más los cambios horarios.

—Me alegro muchísimo. ¿Y cuándo empiezas?

—En breve, ya hice el curso y todo, solo estoy a la espera de que me confirmen el primer día de clases, porque la primera semana estaré asistiendo a las clases de otros compañeros.

—Qué gran noticia —le da un sorbo a la cerveza.

—¿Y tú?, ¿pudiste mantener tu trabajo?

—Sí, afortunadamente mi ruptura con Valeria no interfirió en mi trabajo, aunque podrás imaginarte lo mucho que ha cambiado mi relación con su padre, que sigue siendo mi jefe.

—Me imagino, es lo que tiene no afrontar los problemas desde el primer momento como un hombre —digo descarada y con resentimiento.

—Nunca pensé que me volverías a llamar —agacha la mirada.

—Lo he hecho por una causa de fuerza mayor —confieso.

—¿Una causa de fuerza mayor?

—Sí, ni siquiera sé cómo voy a decírtelo.

—Pues comienza por la raíz del problema —ríe.

—Estoy embarazada.

—Vaya, qué... buena noticia. No sabía que querías ser madre, nunca me mencionaste nada. Veo que ha cambiado mucho tu vida desde que no estoy en

ella. ¿Y eso es lo que querías contarme?

—Sí.

—¿Qué tengo yo que opinar al respecto? —pregunta confundido.

El muy imbécil no se da cuenta de lo que le estoy queriendo decir.

—Porque tú eres el padre —aclaro.

Casi se atragante con la cerveza.

—¿¿¿¡¡¡Qué!!!???

—Estoy embarazada de ocho semanas, por lo que no me cabe ninguna duda. Entiendo que no quieras hacerte cargo, pero solo quería que lo supieras, después de meditarlo mucho he decidido que quiero tenerlo y yo sola me...

—Pero qué dices, ¿cómo no voy a querer hacerme cargo? Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo.

Está a punto de saltar de alegría. Me coge la mano y sin dejar de mirarme, dice:

—Empecemos de cero. Vamos a olvidar los errores del pasado.

—¿Olvidar? —pregunto con sarcasmos—. Yo ya no confío en ti y jamás podré hacerlo.

—Déjame demostrarte que puedo ser un buen padre y un buen esposo. Yo te sigo amando. Desde que me dejaste no he vuelto a estar con ninguna otra, solo pienso en ti.

—Me engañaste durante un año. ¡¡¡Un año!!!

—No sabes lo arrepentido que estoy, me equivoqué, pero si me dejas voy a demostrarte que puedo hacerte feliz a ti y a nuestro hijo. Esto lo cambia todo, Paola. Podemos ser la familia que este hijo necesita.

Escucharle decir eso me cala. He conocido a tantas mujeres en aviación enamoradas de hombres casados que hubiesen dado lo que fuera porque estos dejaran a sus mujeres y les dijeran algo como lo que Sergio me acababa de decir a mí... Mientras que yo, ni siquiera había barajado la posibilidad de volver con él o darle una segunda oportunidad. Siempre he creído que las segundas partes nunca fueron buenas, pero también es cierto que todos cometemos errores y que merecemos una segunda oportunidad.

Sergio entrelaza nuestros dedos con fuerza. Su mirada sigue fija en mí.

—¿Acaso no has sido feliz conmigo? —pregunta con la mirada triste.

—Claro que lo he sido, Sergio; pero todo era mentira, ¿no lo entiendes?

—Nada de lo que siento por ti es mentira, nunca te mentí con respecto a mis sentimientos, para mí nunca fuiste la otra.

—Necesito caminar y tomar un poco de aire, me estoy asfixiando entre tanta gente —digo mientras cojo mi bolso y me levanto.

—Déjame acompañarte, por favor —suplica.

No respondo. Él saca la cartera y deja un billete de diez euros a la camarera para pagar las bebidas y sin esperar el cambio viene tras de mí.

Caminamos por Plaza de Alamillo y llegamos a Las Vistillas. ¡Qué coincidencia!, justo el lugar donde nos conocimos aquella noche de verano durante las fiestas de La Paloma. ¿Quién me iba a decir aquella noche que mi historia con él iba a ser tal? Estaba esperando un hijo suyo y eso es algo que me uniría a él para siempre, pero ¿era esa la única unión que quería tener con él? En este tiempo alejados he pensado mucho en él, aunque no lo he echado tanto de menos como esperaba, sin embargo ahora que lo tengo a mi lado es como si nada hubiese cambiado, con la pequeña particularidad de que he conocido a alguien que me hace sentir cosas que con él no sentía. No digo que no haya querido a Sergio o que no estuviese enamorada de él, es solo que la forma en la que me hace sentir Fer es diferente, incluso cuando me hablaba de esas actrices porno, con sus acciones me demostraba que yo le importaba, a veces pienso que solo decía aquello para ponerme celosa (y lo conseguía), porque luego, con sus acciones me demostraba lo mucho que le importaba y, al final, lo que debemos valorar de las personas son las acciones, no las palabras.

No digo que Sergio no me haya demostrado cosas con sus acciones, es solo que lo hizo de forma diferente, ni mejor ni peor.

—¿Te acuerdas de la noche en que nos conocimos? —pregunta nostálgico.

—Claro, ¿cómo olvidarlo?

—Fue justo aquí —señala a la zona donde estaba la gente, ahora solo hay una explanada verde—. Ojalá esa noche supiese lo que hoy sé.

—¿El qué? —indago.

—Que eres la mujer de mi vida.

En ese momento me detengo y me quedo inmóvil, él me mira, se humedece los labios y le veo las intenciones, pero soy incapaz de alejarme.

Toma mi rostro entre sus manos y antes de que sus labios se posen sobre los míos me alejo.

Nos sentamos en la ladera y contemplamos la increíble imagen del Palacio Real y sus jardines, envueltos por una cálida y delicada luz. La noche está a punto de alcanzarnos y las nubes que hay en el cielo se tornan de color rojizo.

—Hay algo más que quiero contarte, Sergio —digo con la mirada perdida en la vegetación.

—Ya sabes que puedes contarme lo que quieras.

—No quiero cometer el mismo error que tú, por eso creo que debes saber que he seguido quedando con Fer.

Al ver que no dice nada continuó hablando.

—Yo no busqué lo que pasó... Sucedió, no sé cómo.

—Siempre supe que entre él y tú había cierta atracción, hasta un ciego podría verlo.

—Yo...

—¿Me fuiste infiel con él? —pregunta directo.

—Claro que no, solo aquel beso que... —me callo al recordar que no fue un beso, fueron dos, pero qué importa eso ya.

—¿Lo quieres?

—Sí —confieso.

Le miro y puedo ver el dolor en sus ojos.

—Estoy dispuesto a aceptar que te has enamorado de otra persona, pero prométeme que vas a pensar en nosotros, yo puedo hacerte feliz, podemos ser la familia que siempre quisimos, este bebe lo cambia todo —dice pasando su mano con delicadeza por mi barriga.

—Sergio, yo... necesito tiempo.

—Y estoy dispuesto a dártelo. Te esperaré. Solo necesito que me digas si aún sientes algo por mí.

—Claro que siento algo por ti, has sido mi pareja, hemos vivido muchas cosas juntos y llevo una parte de ti en mi vientre.

—Eso es todo lo que necesito saber.

Ignoro las llamadas de Sergio durante algunos días en los que trato de aclarar mi mente, sin embargo, el sábado le cojo el teléfono y acepto su invitación a cenar.

Fer no me ha llamado, en parte me ha extrañado, aunque es normal después de todo, supongo que me estará dando tiempo para pensar. La verdad es que le echo mucho de menos, pero no me quiero precipitar.

Pongo algo de música y me evado de todo mientras me arreglo, sin demasiadas ganas, para la cena.

Cenamos en Arrayan, un restaurante mediterráneo del barrio Salamanca.

Durante la velada Sergio se preocupa por mí y me pregunta cómo estoy llevando el embarazo, le cuento que no demasiado bien, entre las nauseas y los mareos se me está haciendo muy pesado.

El camarero nos sirve los platos: Pollo a la Villeroi, para mí, y Steak-tartar al estilo de Arrayán para él.

—¿Has pensado en nosotros? —pregunta.

—Sí, he pensado en todo, pero estoy demasiado confundida.

—¿Estás a gusto ahora?

—Sí, me siento bien cuando estoy contigo —confieso.

A pesar de todo entre Sergio y yo siempre hubo mucha complicidad, aunque es evidente que no en todos los aspectos. Con el tiempo tengo la sensación de que los momentos buenos entre nosotros se han ido evaporando y ya no siento ese deseo que ahora me asalta cada vez que estoy cerca de Fer.

—Cásate conmigo, Paola.

—¿Qué?

—Casémonos, formemos esa familia con la que siempre hemos soñado.

—Eso me lo estás diciendo solo porque estoy embarazada.

—No, esto te lo pido porque sigo perdidamente enamorado de ti.

Se produce un largo silencio.

—Sergio, yo ya no puedo prometerte amor eterno —me sincero.

—Vaya, es duro escucharte decir eso —dice con la voz rota.

—No quiero mentirte. Si estoy aquí es porque lo he intentado, pero sinceramente no creo que lo nuestro funcione. Podrás ver a tu hijo siempre que quieras, haremos las cosas lo mejor que podamos, pero no creo que sea buena idea que nuestro hijo crezca en una familia donde el amor se fue.

—El amor se puede recuperar —sentencia.

—Tal vez, pero hacen falta muchas ganas para eso y yo no las tengo —digo con sinceridad.

El postre lo tomamos en el más incómodo de los silencios.

Miro el móvil para ver la hora y veo que me he quedado sin batería. Así que no sé que hora es cuando salimos del restaurante.

El trayecto hasta mi casa también lo hacemos en silencio, supongo que para él debe estar siendo complicado afrontar todo esto.

—Gracias por traerme —digo cuando nos detenemos en la puerta de mi edificio.

—Espero volver a verte —dice afligido.

—Claro que sí, no puedo escaparme, de alguna forma ahora estamos unidos.

—Pero no en la forma en la que yo quisiera.

—Has sido alguien muy especial para mí, Sergio y lo seguirás siendo.

Se acerca y sin esperarlo me besa en los labios. Su beso me confirma que ya no siento nada por él, solo un gran aprecio por los momentos que juntos hemos vivido y pena. Sí, en el fondo siento pena por él, sé que no es un mal hombre, solo alguien que tomó las decisiones equivocadas, pero en el amor no se manda y cuando el sentimiento se disipa es casi imposible hacerlo reaparecer.

—No me lo pongas más difícil —le ruego cuando separo mis labios de los suyos.

—Necesitaba sentir tus labios por última vez. —Un par de lágrimas recorren sus mejillas.

Me bajo del coche, busco las llaves de casa en el bolso y subo. Cuando entro me encuentro a Desi en el salón algo alterada.

—¿Para qué quieres el móvil? —pregunta en tono brusco.

—Me he quedado sin batería, ¿qué te pasa?

—Ha sucedido algo —dice en tono serio.

—¿Es Valentina? ¿Está bien?

—Sí, Valentina está bien, está con el poli pasando el fin de semana en la sierra.

—Ah, qué susto —digo mientras tomo asiento en el sofá junto a ella.

—Es Fer —suelta de sopetón.

—¿Qué pasa? —Pego un brinco del sofá.

—Prométeme que te vas a tomar esta noticia con calma y no te vas a alterar. Recuerda que estás embarazada.

—¡Dime qué pasa!

—No, ya te estás alterando, Paola. Tienes que cuidar tu embarazo —se levanta y va a la cocina.

—¿Qué demonios haces? Me quieres decir de una vez qué ha pasado —grito.

—Te voy a preparar una tila y hasta que no vea que estás tranquila y te tomas las cosas con calma no pienso hablar.

Y así es, hasta que no me tomo la mitad de la tila, me quemo la lengua y estoy sentada en el sofá fingiendo que estoy relajada no me cuenta nada.

—Fer ha tenido un accidente con la moto, pero está bien, está ingresado en el hospital, me he enterado hace un momento hablando con Dani, un amigo en común, si no ni me entero. ¿Tú no has hablado con él estos días?

—No, no lo he llamado y pensé que él tampoco me había llamado a mí porque me estaba dando tiempo para pensar.

—¿Pensar el qué?

—Me propuso irnos a vivir juntos. Necesito verlo, ¿sabes en qué hospital está?

—No, pero puedo preguntarle a Dani.

—Pregúntale y vamos.

Llamo a Fer por teléfono, con la absurda esperanza de que va a responder, pero lo tiene apagado.

En cuanto el amigo de Desi le dice el nombre del hospital bajamos y cogemos su coche. Me paso el trayecto pensando en Fer y en que si le pasa algo me muero.

El solo hecho de pensar que ya no habría más encuentros me provocaba una sensación escalofriante.

¿En qué momento se ha convertido tan esencial para mí? Puede que hasta ahora no haya podido echarle de menos porque una parte de mí sabía que él estaba ahí. Puede que con palabras no me demuestre demasiado, incluso que con estas, haya tratado desde el principio de ocultar que he calado muy hondo en él, pero sus acciones siempre me han demostrado lo mucho que le importo.

Fer se ha convertido en alguien muy importante para mí, porque, aunque la mayor parte del tiempo no estuviera a mi lado físicamente, de alguna forma



sabía que estaba ahí; si algo grave le pasaba ya no sería así. Su ausencia me dejaría un vacío enorme.

Llegamos al hospital y, después de dejar el coche en el *parking*, buscamos la habitación en la que Fer se encuentra. Al llegar, Desi saluda a su amigo Dani y yo me voy directa a Fer. Verlo en la cama, con el rostro pálido y con tantos cables me rompe el corazón.

Me quedo parada frente a la cama, contemplándole con el corazón en una mano. Tiene los ojos cerrados, pero tan pronto siente mi presencia los abre.

—Paola...

—Mi amor —le doy un beso en los labios—. ¿Qué ha pasado?

—No llores —me pide.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estoy envuelta en un mar de lágrimas.

—Estoy bien —asegura—. Te vi a ti aquí la semana pasada y me dio envidia, así que he decidido venir yo también —bromea, aunque ni fuerza para reírse tiene.

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé, sucedió tan rápido... Iba con la moto, se me cruzó un perro, lo intenté esquivar y perdí el control. Lo último que recuerdo es ver tu rostro antes de cerrar los ojos.

Me resulta imposible contener el llanto.

—Si te pasa algo me muero —confieso.

—No sabía que fuese tan importante para ti.

—Pues ahora ya lo sabes.

—Dame otro beso —dice intentando incorporarse.

Le beso con delicadeza.

—¿Qué te han dicho los médicos?

—Que tengo dos costillas fracturadas, he tenido suerte de que ningún órgano se haya visto afectado y la fractura en sí no es grave, pero me duele muchísimo, sobre todo al respirar.

—¿Y en la mano? —pregunto al vérsela vendada y con una férula.

—También me he fracturado el pulgar, pero eso ha sido poca cosa, el médico dice que en un par de semanas ya no tendré nada. Lo peor es este dolor al respirar, que me está matando.

—Piensa que podría haber sido más grave. Has tenido mucha suerte.

—La verdad es que sí.

—¿Y sabes cuándo te darán el alta?

—Creo que mañana.

—¿Tu madre sabe algo?

—No, no la he querido avisar, ella está en Barcelona, no creo que sirva de mucho hacerla coger un avión o el tren para venir.

—Entiendo. Yo me quedaré contigo esta noche, así tu amigo se puede ir a descansar.

—No es necesario, pequeña, puedo estar solo y tú no estás en condiciones para pasar la noche en un hospital.

Creo que es la primera vez que me llama pequeña y mi corazón acaba de sufrir un vuelco, ¿qué es este revoloteo que siento en mi pecho?

—Ese sillón de ahí se ve tan cómodo que no hay quien me eche de aquí esta noche —bromeo.

—¡Qué cabezota eres!

Quisiera abrazarlo, pero se ve que está dolorido y temo hacerle daño. Así que me contengo.

Al cabo de un rato Desi y Dani se despiden y me quedo a solas con Fer.

—¿Sabes algo? —pregunta con sus ojos clavados en los míos.

—¿El qué?

—Hasta hace unos meses ni siquiera creía en el amor.

—¿Y ahora sí crees?

—Sí —sonríe.

Me muero de ganas por decirle lo mucho que lo quiero y que estoy dispuesta a todo con él, pero me contengo, no quiero que piense que lo hago condicionada por las circunstancias.

—Pensé que las relaciones y el amor no eran lo tuyo —me burlo.

—Y yo, pero contigo todo es diferente. Lo ha sido desde el primer día en que te vi.

El escozor de las lágrimas en los ojos me nubla la vista. Su confesión me ha emocionado.

Me muevo con disimulo por la habitación para que no me vea así, no quiero que piense que soy una estúpida romántica, porque no lo soy, aunque estas cosas me hagan parecerlo.

—¿Estás bien? —pregunta. Ha debido notar mi nerviosismo.

—Sí, sí.

—Tenemos que hablar. —Respira hondo y veo el dolor en su rostro.

Trago saliva y me siento en el sillón que hay junto a la cama sin mirarle; si lo hago, si mis ojos se cruzan con los suyos ahora, estoy perdida.

—Lo sé, pero ahora tienes que descansar, ya mañana habrá tiempo de hablar.

—No, yo quiero hablarlo ahora, si no quieres venirte a vivir conmigo prefiero saberlo ya y no hacerme ilusiones.

—¿No te parece más sensato que hablemos de esto cuando estés mejor?

—Sí, aunque me gustaría saberlo, pero tienes razón si va a ser un no, prefiero que me lo digas mañana. Ya con estar aquí, a mi lado, me demuestras mucho.

Si acepto irme a vivir con él ¿me soportará? ¿Aguantará mis rarezas? Es difícil cambiar por alguien o adaptarte al modo de vida de otra persona, supongo que es cosa de dos, o de tres, como sucedió cuando Valentina, Desi y yo que nos fuimos a vivir juntas y tuvimos que adaptarnos las unas a las otras y poner algunas reglas. Siendo honesta conmigo misma, estoy dispuesta a lo que sea con tal de que Fer forme parte de mi vida.

---

Paso la noche sin poder pegar ojo, concentrada en su ardua respiración, me preocupa quedarme dormida y que se asfixie o que algo se complique y no enterarme.

Por la mañana, cuando llega el médico siento como se me estremece el cuerpo, tengo miedo a que nos dé una mala noticia. Afortunadamente, todo está bien y lo único que necesita Fer es mucho reposo, así que le dan el alta.

Salimos del hospital y caminamos hasta la parada de taxi que hay en frente y entonces pienso que cada paso que he dado en la vida me ha llevado al punto en el que me encuentro y, de pronto, tengo la sensación de ser la mujer más feliz del mundo y de tener todo cuanto siempre he soñado.

—¿Vamos a mi casa? —pregunta Fer que camina a mi lado.

Sonrío, porque sé que esa pregunta significa mucho más que un simple «¿Me acompañas?», pero no sé como decirle que con él voy a donde sea y que sí, que me quiero mudar a vivir con él, que estoy dispuesta a intentarlo todo si es a su lado, sin miedos, con madurez y con muchas ganas de que salga bien.

—¿Tienes otras? —pregunto quitándole las llaves de su casa que le sobresalen del bolsillo.

—Sí, tengo una copia en casa.

—Genial, porque voy a quedarme con estas.

Sus ojos centellean con mi respuesta. Reímos, nos besamos y me envuelve con sus brazos.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —susurra en mi oído y besa mis cabellos.

—Vamos a ser una familia muy...

—Poco convencional —interrumpe.

¿A dónde nos llevaría esto? No lo sé aún. Lo único que tengo claro es que quiero estar con él.

## **Epílogo**

### **(6 años después)**

Confieso que no disfruté de mi embarazo, sé que puedo parecer frívola e insensible, pero lo pasé tan mal... Tenía arcadas día sí y día también, a todas horas. A veces, tenía que salir de la clase corriendo y dejar a los nuevos aspirantes a tripulantes de cabina solos para irme al baño a vomitar. Un día, un alumno trajo fruto secos y con tan solo olerlos ya tuve arcadas, ese día no pude dar clases, porque el olor se había quedado impregnado en el aula. Al final tuve que cogerme la baja a los cuatro meses de embarazo.

Mientras que todo el mundo saltaba de alegría y me felicitaba por mi estado, yo me sentía enferma e incluso sentía envidia de otras madres que tan felices se veían con su estado. Conforme pasaban las semanas yo me sentía peor, con mal cuerpo, todo me daba asco y cada vez estaba más asustada. Pero el día que la comadrona, después de aquel doloroso parto, puso a la pequeña Alba sobre mi pecho, sentí que todo el sufrimiento había merecido la pena.

A pesar de lo insoportable que estuve durante los meses de embarazo, mi relación con Fer va viento en popa, nos casamos dos años después de irnos a vivir juntos, aunque no es el tipo de boda que te imaginas. Ninguno de los dos había pensado en el matrimonio, al menos no como una ceremonia por todo lo alto y repleta de invitados. Lo habíamos hablado en varias ocasiones y decidimos llevarlo a cabo, pero como un mero trámite, a nivel práctico, por lo que pudiera pasar, pero eso no cambió absolutamente en nada nuestra relación. Sé que no suena demasiado romántico, pero es que para ninguno de los dos tenía esa connotación.

Lo mejor de mi relación con Fer es que en la cama seguíamos entendiéndonos de maravilla, algo que al principio me preocupaba bastante, pues tanto con Sergio, como con mi anterior novio, la pasión se esfumó con el tiempo.

Hace tan solo unas semanas estuvimos en Sevilla visitando a mi familia, mi madre ya no nos reconoce, sin embargo, por alguna razón cada vez que

vamos con Alba ella la recuerda y la llama Paola, me rompe el alma escucharla llamar a mi hija por mi nombre, pero al mismo tiempo me llena de felicidad, porque veo un brillo especial en su mirada. Sin duda, muchos sentimientos encontrados. Mi padre está que se le cae la baba con su única nieta de momento, pues Belén está embarazada de cuatro meses.

Después de varios años intentándolo, por fin vamos a poder hacer ese viaje a Australia. Fer cada año me insistía para que nos fuéramos, pero yo no quería dejar a Alba, sola durante un mes. Ahora que ya casi va a cumplir seis años, no pasa nada porque se quede un mes con su padre, mientras Fer y yo recorreremos Australia como tantas veces he soñado.

Quedan apenas ocho horas para que salga nuestro vuelo y yo aún no he terminado de hacer las maletas, pero es que hoy no he parado, primero fui a despedirme de Valentina, que ya no vive con Desi, se casó (obviamente con un policía), y ahora vive en San Sebastian de los Reyes en un *loft* de lo más moderno. Después visité a Desi, que ahora comparte con otra chica, ella sigue igual, su vida no ha cambiado mucho, igual de guapa, igual de independiente, igual de feliz...

—Mami, mami. —Alba corre hacia mí por el pasillo de nuestra nueva casa.

—Cariño, ¿has terminado ya de hacer las maletas? —pregunta Fer que viene detrás de ella.

—No, aún no, estoy en ello —digo con sarcasmo, pues ni que estuviese ciego y no pudiera ver qué estoy haciendo.

—¿Por qué no llamas a Sergio y le dices que venga él a recoger a Alba? Vamos a perder mucho tiempo si tenemos que ir nosotros a llevarla.

—Podemos dejarla de camino cuando nos vayamos al aeropuerto.

—¿Vamos a hacerla madrugar tanto? Lo veo innecesario. ¿Alba, tú quieres tener que despertarte a las cuatro de la mañana?

Mi hija niega con la cabeza.

—Está bien ahora llamo a Sergio —digo resignada, mientras sigo eligiendo los modelitos que me voy a llevar al viaje.

—¿Papi, qué me vais a traer?

—Un Koala, ¿quieres?

—¿Cómo los que me ha enseñado mamá en las fotos?

—Parecido, es que uno de verdad no nos van a dejar traer en el avión, te traeremos uno de peluche muy grande.

—Pero yo quiero uno de verdad, papi.

—Es que entonces tendríamos que separarlo de su familia, ¿a ti te gustaría estar separada de nosotros para siempre y que te llevaran con unos extraños?

—No —dice con la voz triste.

—No le digas esas cosas a la niña, que luego tiene pesadillas —le regaño a mi marido.

—Nos haremos fotos con muchos Koalas con sus familias para que los veas.

—Vale.

Alba le da un abrazo a Fer, lo quiere con locura, y él se la come a besos. Ha sido y es un papá maravilloso. Alba es muy afortunada de tener dos padres y que ambos se desvivan por ella, aunque la tienen demasiado consentida y siempre me tocar ser a mí la mala de la película.

Llamo a Sergio para que venga a recoger a Alba, la relación entre él y Fer ha mejorado mucho con los años, no es que sean amigos, pero se llevan bastante bien.

---

Antes de que Sergio se lleve a su hija me la como a besos.

—Yaaaa, que la vas a gastar —bromea Sergio.

—Por todos los besos que no voy a poder darle este mes —digo triste, porque la voy a echar mucho de menos, nunca me he separado de ella.

---

A las cinco de la mañana nos dirigimos al aeropuerto, pasamos el control y cuando llegamos al avión me encuentro con que Fer ha reservado asientos en primera clase y no me había dicho nada. No me lo puedo creer y yo preocupada porque me iba a querer morir en un vuelo tan largo sentada en turista.

Los asientos son de los más modernos que he visto hasta ahora en un avión, tienen una iluminación tenue y están dispuestos de dos en dos en forma de tipo capsula, con posibilidad de separar entre ambos. También tienen puertas que se cierran hasta la mitad para mayor privacidad. Estoy tan contenta que poco me falta para ponerme a saltar de alegría, pero me contengo.

—Te quiero, te quiero tanto... —Le beso en los labios.

—Yo a ti te amo. Te amo como nunca antes lo he hecho; como jamás volveré a hacerlo —susurra en mi boca y me besa, lento y sensual.

Y así, con esta nueva aventura, seguimos escribiendo nuestra historia.





## **Nota de la Autora**

Quiero darte las gracias por haber llegado hasta aquí. Confieso que después de escribir esta serie me va a costar mucho trabajo olvidarme de Ana, Valeria y Paola, pero prometo intentarlo y hacerte disfrutar con mi próxima historia.

Si te ha gustado la última entrega de la serie «A bordo» ayúdame con 5 \* y un comentario en Amazon, así sabré que merece la pena seguir escribiendo para ti.

¡Gracias por tu apoyo! Significa muchísimo.